

Pierre BOTTERO

EWILAN

Las fronteras
del hielo

Lectulandia

Para Camille no hay marcha atrás. Ya nunca podrá abandonar a sus amigos de Gwendalavir, y sabe muy bien que su deber es intentar restablecer la paz en ese otro mundo. Desde las grandes llanuras del sur hasta la lejana cordillera del Poll, el viaje que está a punto de emprender le mostrará secretos que jamás hubiera imaginado, no tan sólo de aquel universo nuevo sino también de sí misma y sus orígenes.

Lectulandia

Pierre Bottero

Ewilan, las fronteras del hielo

Ewilan-2

ePub r1.0

fenikz 18.10.16

Título original: *La Quête d'Ewilan. Les frontières de glace*

Pierre Bottero, 2003

Traducción: Isabel Margelí Bailo

Ilustraciones: Krystel

Editor digital: fenikz

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Introducción a los secretos de Gwendalavir

—Muchachos...

Doume Fil' Battis posó sus manos surcadas de arrugas sobre el pupitre de piedra. La cosa empezaba mal...

—Muchachos, por favor, ¿podrías sentaros y guardar silencio?

El guirigay ensordecedor que ascendía del anfiteatro no disminuyó. Ninguno de los aspirantes le prestaba la menor atención.

—Me gustaría que todo el mundo se sentara y se callara...

Bajo su barba tupida, el rostro de Doume Fil' Battis viró al rojo de pronto.

—¡Sentaos, maldición, y cerrad la boca!

El aullido acompañado de un violento puñetazo en el mármol del pupitre causó el efecto de un huracán. Se instaló un silencio de muerte que el anciano aprobó con una inclinación de cabeza.

—Así está mejor —comentó, mirando de arriba abajo a la concurrencia, ahora atenta—. Soy Doume Fil' Battis, cronista del Imperio, y si no os comportáis correctamente me encargaré de que la única academia a la que podáis aspirar sea la de los barrenderos de Al-Poll. ¿Entendido?

Alzó la mano para rechazar una eventual respuesta a lo que no era una pregunta y prosiguió:

—Como cada año, mi primera intervención tratará de Ewilan Gil' Sayan. Es inútil esperar comprender a esa figura legendaria si no hacéis el esfuerzo de imaginarnos Gwendalavir tal como ella lo descubrió, y si no os detenéis en los tres principios que influyeron en su destino: la extrañeza, la guerra y el arte del Dibujo. La extrañeza primero, pues nosotros vivimos en un mundo ajeno a aquél en el que ella vivía y cuya existencia no sospechaba en absoluto; un universo paralelo, en cierta manera... Ewilan era originaria de Gwendalavir, pero lo ignoraba. No tenía ningún recuerdo de su primera infancia y, bajo el nombre de Camille Duciel, vivió con una familia adoptiva poco afectuosa hasta el día en que, para escapar de un accidente, se transportó aquí.

El cronista se calló un instante con el fin de comprobar si su auditorio estaba cautivado por la narración. Y así era, en efecto, como en la mayoría de sus intervenciones. Una vez se hubo asegurado, prosiguió:

—A continuación, la guerra, pues nos enfrentábamos a la invasión de unos vecinos no humanos, los raïs, manipulados por otra raza maléfica, los ts'liches. Los Centinelas, los únicos humanos que habrían podido invertir el curso de la guerra, se encontraban prisioneros de los ts'liches, pues una de ellos, Elea Ril'Morienval, los había traicionado. Cuando Ewilan llegó, las hordas raïs caían sobre el Imperio y los ejércitos alavirienses estaban siendo machacados poco a poco. La situación era desesperada cuando...

—¿Y el tercer principio?

La aspirante que lo había interrumpido era una joven espigada, de mirada picara y cabellera de un rojo encendido. Doume Fil' Battis optó por no enojarse.

—Ahora llego. El arte del Dibujo es la clave que permitió a Ewilan construir la leyenda que estudiaremos hoy. Este arte es desconocido en el otro mundo y ella descubrió por azar que, mediante su sola voluntad, podía convertir en realidad aquello que imaginaba, o bien desplazarse instantáneamente de un lugar a otro, de un mundo a otro; realizar lo que llamamos el paso al otro lado. ¿Me seguís?

La chica pelirroja inclinó la cabeza con deferencia y el cronista sonrió. A fin de cuentas, no todos esos muchachos eran unos maleducados...

—He pensado abordar la historia de Ewilan desde un ángulo poco habitual, partiendo de un personaje al que acabo de mencionar: Elea Ril' Morienval. Elea era Centinela, como los padres de Ewilan. Había doce Centinelas, cuya tarea consistía en custodiar la Imaginación (esa dimensión que permite a los dibujantes convertir en realidad lo que imaginan) y las Espiras, los caminos que la recorren. Elea Ril'Morienval era ambiciosa y carecía de escrúpulos. Planeaba apoderarse del Imperio, y con este fin no dudó en pactar con los ts'liches y con los mercenarios del Caos, un grupo de humanos maléficos. Altan y Elicia Gil'Sayan...

—Pero todo el mundo sabe que los mercenarios...

Esta vez, la interrupción se debía a un aspirante con una actitud llena de suficiencia. Doume Fil' Battis reaccionó de inmediato.

—¡Una palabra más y le expulso! —bramó—. ¿Acaso pretende darme lecciones sobre hechos históricos que me he pasado años estudiando? ¡Cucaracha pretenciosa!

El objeto de su ira se hizo un ovillo mientras sus compañeros se apartaban de él prudentemente. El cronista tomó una larga inspiración.

—Altan y Elicia Gil' Sayan, como decía, fueron los únicos Centinelas que se opusieron a Elea Ril'Morienval. Pero antes habían tomado la precaución de poner a salvo a sus dos hijos, Ewilan y Akiro, en el otro mundo, y de borrarles los recuerdos.

E hicieron bien, pues fueron derrotados y desaparecieron. Sin embargo, a Elea la situación se le fue de las manos: fue traicionada a su vez por los ts'liches y encerrada junto con los otros nueve Centinelas en el extremo norte del Imperio, en una ciudad abandonada, la legendaria Al-Poll, creada en parte por Merwyn. Un misterioso y temible Guardián quedó a cargo de impedir que nadie se acercase. A continuación, los ts'liches bloquearon el acceso a la Imaginación echando cerrojos a las Espiras, y

las hordas raïs se arrojaron sobre el Imperio. Privado del Poder de los dibujantes, Gwendalavir resistía a duras penas. ¿Algún comentario?

Doume frunció el ceño ante la falta de reacción del auditorio. Cada año los aspirantes eran más pusilánimes, y las tradiciones se perdían. Contuvo con dificultad un gruñido de despecho y prosiguió:

—Tal era la situación cuando llegaron Ewilan y su amigo Salim. Ella se encontró sumida de inmediato en un torbellino de intereses divergentes. Poseía un Poder superior al de cualquier otro dibujante, realmente sin límites. Conscientes de este hecho, los ts'liches deseaban su muerte, mientras que Elea Ril'Morienval, que había logrado contactar con ella, quería que fuera a buscar a su hermano, Akiro, para que éste liberase a los Centinelas prisioneros, los Sujetos, algo que se suponía que podía hacer. Volveremos con detalle sobre los Sujetos y estudiaremos el dibujo ts'lich que logró inmovilizar y privar de sus poderes a la élite de los dibujantes alavirienses. Sabed simplemente que despertar a los Sujetos representaba una tarea de una complejidad increíble, que requería un Poder fuera de lo común. Por fortuna, Ewilan estaba rodeada de amigos: Edwin Til'Illan, general de los ejércitos imperiales y guerrero legendario, Duom Nil'Erg, el célebre analista, que en aquella época ya no era precisamente joven, Bjorn, un caballero de corazón leal, Maniel, un soldado con complexión de titán, así como...

La joven pelirroja levantó la mano y el cronista se interrumpió.

—¿Sí?

—Este Edwin Til'Illan del que habla, ¿es el mismo que venció por primera vez a un ts'lich en combate singular?

—El mismo; la felicito por su perspicacia...

—Y por tus bonitos ojos... —susurró un pequeño bromista.

Su reflexión provocó algunas risas discretas que el cronista, como orador prudente, simuló no haber oído.

—Al grupo se le unió algo más tarde Ellana Caldin, una marchombre misteriosa y rebelde. Juntos se dirigieron a Al-Jeit, nuestra capital, afrontando mil peligros. El maestro Duom, aunque convencido de la traición de Elea Ril'Morienval, juzgaba acertada su apreciación: Akiro, el hermano mayor de Ewilan, parecía el más indicado para despertar a los Sujetos. Había que poner a Ewilan a salvo, a la espera de que fuera capaz de ir a buscarle. El destino del Imperio estaba en sus manos.

Prueba de que se había ganado al auditorio, un leve murmullo de temor se alzó en el anfiteatro que el orador sofocó aclarándose la garganta.

—Durante una emboscada —continuó—, Ellana fue gravemente herida mientras le salvaba la vida a Ewilan. Ésta, que ya dominaba el paso al otro lado, decidió no seguir esperando. Acompañada por Salim, cambió otra vez de mundo para ir en busca de Akiro y convencerlo de salvar Gwendalavir. Por desgracia, su reencuentro fue en vano. A Akiro no le apetecía nada lanzarse a la aventura y, sobre todo, no parecía conservar más que un Poder embrionario, del todo insuficiente para la tarea que de él

se esperaba. Ewilan y Salim optaron, pues, por regresar solos, portadores no obstante de una chispa de esperanza: Elicia Gil' Sayan había logrado contactar con su hija. Estaba viva.

El cronista calló. Los aspirantes estaban pendientes de cada una de sus palabras, esperando en un silencio casi religioso a que continuara su historia. Él se tomó su tiempo para beber un gran vaso de agua, se secó la boca con el dorso de la mano y, disfrutando con su papel de narrador, se lanzó a la segunda parte de su relato:

—Mientras tanto, en Ondiana, Edwin y sus compañeros se subían por las paredes aguardando el retorno de Ewilan...



EL PASO DEL VAMPÍRO





La Imaginación es una dimensión. Los innumerables caminos que la recorren son las Espiras. Aquellos que las emprenden son los dibujantes. Éstos pueden convertir en realidad todo aquello que imaginan.

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

La puerta osciló y un hombre vestido con un simple sayal penetró en el largo pasillo de piedra clara. Era alto y flaco, de rasgos enjutos y pelo rapado. Su andar era vacilante y, cuando se pasó la mano por el cráneo, suspiró largamente.

Artis Valpierre era un soñador de Ondiana.

Diez años antes había decidido dedicar su vida al Sueño y actualmente estaba iniciado en el Cuarto Círculo. Hacía mucho que había comprendido que la cofradía acariciaba ambiciones y objetivos más complejos que el estudio y la meditación. No obstante, la verdad sólo le sería revelada por entero cuando entrara en el Quinto Círculo, lo que aún tardaría varios años en producirse. Por ahora, tenía otras cosas de que preocuparse.

Unos días atrás, un grupo de viajeros se había detenido en Ondiana en demanda de ayuda para una de los suyos, gravemente herida. No era algo fuera de lo común. Los soñadores utilizaban a menudo su arte para aliviar a quienes estaban necesitados. Con ello obtenían módicos provechos materiales y contribuían a labrar una reputación positiva para la cofradía.

Artis Valpierre había participado en el sueño de curación que se había dibujado en torno a la joven inconsciente. Le habían herido en el abdomen y, sin la intervención de los soñadores, seguramente habría muerto. Soñar la regeneración de los órganos dañados, sin embargo, no había sido difícil. Los soñadores tenían sólidos conocimientos de anatomía y podían curarlo todo, excepto ciertas lesiones en la cabeza.

El personal que acompañaba a la joven herida era extraño: dos adolescentes, un Guardián de Al-Vor, un caballero errante, un guerrero acostumbrado a tener el mando y un viejo dibujante. Artis nunca había visto a un grupo tan dispar llamar a la puerta de la cofradía.

Ondiana sólo albergaba a visitantes en casos excepcionales, pero, en dos frases susurradas al maestro soñador, el viejo dibujante había logrado que le ofrecieran su hospitalidad.

Y lo que era más sorprendente: el superior de Ondiana le había encargado a él, Artis Valpierre, que velara por que a los viajeros no les faltara de nada, poniéndolo por así decirlo a su servicio.

Todo eso aún habría podido tener un pase, de no ser... ¡No! Demasiado, eso era demasiado. ¡Tenía que actuar!



Al llegar ante la puerta del maestro Carboist, llamó respetuosamente y esperó la autorización para entrar. El despacho del superior de Ondiana se encontraba en la torre oeste y tres de sus ventanas se abrían al valle. La estancia era espaciosa, con las paredes cubiertas de estantes de libros y un imponente escritorio oscuro que ocupaba el centro. En un jarro de porcelana amarilla, una zalamera de Hulm silbaba con dulces trinos, pero ningún insecto se acercaba a sus tijeretas y la planta seguía con hambre.

El maestro Carboist estaba trabajando, sentado a su escritorio.

Cuando Artis Valpierre se detuvo ante él, levantó la vista de la carta que estaba escribiendo.

—Y bien, Artis —soltó con voz firme—. ¿Qué puedo hacer por usted?

El soñador sintió que su determinación vacilaba. El maestro siempre le había impresionado. Iniciado en el Séptimo Círculo, era un hombre de unos sesenta años y complexión todavía atlética. Como todos los residentes de Ondiana, vestía un sayal. Su mirada desprendía tanta fuerza que no cabía duda de que era un ser excepcional. Un jefe.

Artis Valpierre trató de reponerse.

—Se trata de los viajeros —acabó por declarar.

—¿Sí?

—Usted sabe que los dos adolescentes desaparecieron poco tiempo después de su llegada...

—Lo sé —le interrumpió Carboist—, y ya le expliqué que eso no nos concierne.

—Sí, sí —balbució Artis—, pero no era esto lo que quería comentarle.

El maestro soñador suspiró y se recostó en su sillón.

—Le escucho —dijo, con paciencia.

—Ellana se ha curado y...

—¿Ellana?

Artis Valpierre se ruborizó.

—Es la joven herida que nos trajeron los viajeros. Se llama Ellana Caldin y...

Al ver que el superior no decía palabra, el soñador continuó:

—El guerrero que se llama Edwin utiliza, con el consentimiento de usted, creo, el patio de la fuente para entrenar en la lucha a los otros dos hombres. Pasan allí al menos seis horas al día.

El maestro Carboist no pudo evitar alzar los ojos al cielo.

—Todo eso ya lo sé. Ya se quejó usted por el ruido y la distracción que eso representaba para nuestros novicios. E igualmente se rebeló contra las incursiones del maestro Nil' Erg en nuestra biblioteca. Yo di mi consentimiento para todo ello. Explíqueme ahora qué tiene que ver con la señorita Caldin.

Artis tomó una larga inspiración y se lanzó.

—Esa joven parece haberse recuperado perfectamente y...

—Me alegro mucho de oírlo.

—Y desde esta mañana —prosiguió el soñador intentando no balbucir— se entrena con los demás en el patio.

—¿Eso es todo?

Artis Valpierre explotó.

—¿Cómo que si eso es todo? ¿Cómo quiere que mis alumnos se concentren en la enseñanza que les dispense, con esa mujer dando el espectáculo? Considero necesario optar enseguida por...

—¿Es bonita?

—¿Perdón?

—Le he preguntado si esa tal Ellana Caldin es bonita.

—Pues... es que... en fin...

—Artis, mi pregunta es bien clara. Respóndala simplemente. ¿Es bonita?

El soñador se retorció los puños. No lograba averiguar si su superior hablaba en serio o si se estaba burlando de él. Hubiera deseado estar a kilómetros de distancia de allí.

—Sí, es... bonita.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del maestro soñador, aunque Artis Valpierre, abochornado, no la percibió.

—Entonces, sus alumnos tienen toda razón al mirarla —afirmó Carboist—. Seguramente ella les hace soñar más que usted. No esté celoso, es cosa de la naturaleza. Bien, Artis, puesto que he respondido a su pregunta, le estaría muy agradecido si ahora me dejase trabajar. Siempre he encontrado gran placer en hablar con usted, pero tengo muchas cosas que hacer...

Artis Valpierre se frotó el rostro con las manos y suspiró. La situación se le había vuelto a escapar de las manos, a pesar de los argumentos que había preparado. Se

disponía a salir cuando el maestro Carboist lo volvió a llamar:

—Artis, puesto que tiene que pasar por el patio para recuperar a sus alumnos, ¿tendría la gentileza de pedirle al maestro Nil' Erg que suba a mi despacho? Necesito comentarle cuatro cosas.

El soñador asintió sin pronunciar palabra y se retiró. Regresó por el largo pasillo y tomó la escalera que conducía a los talleres. Los cruzó para llegar a las cocinas y saludó al pasar a los soñadores que se encargaban de la comida esa semana. Después de franquear el jardín interior, se adentró en una nueva ala y recorrió una sucesión de pasillos, bajó otra escalera, pasó por la biblioteca y desembocó en el gran vestíbulo.



El patio de la fuente se extendía detrás de la puerta acristalada. A pesar de lo que el maestro había insinuado, sus alumnos no se encontraban allí, por supuesto.

El viejo dibujante, el maestro Nil' Erg, estaba sentado sobre un murete en uno de los pocos rincones a la sombra; los demás se entrenaban en el combate, como de costumbre, desarmados por esta vez.

Artis se preguntó por qué los viajeros no abandonaban el patio prácticamente nunca. A cualquier hora del día o de la noche había como mínimo uno de ellos, aguardando no se sabía muy bien el qué.

Bjorn, el caballero, lanzó un grito. Artis pegó su frente al vidrio para observar mejor la escena.

Los tres luchadores estaban al sol con el torso desnudo y su piel chorreaba de sudor. La joven, empapada también, sólo vestía un pantalón ligero de algodón negro y una camiseta de tirantes a juego. Bjorn se levantó con dificultad.

—¡Ahora tú, Maniel! —soltó Edwin.

El soldado se acercó con las manos y los brazos abiertos. Era un coloso de ciento veinte kilos que medía diez centímetros más que Bjorn, quien a su vez ya era impresionante. Músculos gruesos y nudosos se agitaban bajo su piel.

Frente a él, Edwin parecía casi frágil.

—Esto no es una posición de combate —rugió éste no obstante, sin manifestar inquietud.

—Tal vez —gruñó el soldado—, pero es eficaz.

Edwin se encogió de hombros.

—Contra venerables ancianas, Maniel, no contra un luchador de verdad. ¡Ellana, enséñale!

La joven avanzó con una expresión de perfecta seguridad en el rostro.

—¡Está reñido! —gritó Bjorn, que se encontraba sentado un poco más lejos.

Maniel dio un paso adelante y sus brazos se cerraron sobre ella. O al menos estuvieron a punto...

Ellana agarró un puño tan grueso como su pantorrilla y giró aprovechándose del impulso del soldado. Con un grito ronco, éste acabó aplastado dos metros más allá.

Bjorn estalló en una carcajada.

—Estamos demasiado gordos, Maniel; eso será nuestra perdición.

El soldado se levantó haciendo muecas. Se aproximó a Ellana, esta vez con más prudencia.

—Tu posición sigue sin ser buena —comentó Edwin.

Como para darle la razón, la joven dio un paso al lado, se puso en cuclillas y derribó con el pie las piernas de su adversario, que besó otra vez el suelo.

Maniel se volvió a enderezar y, encogiéndose de hombros con un mohín de decepción, remató el combate.

Artis Valpierre eligió ese momento para salir y dirigirse hacia el maestro Nil' Erg con cuidado de no mirar a Ellana, que hizo una mueca a sus espaldas. Ella se dirigió a Edwin.

—¿En guardia?

—Como gustes.

Maniel y Bjorn se dieron la vuelta, atentos.

Ellana y Edwin se desplazaban con la misma gracia, y su diferencia de peso quedaba disimulada por la fluidez de sus movimientos. Transcurrieron unos segundos y Ellana saltó.

Actuó con mucha más rapidez que durante su enfrentamiento con Maniel. Su pierna derecha se extendió bruscamente describiendo un arco de circunferencia rumbo a la mandíbula de Edwin...

Pero él ya no estaba ahí.

Ellana notó que le tiraban del tobillo y perdió el equilibrio. Se repuso por los pelos y volvió a ponerse en guardia.

—Es poco común —comentó Edwin— que esa suerte de patada-latigazo funcione en combate frente a un adversario atento. No olvides nunca que...

El grito del maestro Duom le interrumpió.

El viejo analista se había puesto en pie y, sin preocuparse por Artis Valpierre, señaló la fuente con el dedo.

—¡Percibo su dibujo! —exclamó—. ¡Ya llegan!

Todas las cabezas se volvieron hacia el lugar que indicaba el maestro Duom.

No había nada. El patio estaba vacío, blanco de sol.

Luego, dos siluetas se materializaron junto al estanque.

Camille y Salim estaban de vuelta.



El paso al otro lado: ¡Poder de los poderes! Reservado a los más poderosos dibujantes, permite desplazarse al instante de un lugar a otro, es decir, de un mundo a otro...

Elis Mil'Truif, *maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.*

¡Dieja, te has superado! Hemos aparecido delante de la fuente, y no dentro...

Salim miró a su alrededor y una gran sonrisa surcó su rostro al ver que todos sus amigos se precipitaban hacia ellos.

Camille notó que se le aceleraba el corazón.

Se dio cuenta de la atrocidad que hubiera sido no regresar. De nuevo supo que su vida estaba ahí, como lo estaban sus raíces. Pensó un instante en su hermano, que había elegido París. Lamentaba haberle dejado tan deprisa, pero si él hubiera poseído el don y aceptado conquistar Gwendalavir, ella habría tenido que quedarse, y no estaba segura de haberlo podido soportar.

—Ewilan, Salim, estoy... estamos contentos de volver a veros —declaró Edwin.

Los demás se encontraban alrededor de él, con los ojos brillantes y el rostro embargado por una alegría sincera. Una oleada de felicidad invadió a Camille.

Duom Nil' Erg, sin embargo, ponía cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado, Ewilan? —preguntó—. ¿No has encontrado a Akiro?

—Le he encontrado —respondió ella, lacónica.

—¿Y bien? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está? ¿Recibiste mi mensaje?

El viejo analista la ametrallaba a preguntas sin esperar sus respuestas y Ellana se echó a reír.

—Estoy segura —soltó— de que estos chicos preferirían contarnos su historia a la sombra, a ser posible con una bebida fresca en la mano.

Se volvió hacia Artis Valpierre, que se mantenía en retaguardia. El soñador

acababa de asistir a la llegada de Camille y Salim y tenía dificultades para admitir lo que había visto.

—¿Podría traernos algo de beber? —le pidió la joven.

Le había hablado, como de costumbre, mirándole directamente a los ojos, y Artis, como de costumbre, enrojeció...

—Esto... por supuesto... —balbució—, yo me ocupo de ello.

Se alejó precipitadamente y Ellana sonrió. Siempre la dejaba estupefacta el efecto que una simple mirada causaba en determinados hombres.

—Tienes razón —declaró Edwin—: sea lo que sea lo que tengan que explicarnos, podemos esperar a que hayan saciado su sed.

—Sí, estoy sedienta —constató Camille—, pero sobre todo tengo sueño y me muero de ganas de lavarme.

Ellana apartó a Edwin y cogió a Camille por los hombros.

—Sois un hatajo de bestias —les soltó a los hombres—. Prohibido hablar con esta señorita hasta que no se haya recuperado.

Toda atenciones, la sostuvo hasta el murete donde el maestro Duom había estado sentado hacía unos minutos.

—¿Y yo? —protestó Salim—. Yo también estoy cansado...

Bjorn agarró al muchacho y lo trituró entre sus brazos.

—Aquí estoy —exclamó—. ¡Yo me ocuparé de ti!

—Está bien, Bjorn —logró articular Salim—, al final creo que me las podré apañar solo.

El caballero se hizo el sordo.

—Ni hablar. Es justo que disfrutes de cuidados especiales.

En un movimiento, levantó a Salim y se lo echó al hombro sin contemplaciones.

—¡No, Bjorn —gimió Salim—, Ellana ha sido más delicada con Camille!

—A cada cual su método —replicó el coloso poniéndose en marcha—. Así es como nuestro yo mi cariño.

—Yo no necesito el cariño de un gorila —aulló Salim.

Bjorn se limitó a reír y depositar su fardo junto al grupo, que se había instalado a la sombra. Camille ya había comenzado su relato.

Fue interrumpida por Artis Valpierre, que traía la bebida. Al soñador le hubiera gustado oír la historia a todas luces cautivadora que contaba la chica, pero ésta se calló al verlo llegar. Todos los presentes lo observaron dejar encima del murete una bandeja cargada con vasos y una jarra grande. Puesto que se demoraba en irse, Ellana intervino.

—Gracias —le susurró—, es usted una delicia.

Salim, asombrado, miró al soñador escarlata alejarse casi a la carrera.

—Estoy seguro —le soltó a Bjorn— de que nadie te ha dicho nunca que eres una delicia. ¿Y sabes por qué?

Sin esperar respuesta, Salim continuó:

—¡Porque eres cualquier cosa menos delicioso!

El caballero le dio un empujón que lo mandó a paseo a dos metros de allí. Camille no le dedicó ni una mirada y reanudó el relato. Cuando mencionó al Mentai, se interrumpió para volverse hacia Ellana. La joven marchombre la había salvado de morir a manos de un mercenario del Caos mientras estaba durmiendo. Camille aún no había tenido ocasión de darle las gracias.

—Cuando me fui —prosiguió—, usted estaba gravemente herida. Nunca olvidaré su gesto. Soy demasiado joven para prestar un juramento como el que la une a Edwin, pero quiero que sepa que, mientras viva, tendrá en mí a una aliada.

Ellana sonrió asintiendo con la cabeza.

—Bien dicho, Ewilan —aplaudió Edwin—. Y ahora tus aventuras: nos morimos de impaciencia por saber cómo siguen.



Cuando Camille llegó al momento en que había recibido la visita del susurrador, se hundió la mano en el bolsillo, del que sacó al bicho; se lo puso encima de las rodillas y lo acarició suavemente.

—Vaya, qué curioso —comentó el maestro Duom—, ¿se ha quedado contigo? Los susurradores son muy independientes. Podría decirse que nunca se apegan a un humano.

—No estoy de acuerdo —protestó Salim—. Éste es especial, éste...

Camille le hizo una seña y Salim calló. No quería hablar del mensaje que había recibido de su madre ni del papel que al parecer había desempeñado. Todavía no.

Una vez retomó el hilo del relato, pasó por alto ciertos detalles que habrían requerido demasiadas explicaciones y llegó a lo esencial: el encuentro con su hermano.

Duom Nil' Erg escuchó con atención y luego enarcó las cejas. Quiso hablar, pero Edwin le puso una mano en el hombro.

—Déjala acabar, Duom —le rogó—. Quiero saber cómo se las arreglaron con el mercenario. Era un Mentai, nada menos...

Camille cumplió y, cuando hubo terminado, Edwin hizo un gesto apreciativo mientras Bjorn, más expresivo, aplaudía.

—Bravo —exclamó el caballero—. ¡Así es como hay que tratar a esos tipos! ¡A golpes de rocas de quince toneladas!

El maestro Duom permaneció serio. Y entonces, no pudo aguantar más y estalló:

—¡No os alegréis tanto, hatajo de necios! Los chicos han salido de ésta y yo estoy tan contento como vosotros, pero estamos en un callejón sin salida. Peor aún: nuestra última esperanza se evapora.

—¿Qué quiere decir? —se sorprendió Bjorn.

—¡Realmente no eres más que un oso con una cacerola por cabeza! —exclamó el viejo analista—. Te recuerdo que la supervivencia del Imperio depende de una intervención lo más pronta posible de los Centinelas. Pero están prisioneros, petrificados y privados de sus poderes. ¡No los llamamos los Sujetos por capricho! Si Akiro no posee el don, ¿quién va a despertarlos entonces?

Con un pesado silencio, todos se volvieron hacia Camille. Ésta les devolvió una sonrisa desvaída.

—¡Yo! —afirmó.

—Pero tú... —comenzó el maestro Duom.

—No queda otra posibilidad —lo cortó Camille—. Usted mismo lo ha dicho: la situación es dramática. Esta misión es delicada, y sin duda peligrosa, pero por lo visto soy la única que puede intervenir. ¡Yo despertaré a los Sujetos!

—¡Ewilan tiene razón! —zanjó Edwin en un tono que no admitía réplica—. Ella puede hacerlo y ella lo hará. Y nosotros estaremos ahí para ayudarla.

El viejo analista abrió la boca, pero, ante la mirada que le lanzó Edwin, optó por el silencio.

—¡La pequeña puede hacerlo! ¡Lo sé! ¡Y si alguien se interpone en su camino, nosotros se lo despejaremos!

Maniel acababa de pronunciar su frase más larga desde el inicio del viaje. Y era tanta la convicción que había puesto en ella, que una sonrisa afloró a los labios del analista. En aquel instante, Artis Valpierre volvió para anunciar que el maestro Carboist los invitaba a reunirse con él en el salón. Se levantaron y lo siguieron pisándole los talones. En el momento de franquear la puerta de Ondiana, Salim cogió del brazo a Bjorn.

—Estoy maravillado con la aguda observación del maestro Duom —murmuró—. Un oso con una cacerola por cabeza, qué perfecta descripción...

Una gran patada en el culo lo propulsó al interior.



Zalamera de Hulm: planta carnívora de hojas largas y lustrosas. La zalamera emite un canto que atrae irresistiblemente a los insectos, lo que le permite capturarlos con sus tijeretas prensiles.

Enciclopedia del Saber y del Poder.

El maestro Carboist se encontraba ante una ventana que se abría a la meseta y contemplaba el horizonte. Se dio la vuelta cuando sus huéspedes entraron en el salón y entonces fue a su encuentro. La estancia donde les recibió tenía el suelo de roble claro y olía a cera, como muchos otros rincones de Ondiana. El mobiliario era sobrio y macizo, y consistía principalmente en pesados sillones de cuero y algún mueble bajo. Las tijeretas de una zalamera se balanceaban suavemente pero, de momento, la planta no cantaba.

—Pónganse cómodos —comenzó el maestro soñador—. Mi amigo Valpierre acaba de informarme del regreso de los dos jóvenes. De lo que deduzco que nos dejarán muy pronto, y aún quiero disfrutar un poco de su presencia.

Había señalado a Artis en el momento de nombrarlo y, una vez más, éste notó que se ruborizaba. Por fortuna nadie le estaba mirando y enseguida recobró la compostura.

Mientras tomaban asiento, Duom Nil' Erg se inclinó hacia Camille.

—No te fíes del aspecto bonachón de Carboist —le susurró al oído—. Es un hombre íntegro pero astuto que siempre averigua lo que quiere saber.

Camille asintió y se sentó junto a Ellana. El maestro Carboist no tardó en fijar la mirada en ella.

—Así que tú eres esa invitada sorpresa cuya llegada tanto ha perturbado a Valpierre.

Camille vaciló. No osaba responder, temiendo aventurarse en terreno pantanoso. ¿Qué sabía él y qué podía ella permitirse contarle? Lanzó una mirada al maestro

Duom, que parecía de piedra. Salim se lanzó en auxilio de su amiga.

—Yo he llegado al mismo tiempo que ella. Estoy seguro de que soy yo quien ha debido de asustar a ese señor.

Bjorn lo corroboró alegremente, lo que relajó el ambiente, y aprovechó para dar otro tono a la conversación.

—¡Este chico es una auténtica pesadilla!

El maestro Carboist sonrió, sin apartar los ojos de Camille.

—No te preocupes, muchacha: no trataré de sonsacarte tus secretos. Mi amigo Nil' Erg me arrancarías las orejas, como poco... Además, veo que tú y tu camarada estáis agotados. Os propongo, pues, que vayáis a refrescaros y a descansar un poco. Si estáis de acuerdo nos veremos esta noche, durante la cena.

Como si su propuesta hubiera sido aceptada de antemano, el maestro Carboist se puso en pie y todos lo imitaron.

—Ondiana está habitada exclusivamente por hombres —le explicó Ellana a Camille—. Dejaron libre para mí la única habitación que tenía agua corriente y, como los soñadores me evitan, estoy sola y tranquila. ¿La compartimos?

—¡Encantada, si no le resulta una molestia! —exclamó Camille—. ¡Me muero por un baño y una cama!

—Entonces sígueme. Pero, por favor, tutéame. Sólo tengo veinticinco años, podría ser tu hermana, no tu abuela.

—De acuerdo —respondió Camille, sofocando un bostezo.

Mientras los hombres tomaban una escalera, ella siguió a Ellana, que se metió por un pasillo en el lado opuesto.

—Hasta luego, vieja —le gritó Salim—; pórtate bien.

—¿Siempre es así? —preguntó Ellana con una sonrisa.

—No, a veces está realmente excitado. Ahora lo encuentro más bien cansado...



Atravesaron buena parte de Ondiana para llegar al extremo del ala norte, allí donde el edificio se apuntalaba en la montaña. Ellana se hizo a un lado para permitir entrar a Camille. La habitación era espaciosa, con muebles bonitos y una cama mullida presidiéndola desde el centro.

Camille se aproximó y la palpó con la mano, pero, en lugar de extasiarse, se volvió hacia Ellana con cara de preocupación.

—¿Qué quería de nosotros el maestro Carboist? —preguntó—. No entiendo por qué se ha deshecho de nosotros después de intercambiar un par de banalidades, ni por qué el maestro Duom me ha aconsejado que tenga cuidado.

—Ignoro lo que quería Carboist —respondió Ellana—. De todos modos, tengo la costumbre de calibrar a la gente y puedo asegurarte que ha obtenido lo que deseaba.

—¿Tú crees que...?

—Yo no creo nada. El cuarto de baño es por aquí.

Ellana empujó una puerta baja que se abrió a una estancia enteramente excavada en la piedra y que estaba iluminada por un tragaluz que daba a la habitación. Al fondo, el suelo pulido por miles de pisadas descendía bruscamente, formando una amplia pileta llena de agua clara. Camille no pudo reprimir un grito de alegría.

—No te alegres demasiado pronto —le aconsejó Ellana—. El agua proviene de una fuente glacial. Límpida, pero glacial...

—Me siento tan sucia —replicó Camille— que sería capaz de bañarme debajo de un banco de hielo.

—En ese caso no lo dudes: al agua.

Camille no se lo hizo repetir dos veces. Se quitó la ropa y se acercó al agua. La probó con la punta de los dedos del pie y se estremeció: estaba verdaderamente helada. Contuvo la respiración y se deslizó dentro de la pileta. Una vez sumergida hasta el cuello, se acostumbró a la temperatura y se relajó.

—¿Hay sitio para dos? —preguntó Ellana—. Hemos estado entrenando con Edwin y a mí también me vendría muy bien un baño.

Camille sonrió.

—Esto se parece más a una piscina que a una bañera; claro que puedes entrar.

Ellana le lanzó una pastilla de jabón antes de reunirse con ella. Las dos se lavaron entre bromas, hasta que a Camille empezaron a castañetearle los dientes.

—Estoy congelada, voy a salir.

—Mira al lado de la cama, donde está mi ropa. Deberías encontrar una túnica no muy grande.

Poco después, Ellana dejó a su vez la pileta. Observó la cicatriz delgada que surcaba su abdomen, único rastro de la espantosa herida que había estado a punto de acabar con su vida. Había rozado la muerte a menudo, pero nunca tan de cerca. Alabados los soñadores y su don para sanar...

Entró en la habitación. Camille se había puesto una de sus túnicas antes de tumbarse en diagonal en la cama, con el susurrador acurrucado contra su cuello. Dormía profundamente.

La joven se instaló en un sillón para contemplarla. Su propia adolescencia le parecía a cientos de años de distancia y Camille desprendía un aura de frescura beneficiosa. La dejó descansar hasta el momento en que, por la ventana, vio ponerse el sol. Entonces le tocó el hombro suavemente.

Camille abrió los ojos.

—¿Me he dormido?

—Sólo un par de horas. Siento despertarte, pero es hora de ir a cenar.

Camille se desperezó.

—Mi ropa está en un estado lamentable. ¿Qué me voy a poner?

—La he lavado, pero no está seca. Creo que, por esta noche, puedes quedarte con

la túnica. Te llega hasta las rodillas y, si le añadimos un cinturón, será perfecta.

Acompañando con un gesto sus palabras, Ellana ciñó la cintura de Camille con un cinturón de cuero negro, del que colgó un puñal en su vaina.

—Pero... —se sorprendió Camille.

—Un regalo —explicó Ellana, sonriendo—. Un regalo de hermana mayor. Yo me siento desnuda cuando no tengo una buena hoja de acero al alcance de la mano. Si te tengo que vestir, mejor hacerlo del todo. Por cierto, había algo en el bolsillo de tu pantalón —continuó—. No lo he tocado.

Camille se aproximó a su ropa, que estaba secándose en el respaldo de una silla. Recuperó la esfera gráfica y se volvió hacia Ellana. La joven había pronunciado su última frase sin ninguna entonación en especial y Camille no lograba decidir si habría descubierto la extraña particularidad de la joya. Era un objeto ts'lich que los humanos, excepto ella, eran incapaces de tocar, y que había encontrado la primera vez que estuvo en Gwendalavir. El maestro Duom se la había descrito como una herramienta poderosa que los ts'liches utilizaban para recorrer la Imaginación.

Ante la duda, Camille se abstuvo de mencionar la piedra. Dio las gracias calurosamente a Ellana por su regalo y salieron de la habitación para ir al refectorio.



La estancia abovedada era inmensa y unas mesas macizas se alineaban en toda su longitud. Los soñadores de Ondiana estaban cenando. Camille contó unos cincuenta. Algo apartados, sus amigos las esperaban alrededor de una mesa repleta de alimentos.

—¡Por fin! —exclamó Bjorn al verlas llegar—. ¡Nos morimos de hambre!

—Tú siempre tienes hambre —se burló Ellana—, y las damas deben saber hacerse esperar.

—¡Después de la lección que le has dado esta tarde a Maniel, no estoy seguro de que la calificación de dama se te ajuste demasiado! —replicó Bjorn.

Camille sonrió al escuchar aquel altercado amistoso. Se sentía bien. Se sentó al lado de Salina, que se inclinó hacia ella.

—Veo que has conseguido lavarte.

—Sí, soñaba con ello desde hace dos días. ¿Y tú?

—Bjorn me ha arrojado de cabeza a la fuente —explicó Salim, fatalista—. Y no ha encontrado nada mejor que hacer que enjabonarme con arena. ¡Creí que iba a arrancarme la piel!

Camille no pudo evitar reírse a pesar de la mirada dolorosa de su amigo.

Los platos empezaron a circular y Edwin tomó la palabra.

—Nos marcharemos mañana por la mañana, si el maestro Carboist no tiene inconveniente.

—Me pregunto qué podría objetar yo. ¿Puedo saber cuál será su destino?

—Nos dirigimos a Al-Jeit.

—¿De veras? —se asombró el maestro Carboist—. Es el único lugar que no me esperaba.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Duom Nil' Erg.

El maestro soñador se inclinó hacia él.

—Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para andarnos por las ramas, Duom. ¿Qué puede impulsar a un viejo analista como tú a ponerse en camino en compañía de un maestro de armas del emperador y de una muchacha capaz de realizar el paso al otro lado a pesar del cerrojo ts'lich en las Espiras?

Duom Nil' Erg carraspeó, incómodo, mientras el maestro soñador continuaba mirando a Camille.

—Sólo he conocido a una persona con esos ojos. ¿Quieres que siga?

Hubo unos segundos de arduo silencio.

—Voy a contaros una historia —prosiguió el maestro Carboist—. Un simple cuento surgido de mi imaginación. Había un país, un Imperio, a decir verdad, amenazado por unos enemigos temibles. Las únicas personas que hubieran podido salvarlo, llamémoslas Guardianes, estaban prisioneras en paradero desconocido. Toda esperanza parecía perdida cuando apareció una joven; ésta tenía los mismos ojos violeta que su madre e, igual que ella, un inmenso Poder. El maestro de armas del emperador, ayudado por un viejo amigo de fuerte carácter, planeó conducir a la joven hasta los Guardianes para liberarlos y, junto con ellos, combatir y vencer a los malvados, a los que llamaremos ts'liches...

Edwin alzó el brazo.

—Ya puede parar este juegucito. Camille es Ewilan, la hija de Elicia y Altan Gil' Sayan. En efecto, ella representa nuestra última esperanza de despertar a los Sujetos. Hemos averiguado dónde se encuentran, pero en primer lugar debemos ir a Al-Jeit: tenemos que ver al emperador y recabar información importante. Después nos marcharemos para transmitirla. ¿Le basta con esto?

Al maestro Carboist no pudo sino manifestar cierta actitud molesta.

—Por supuesto que sí; desde luego, no pretendía ser indiscreto.

—No, desde luego... —murmuró Bjorn al oído de Salim.

—Sea cual sea su objetivo —continuó el maestro soñador—, entiendo que es preferible guardar el secreto. No obstante, creo poder ayudarles.

—Nos encantaría —aceptó Duom Nil' Erg, con cuidado de no enojar a su viejo amigo—. ¿Qué propones?

—Los caminos no son seguros y pretenderlo sería un eufemismo. Un soñador versado en el arte de la Curación os sería bastante útil.

Edwin y el maestro Duom se mostraron conformes con sólo mirarse. Finalmente, el maestro de armas asintió con la cabeza y el analista sonrió.

—Aceptamos tu oferta con placer.

—En ese caso, tendré que elegir a alguien —concluyó el superior de Ondiana—.

Creo que deberán terminar su cena sin mi presencia.

Y haciendo un gesto con la mano, se alejó.



Ellana explotó en cuanto hubo salido.

—¡Os habéis dejado manipular como niños! ¡No es un ayudante lo que nos propone Carboist, sino un espía!

—No te apresures... —comenzó el maestro Duom, pero Edwin tomó la palabra.

—Si el espía en cuestión puede coser a alguien y salvarle la vida, vale la pena, ¿no crees?

Ellana pareció avergonzada de repente.

—Tienes razón —admitió—, y yo no soy la más indicada para protestar. Aun así, sigo creyendo que Carboist nos oculta cosas.

—Los soñadores siempre ocultan cosas —explicó el maestro Duom—. Desde hace siglos. Esto es así y nosotros no lo vamos a cambiar. Carboist desempeña un importante papel como consejero de Saï Hil' Muran, el señor de Al-Vor, y es innegable que ejerce una influencia positiva sobre él. Debía de necesitar información...

—En cualquier caso —declaró Edwin—, partiremos hacia Al-Jeit mañana por la mañana. El trayecto nos llevará unos diez días, si no surgen problemas. Una vez allí, nos reuniremos con el emperador para preparar la continuación del viaje. Creo que nos dirigiremos al lago Chen por la ruta del norte, ya que remontaremos el Pollimag hasta los contrafuertes de la cordillera del Poll. Entonces llegaremos a la zona de combates contra los raïs: ésa será sin duda la parte más ardua de nuestro periplo, pero aún no estamos allí.

—¿Cuánto durará el viaje en total? —preguntó Camille.

Edwin reflexionó un segundo antes de responder.

—Un mes. Tal vez más; desde luego, menos no.

Bjorn se sirvió otro plato de carne y Salim se despezó.

—Me muero de sueño —constató—. Me parece que ni siquiera un masaje de arena bastaría para mantenerme despierto.

Conscientes de que la partida sería temprana, todos se levantaron para ir a sus habitaciones. Más allá del cansancio, Camille sintió que un escalofrío recorría su espalda. ¡La aventura continuaba!



La estructura económica del Imperio se basa en los gremios. Algunos de ellos gozan de buena reputación: los comerciantes, los agricultores, los vidrieros, los navegantes... Otros son más secretos, pero igualmente necesarios para el equilibrio de Gwendalavir: los soñadores, los marchombres, los escultores de ramas, los atrapa-pensamientos... Tan sólo uno resulta inútil, ya que es destructivo y pernicioso por naturaleza: el gremio de los mercenarios del Caos.

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo.*

A penas despuntaba el día cuando se reunieron en el patio de Ondiana. Camille había dormido profundamente y su cansancio ya no era más que un recuerdo. Salim, por su parte, no parecía de muy buen humor.

—Bjorn ronca aún más fuerte que el maestro Duom —se quejó a su amiga—. ¡Ni que se alimentara a base de ventiladores!

Cuando se percató del puñal que Camille llevaba en la cintura, se animó.

—¡Qué bonito! —lo admiró—. ¿Te lo ha regalado Ellana?

—Sí, pero la verdad es que ignoro para qué me servirá.

—Si te molesta —propuso Salim—, yo te libero de él encantado. Siempre he soñado con poseer un cuchillo como éste.

—Te sería inútil, chico —intervino Bjorn—. Durante el viaje tendré tiempo de iniciarte en el manejo del hacha y de la espada. Deja los puñales para las mujeres y para los cobardes.

—¡No, Bjorn!

El caballero, sorprendido, se volvió hacia Ellana, que acababa de interpellarlo.

—Tú no entrenarás al chico —siguió diciendo ésta—, y así no se convertirá en un hatajo de músculos pretenciosos. Yo me encargaré de él.

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Salim no está destinado a convertirse en guerrero; todo su cuerpo lo pone de manifiesto, ¿es que no te das cuenta?

Edwin reclamó la atención general, lo que evitó a Bjorn la ardua tarea de responder a Ellana.

—Tenemos cinco caballos y la carreta está llena. Ya sólo falta nuestro nuevo compañero y nos pondremos en marcha. Adoptaremos más o menos la misma formación que cuando partimos de Al-Vor. Duom, tú tomarás las riendas. Camille y Salim, vosotros os subís detrás. Bjorn y Maniel, os ocuparéis de la protección inmediata. Ellana y yo nos vamos de exploradores. ¿Alguna pregunta?

—¿Dónde me pongo yo?

Artis Valpierre acababa de aparecer en el patio. Llevaba un saco grande que colgó de la parte de atrás de la carreta.

—No se le ve entusiasmado por haber sido elegido —susurró Salim a Camille.

Edwin calibró al soñador un instante.

—¿No tienes caballo? —acabó preguntándole.

—No. No hay ninguno en Ondiana. Pero sé montar y tengo dinero para comprar uno en cuanto sea posible.

El soñador parecía más seguro que de costumbre. Ellana sonrió.

—Viajar le sentará la mar de bien a nuestro nuevo amigo —señaló en voz baja.

Edwin zanjó la cuestión rápidamente.

—Tú tomarás el caballo que pertenecía a Hans. Más tarde ya veremos si es necesario que compres otro. ¿Todo el mundo está listo?

El maestro Carboist le murmuró algunas palabras a Duom Nil' Erg antes de acercarse a Camille. Sostenía en la mano una hoja espesa de papel enrollado y se la tendió.

—Es un mapa de Gwendalavir —le explicó—. Te permitirá ubicarte y tal vez recuperar algunos de tus recuerdos. Aunque dudo que a los seis años hubieras adquirido un buen conocimiento de la geografía del Imperio.

Camille le dio las gracias pausadamente. El maestro soñador parecía esperar alguna pregunta de ella, pero como la joven no le hizo ninguna se le vio algo decepcionado.

—Buen viaje —soltó, retrocediendo un paso—. Mi pensamiento estará con vosotros.

Edwin aguardó a que Artis Valpierre montara en su caballo para dar la señal de partida. El maestro Duom sacudió las riendas y la carreta se estremeció.



Franquearon la puerta de Ondiana en el momento en que el sol iluminaba sus altos muros de piedra.

—¡Ya estamos rumbo a nuevas aventuras! —gritó Salim.

Rápidamente desaparecieron las murallas almenadas. Artis Valpierre, no obstante, siguió dándose la vuelta con frecuencia, hasta que Ellana, que no cabalgaba lejos de él, lo interpeló:

—¿Tan duro es abandonar el hogar?

El soñador se ruborizó y, si bien no respondió, a partir de entonces se obligó a mirar derecho hacia el camino a seguir. Edwin hizo una seña a la joven y ambos partieron a explorar.

Viajar en la parte de atrás de la carreta no era muy confortable. Muy pronto, Camille fue a sentarse al lado del maestro Duom, que le sonrió.

—¿Y bien, Ewilan? ¿Te alegras de estar aquí?

—¡Sí, con todo mi corazón! Por fin me siento en mi casa.

—¿No te preocupa tu familia adoptiva?

—La verdad es que no. El Mentai hirió a mi padre, pero el periódico aseguraba que no había sido grave. Se recuperará pronto.

—¿No temes que tus padres adoptivos se disgusten con tu desaparición?

—Se nota que no los conoce. Sinceramente, creo que nunca llegaron a quererme. Se sentirán sorprendidos, ofendidos o molestos, pero no desdichados.

El anciano percibió su dolor y cambió de tema.

—¿Y tu susurrador? ¿Sigues llevándolo en el bolsillo?

—No, anoche desapareció. Ya volverá cuando le apetezca.

—Me da miedo que te hagas ilusiones con esos bichos —objetó Duom Nil' Erg—. No sé por qué te ha seguido éste tanto tiempo, pero hay muchas probabilidades de que no vuelvas a verlo nunca.

Camille se limitó a sonreír y el analista puso cara de asombro.

—¿No me crees, o acaso me estás ocultando algo?

Salim, que había metido la cabeza entre ambos, intervino:

—¡Las dos cosas, mi general! Es inútil insistir si no tiene un abrelatas a mano. Una vez lo ha decidido, esta chica es una auténtica caja fuerte.

Camille suspiró, pero no modificó su expresión. No muy lejos, Maniel y Artis Valpierre, que cabalgaban uno junto al otro, estaban inmersos en una animada discusión. Salim no pudo evitar lanzar un dardo:

—No sabía que Maniel hablara. Siempre creí que era mudo.

Camille lo agarró de una oreja y se la retorció.

—Tú eres el único que merecería ser mudo —soltó—. Si continúas así de cáustico, llamo a Bjorn y le pido que te lave con arena.

—¡Estoy a tu disposición, como siempre! —gritó el caballero, que había seguido la conversación.

Salim consiguió liberar su oreja y se refugió en el fondo de la carreta.

—Aquí nadie me aprecia. De haberlo sabido, me hubiera quedado en mi casa.

Camille le lanzó una larga mirada escrutadora y Salim dejó de inmediato de

hacerse el mártir.

—Estoy bromeando, vieja —precisó—. Nunca me echaría atrás respecto a lo que te aseguré ayer.

Su amiga le dedicó una sonrisa encantadora y él sintió que se derretía.

—No es justo —le explicó Salim a Bjorn para disimular—. ¿Cómo se defiende uno ante semejantes ataques?

—¿Te refieres a tu oreja o a su sonrisa? —le preguntó el caballero.

—¡A las dos cosas, mi general! —soltó el maestro Duom para alborozo de todos.



Enfrentarse a Edwin Til' Illan, sable en mano, es como arrojarse desnudo entre las garras de un tigre de las praderas hambriento. Tal es lo que afirman numerosos especialistas sin saber de qué hablan: ¡a un tigre hambriento se le puede vencer!

Saï Hil'Muran, señor de Al-Vor, Diario de a bordo.

El sol estaba alto y el calor era sofocante cuando el grupo alcanzó una aldea que se extendía a lo largo del río Imán. Se instalaron en la terraza de una taberna a la sombra de unos árboles inmensos de hojas perfectamente redondas. Mientras Maniel y Artis Valpierre partían en busca de un caballo que comprar, el maestro Duom encargó la comida. Preocupado, echó un vistazo al interior de su bolsa.

—Espero que el emperador se ocupe de recompensarme —suspiró—. Esta expedición me está saliendo cara.

—Sabes muy bien —afirmó Edwin— que no te perderías esto por nada del mundo, aunque tuviera que costarte hasta la última moneda.

—Cierto —admitió el viejo analista—, y estaría dispuesto a dar mucho más, pero, aun así, ¡un reembolso de Sil' Afian sería muy bienvenido!

Lejos de compadecerlo, Edwin sonrió antes de volverse hacia Camille.

—Esta tarde atravesaremos una serie de pueblos. La región está bastante poblada, así que no correremos grandes riesgos. Esta noche deberíamos llegar hasta los lagos Ostengard. Acamparemos allí. Mañana abordaremos las colinas del Taj. Junto con la gran pradera, es uno de los lugares más salvajes del sur. Tendremos que ser prudentes, pues nos arriesgamos a tener encuentros extraños.

—¿De qué tipo? —inquirió Salim—. ¿Con hombres o con bestias?

—Una mezcla de ambas cosas. Las colinas son salvajes, pero, hasta ahora, la guardia imperial velaba por el camino que las atraviesa. Las cosas han cambiado. La

última vez que pasé por allí, detecté huellas de ogros.

—¿Huellas de qué? —exclamó Salim.

—De ogros. Creía que ya no quedaban en el sur de Umbrosa, pero parece ser que algunos han hallado refugio en las colinas del Taj.

—Nos estás tomando el pelo, ¿verdad? —cuestionó Salim con aire dubitativo—. ¡Los ogros sólo existen en los cuentos!

Miró uno tras otro a los adultos sentados alrededor de la mesa. Ellana le dirigió un gesto comprensivo, pero fue Bjorn quien lo confirmó.

—Existen, chaval —certificó—, aunque el único que yo he visto estaba disecado. Eso bastó para quitarme cualquier deseo de ver a uno vivo.

—¿A qué se parecen? —quiso saber Camille.

—Miden hasta tres metros de altura y son la mitad de anchos —expuso Edwin—. Son unos humanoides carnívoros increíblemente agresivos que viven solos o en pequeñas manadas.

Salim emitió un silbido.

—¡Vaya pedazo de animales! —constató.

—No son animales, al menos no realmente —intervino el maestro Duom—. Tienen cierta vida social y un lenguaje rudimentario. Utilizan herramientas y armas simples, y algunos han sido vistos con ropa.

—¿Habrá más sorpresas de esta clase? —se inquietó Salim.

—Cuanto más avancemos hacia el norte, más numerosas serán esas sorpresas, como tú las llamas —confirmó Edwin—. Un ogro no es nada comparable a una vampira o a un quemador, y esta clase de monstruos son el pan de cada día para los fronterizos.

—¿Los fronterizos?

—Son hombres y mujeres que habitan una Ciudadela en las Marcas del Norte. Vigilan la montaña desde hace generaciones, y en especial las fronteras de hielo, el único paso practicable en la cordillera del Poll.

—Yo creía que ahí estaban en guerra —señaló Camille— y que los raïs habían cruzado las montañas.

—Así es, pero la Ciudadela sigue estando ahí. Los fronterizos son duros de pelar, hasta para los raïs. Hay quien cree que si el Imperio cayera, sólo los hombres del norte seguirían resistiendo.

El desacostumbrado orgullo que retumbaba en la voz del maestro de armas intrigó a Camille, pero el maestro Duom le proporcionó la clave:

—Por si no lo habíais adivinado, nuestro valeroso guía nació en la Ciudadela Fronteriza. Allí es donde creció y se convirtió en lo que es. ¿No es así, Edwin?

El regreso de Maniel y de Artis interrumpió la conversación. Habían comprado para el soñador un hermoso caballo gris tordo, al que ataron junto con los demás.

Volvieron a partir a primera hora de la tarde, tras almorzar en un ambiente de franca camaradería.

—Tengo la impresión de haber vivido siempre aquí —le susurró Salim a Camille cuando trepaban a la carreta.

Camille asintió. Ella sentía exactamente lo mismo.



Llegaron a los lagos Ostengard siendo aún pleno día, pero, ciñéndose a lo que había planeado, Edwin ordenó el alto.

—¿Por qué no seguimos un poco? —se sorprendió Bjorn.

—Sería una estupidez adentrarnos en las colinas de noche —explicó Edwin—. Ya nos veremos obligados a dormir allí dos veces, y con eso basta. De todos modos no tendremos oportunidad de encontrar un campamento tan acogedor como éste.

El lugar, en efecto, era magnífico. Árboles majestuosos, semejantes a cedros, descendían hasta la orilla de un lago cristalino. El suelo estaba cubierto de una alfombra de agujas y grandes rocas blancas se elevaban por encima de la ribera y se metían en el agua.

Camille y Salim, que habían soportado el calor valerosamente, corrieron a refrescarse.

—Me voy a cazar la cena —avisó Edwin—. ¿Sabes tirar al arco, Bjorn?

—Más o menos tan bien como coso —replicó el caballero.

Edwin se volvió hacia Ellana, que precisó:

—Yo no sé coser, pero le doy a una moneda a cien pasos con una flecha.

Bjorn se la quedó mirando, dubitativo.

—Puedo demostrártelo —lo desafió ella—. Coge una moneda entre tus dedos y colócate contra ese árbol de ahí.

El caballero, de pronto, pareció avergonzado. Ellana, de todos modos, pareció dar por válida la prueba de su talento y no insistió. Rebuscó en su bolso y sacó de él tres piezas curvas de madera que montó en un abrir y cerrar de ojos. El arma resultante era bastante distinta del gran arco de caza de Edwin, pero no por ello parecía menos peligrosa. La joven se colgó un carcaj de la espalda y se volvió hacia el maestro de armas.

—Estoy lista.

Se adentraron entre los árboles.

Bjorn contempló con envidia a los adolescentes, que se divertían en el agua.

—Supongo que si Edwin se ha ido sin darnos instrucciones será que no hay ningún peligro —decretó el maestro Duom—. Puedes ir a bañarte con la conciencia tranquila.

El caballero se volvió hacia Maniel y Artis.

—¿Os seduce la aventura, compañeros de armas? —soltó.

El soñador rehusó de inmediato, pero Maniel aceptó encantado. El maestro Duom

y Artis Valpierre, sentados en la orilla, los miraron entrar en el agua.

—No parece muy contento de encontrarte entre nosotros... —señaló el analista.

—No creo que sea una cuestión de estar contento o no —respondió el soñador—. Hice voto de obediencia. El maestro Carboist me pidió que os acompañara y os acompaño. Eso es todo.

—No resulta muy halagador para nosotros —comentó el viejo analista.

—No entiendo lo que quiere decir.

—No tiene importancia —suspiró el maestro Duom—. Montemos el campamento mientras los niños se entretienen.



Cuando Edwin y Ellana regresaron con dos grandes roedores semejantes a conejos gigantes, unos gritos procedentes del lago los incitaron a aproximarse a la orilla.

Salim, encaramado a los hombros de Bjorn, y Camille, subida a los de Maniel, libraban un combate encarnizado mientras sus monturas los animaban vociferando. La pareja formada por Salim y Bjorn acabó volcando y sus adversarios lanzaron aullidos de alegría.

—¿Un baño? —propuso Ellana a Edwin.

—Excelente idea.

Artis, junto a la carreta, abrió los ojos como platos.

—¡No pensará desnudarse! —gritó en dirección al maestro Duom.

—No sabía que me encontraras tan fea —replicó Ellana, que lo había oído—. Tu comentario es un poco ofensivo y me quita las ganas de bañarme desnuda. Tanto peor para ti...

El soñador se puso de color escarlata.

Camille observó a Edwin y a la joven entrar en el lago uno junto al otro. Sonrió al comprobar que formaban una pareja espléndida.

—¿En qué piensas? —quiso saber Salim.

—¡En nada, microbio! ¡En nada que pudieras entender ni por un instante!



En cuanto los bañistas salieron del agua, Edwin encendió una hoguera. Estaba ensartando un roedor cuando Ellana llamó a Salim.

—¿Estás listo? Es la hora de tu primer entrenamiento.

El chico se puso en pie con cara de contento.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó Camille.

Ellana la calibró un momento con la mirada y acabó por sacudir la cabeza.

—¡No, lo siento! Vamos a comenzar un verdadero trabajo, no debe haber espectadores.

Como se la veía extremadamente seria, Camille no insistió.

—Supongo que no querrá convertirlo en un mar... —empezó Bjorn, mientras Ellana y Salim se alejaban por entre los árboles.

Se calló cuando Camille le dio un codazo en las costillas.

—No hace falta que golpees a este hombre porque esté yo delante —la informó Artis Valpierre—. Pertenezco al grupo de soñadores que curaron a la señorita Caldin, así que sé que es una marchombre. Vi su materia y todo lo demás.

—¿Lo demás? —repitió Bjorn—. ¿Qué es lo demás?

Artis se puso escarlata otra vez. El maestro Duom soltó una risa seca e inquieta.

—Los marchombres constituyen un gremio muy secreto. Son muy pocos aquellos que han podido desvestir a uno de sus miembros y examinarlo, ¿no es eso, Artis?

El soñador no respondió.

—No entiendo nada —balbució Bjorn.

El viejo analista sacudió la mano.

—No pasa nada, no pasa nada.



Ya casi era de noche y la carne asada estaba a punto cuando Salim y Ellana regresaron al campamento. Salim tenía un aspecto entusiasmado que Camille no le había visto nunca.

—¡Genial —se limitó a comentar—, ha sido genial!

Más tarde, cuando el fuego se convirtió en brasas y los animales nocturnos empezaron a dejarse oír, todo el mundo se preparó para acostarse.

Edwin había insistido en montar una guardia, más por costumbre que por una necesidad real. Cuando Maniel se hizo cargo del primer turno, Camille pensó en Hans, que había muerto velando por ellos. Apenas lo conocía, pero empezaba a sentirse unida a Maniel y eso la acercaba al antiguo amigo de éste. Desde el fondo de su corazón deseó que no hubiera más tragedias, al tiempo que presentía que tal vez su ruego no se vería satisfecho.

Se oyeron algunos ruidos de cuerpos agitándose en busca del sueño, hasta que se hizo el silencio. Camille se durmió.



Los ts'liches se asemejan a un improbable cruce entre un lagarto y una mantis religiosa, pero, sobre todo, su comportamiento es idéntico al de ciertos insectos parásitos. Durante la Edad de la Muerte los ts'liches dominaron a los hombres, obligándolos a trabajar como esclavos o utilizándolos como alimento. Las hormigas proceden del mismo modo con los pulgones...

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

¡Damos! ¡Arre Coqueta, arre Nubarrón!

La pendiente era empinada y el maestro Duom espoleaba a voz en grito a los caballos que tiraban de la carreta. De vez en cuando les daba un leve latigazo, aunque en el fondo le desagradaba verse obligado a hacerlo.

Se habían levantado poco antes del alba y, después de desayunar un pedazo de pan de hierbas, se habían puesto en marcha rápidamente.

Las escarpadas colinas del Taj estaban cubiertas de una vegetación densa, con árboles tupidos, bosquecillos espesos, lianas y zarzales, de la que despuntaban afloramientos rocosos propicios para las emboscadas.

Edwin estaba tenso. En calidad de explorador se mantenía alejado, mientras Ellana aseguraba su comunicación con el resto de la tropa. Bjorn y Maniel cabalgaban cerca de la carreta y ambos, a pesar del calor, se habían puesto el peto de la armadura y el yelmo.

Artis parecía desamparado en medio de aquella gente de comportamiento marcial. Erguido sobre su caballo gris, avanzaba lanzando frecuentes miradas a la espesura y a los matorrales.

Fue él quien dio la voz de alarma.

—¡Ahíiii! —chilló, extendiendo el dedo.

Su grito aún no se había apagado cuando las ramas se separaron. Tres ogros se precipitaron sobre ellos lanzando terribles rugidos.

Realmente eran los monstruos odiosos que Camille había imaginado.

Tenían la frente hundida y el cuerpo encorvado, pero andaban de pie y sostenían en la mano unas mazas talladas en troncos de árboles. Calculó que los dos ogros más pequeños medían más de dos metros y medio. Su cuerpo estaba recubierto por un pelaje leonado y unos colmillos enormes asomaban de su boca. El tercero era aún más impresionante: debía de llegar a los tres metros de altura y era tan ancho como dos humanos.

Bjorn apenas tuvo tiempo de hacer girar su montura y de alzar su hacha cuando ya se abalanzaban sobre él. Bajo el impacto, su caballo dobló los jarretes.

Camille creyó que Bjorn recuperaría el equilibrio, pero el peso del hacha de combate que sostenía por encima de su cabeza lo arrastró. Fue a parar al suelo y un ogro se abalanzó sobre él. Los otros dos golpearon el carruaje.

El impacto fue tal que la carreta se puso casi en vertical. El maestro Duom fue proyectado desde su banco y catapultado entre los matorrales. Después de estar a punto de volcar, finalmente la carreta se estabilizó otra vez. Camille, que se había agarrado a un pasamanos, se estaba enderezando cuando un enorme impacto hizo temblar el suelo. Un ogro había saltado encima de la plataforma y ahora estaba abriendo unas fauces enormes, chorreantes de baba, mientras avanzaba hacia ella.

Maniel saltó a su vez a la carreta mientras se cerraba el yelmo. Alzó su lanza de combate, pero aquella arma no se prestaba a un enfrentamiento a corta distancia.

El ogro soltó la maza y se volvió hacia Maniel con una rapidez impresionante. Lo rodeó con sus inmensos brazos y empezó a estrecharlo, mientras sus colmillos intentaban cerrarse sobre su garganta. Sin embargo, el soldado era una fuerza de la naturaleza, un verdadero gigante entre los hombres, decidido a luchar. Así que aprisionó a su vez el torso del monstruo.

Camille se había acurrucado en un rincón.

Maniel y el ogro, afianzados sobre sus piernas separadas, oscilaban como dos titanes. Ella veía los músculos formidables del soldado sobresalir con el esfuerzo sobrehumano que estaba haciendo para ahogar a la bestia, pero también oía cómo las placas de su peto gemían bajo la presión y empezaban a ceder.



Mientras tanto, Bjorn trataba de recuperar su hacha, que había caído algo más allá, al tiempo que intentaba repeler los ataques del monstruo que lo estaba acribillando a golpes.

El tercer ogro, el más grande, acababa de dejar caer su maza sobre el caballo de Artis Valpierre, alcanzándolo en el flanco y proyectándolo a un lado. Al perder el equilibrio, el soñador cayó al suelo y el ogro se irguió por encima de él, hirviendo de cólera. Artis evitó el primer golpe de maza rodando sobre sí mismo. Ellana llegó

entonces montada en su caballo a toda velocidad.

Camille la vio ponerse en pie sobre su silla. En el instante en que estuvo a la altura de los combatientes, soltó las riendas y se lanzó. Efectuó un salto mortal hacia delante tirando de las dos hojas que llevaba a la altura de las pantorrillas y aterrizó sobre la espalda del ogro, rodeándole el torso con las piernas. Sus puñales se clavaron hasta la empuñadura en el cuello del monstruo. La joven efectuó un salto mortal hacia atrás y aterrizó tres metros más allá, en posición de combate. Sacó otras dos hojas de su cintura. La acción no había durado más de cinco segundos.

El ogro lanzó un aullido de rabia. Sin atender a los cuchillos que tenía hundidos en el cuello, se precipitó hacia Ellana. Su maza describió una curva asesina que ella evitó agachándose; luego se deslizó bajo el brazo de la criatura y le clavó los puñales en el vientre antes de apartarse. El monstruo la siguió, a pesar de las armas que lo traspasaban.

El enfrentamiento entre Bjorn y el ogro decidido a hacerle pedazos desvió la atención de Camille. El caballero tenía dificultades para repeler a su adversario, y sus gestos se volvían más convulsivos.

Salim, que se había acercado subrepticamente, pasó a la acción. Extendió la pierna derecha como un resorte y su talón impactó contra el mentón del ogro. El golpe, más preciso que potente, llamó no obstante la atención del monstruo, que volvió la cabeza hacia el nuevo asaltante. El codo de Salim le dio con violencia en la ceja. El ataque del muchacho, aunque insignificante, bastó para distraerlo.

La mano de Bjorn aferró el hacha.

El caballero se irguió sobre una rodilla y proyectó el hacha con toda la violencia que fue capaz de reunir. El filo de la hoja se clavó en la garganta del ogro, de la que brotó un chorro escarlata. Bjorn volvió a levantarse con dificultad dispuesto a reanudar el combate, pero, después de titubear un instante, el monstruo se desplomó y dejó de moverse.



Ellana, por su parte, se encontraba en una posición complicada.

—¡Tu cuchillo! —gritó a Artis Valpierre, que seguía postrado en el suelo aunque indemne.

Tendió la mano en dirección al soñador, que no se movió. Camille vio que el ogro llegaba adonde estaba la joven. Le había prometido al maestro Duom no volver a dibujar hasta que no estuvieran en lugar seguro, pero, sin darse cuenta, se sumergió en la Imaginación.

Fue aún más rápido que las veces anteriores.

Una hoja reluciente apareció en el puño de Ellana en el momento en que los brazos del ogro se cerraban sobre ella. La joven asió el mango con ambas manos y lo

levantó con todas sus fuerzas hacia arriba. La sangre empezó a manar en abundancia y la criatura aflojó su lazo para agarrarse el machete que le atravesaba la mandíbula.

Ellana comprendió en una fracción de segundo que Camille había creado el arma que ella acababa de usar y que podía seguir contando con su ayuda. Abrió los brazos de par en par y un puñal se materializó en cada una de sus manos. Hundió ambas hojas hasta la empuñadura en los costados del monstruo.

El ogro rugió a pesar de la espantosa herida que tenía en la boca. Sus ojos se velaron y vaciló, antes de derrumbarse como una mole, muerto.

En aquel instante llegó Edwin al galope, blandiendo su sable. El último combate estaba terminando.

Los músculos titánicos de Maniel acentuaron su presión. El ogro, atrapado en un abrazo mortal, quiso rugir, pero no le llegaba aire a los pulmones. El soldado apretó aún más. Se oyó un crujido, y luego otro antes de que aflojara la presión. La carreta tembló al desplomarse el ogro, ya sin vida. Maniel echó un vistazo a su alrededor. Al percatarse de que el combate había finalizado, se volvió hacia Camille.

—Mi armadura —consiguió decir—, ábreme la armadura.

Ella se precipitó. El ogro le había hundido completamente el peto y el soldado apenas podía respirar. Camille sacó el puñal que le había regalado Ellana y seccionó las correas de cuero. Una tras otras, las placas deformadas se soltaron. Maniel se sentó y, con las manos apoyadas en las rodillas, recuperó el aliento. Ya más tranquila por el estado del soldado, Camille se inquietó por los demás.

Salim estaba liberando a Bjorn de su armadura, que había sufrido el mismo trato que la de Maniel. Ellana recuperaba sus puñales sin preocuparse de Artis, que seguía sentado en el suelo, mientras Edwin, que ya se había bajado de su montura, contemplaba el campo de batalla sin decir palabra.

—¡Maestro Duom! —exclamó Camille de repente.

Saltó de la carreta y todos corrieron detrás de ella. El viejo analista yacía inconsciente en un matorral. Edwin lo sacó de allí con delicadeza y luego lo tumbó en el camino. Se inclinó sobre su pecho.

—¡Está vivo! —gritó al cabo de un instante—. Su corazón late. Débilmente, pero late.

Artis Valpierre se situó junto al maestro Duom. Indignada por su comportamiento durante el combate, Ellana observaba al soñador con evidente desprecio. A duras penas logró callarse; optó por darse la vuelta y alejarse.

Camille concentró su atención en Artis. El soñador estaba palpando suavemente el cráneo del analista. Ella sintió nacer un dibujo pero, para su sorpresa, no distinguía los trazos ni los colores. Artis estaba dibujando, de eso estaba segura, y sin embargo no percibía nada. Recordó las palabras del maestro Duom: «Los soñadores practican un arte derivado del dibujo que pertenece sólo a ellos».

A petición de Edwin, se apartaron para no obstaculizar el trabajo del soñador.



Maniel y Bjorn fueron a examinar lo que quedaba de sus armaduras.

—¡La mía está destrozada! —afirmó el caballero.

—¡La mía también!

Ambos hombres se miraron.

—Una buena pelea, ¿eh? —soltó Bjorn.

Maniel asintió sosteniéndose las costillas.

—¿Están rotas? —se preocupó Ellana.

—No, no lo creo. Me siento como si me hubiera caído una avalancha encima, pero la coraza ha soportado gran parte de la presión en mi lugar.

Ellana miró al ogro tendido en la carreta.

—En todo caso, felicidades. No sabía que un hombre pudiera ahogar a semejante monstruo.

—¡Felicidades a ti también! —replicó Maniel—. Yo no sabía que una mujer pudiera matar a otro a base de puñaladas.

—He tenido ayuda, ¿no es así, Camille?

La joven se aproximó rodeando al ogro tendido junto a la carreta y le puso las manos en los hombros.

—Gracias, hermana; tus puñales me han salvado la vida.

Camille sonrió, feliz por cómo la había llamado la joven.

Examinó al monstruo muerto a manos de Ellana. El primer puñal que ella había dibujado seguía clavado en su garganta. Los demás habían desaparecido. La joven siguió su mirada y se acercó para liberar el arma del cuerpo inerte con un golpe seco.

—Yo ya he recuperado los míos —dijo—; éste te pertenece.

Camille frunció las cejas. Según el maestro Duom, los objetos creados por los dibujantes sólo existían durante un tiempo limitado, varios segundos, raramente más, pero siempre acababan por desaparecer. Sin embargo, el puñal seguía allí. Su hoja, afilada como una cuchilla de afeitar, brillaba con un resplandor diamantino y su empuñadura estaba adornada con una bola de cristal tallado.

—No sé si podrás aprovecharla mucho tiempo —le advirtió Camille—, pero esta arma es tuya. Es el regalo de una hermana.

Ellana abrazó a Camille y se volvió hacia Salim.

—Y tú, pequeño chiflado, ¿quién te crees que eres? ¡Lanzarte a semejante asalto después de una sola lección!

Salim sonrió con insolencia.

—Apoyado en una pierna y patada extendida; ha funcionado, ¿no?

—Es cierto, pero has tenido mucha suerte de que no te arrancara un tobillo.

Bjorn acudió en auxilio de Salim.

—Me has salvado la vida, chaval. Ese ogro me estaba dejando hecho puré dentro

de la armadura. Te lo agradezco. Ahora somos hermanos de combate.

—Así que Camille tiene una hermana, el maestro Duom nos hace de abuelo y yo acabo de conseguirme un hermano. ¡Podría decirse que la familia crece!

Estaba tan burlón como de costumbre, pero cuando Bjorn le dio un abrazo, él le devolvió el apretón con fuerza.



—El maestro Duom saldrá de ésta —declaró Edwin, que venía hacia ellos—. Sólo está un poco molido. ¿Qué tal los caballos?

Bjorn y Maniel intercambiaron una mirada confundida y se precipitaron hacia las monturas. El caballo de Bjorn estaba indemne, pero el de Artis parecía estar sufriendo. El soldado le palpó el flanco con delicadeza.

—Debe de tener una o dos costillas resquebradas —diagnosticó—. No deberíamos montarlo durante varios días.

Edwin se unió a ellos para hacer volcar al ogro muerto de la carreta. A continuación lo llevaron rodando con los demás al borde del camino.

—¿Creéis que encontraremos otros? —preguntó Camille.

—Es muy posible —respondió Edwin, preocupado—. El hecho de que fueran tres invita a pensar que se trataba de machos cazando para un grupo más importante. No debemos entretenernos por aquí.

Los hombres, siguiendo las instrucciones de Artis, cargaron al maestro Duom en la carreta. El viejo analista aún no había recuperado el conocimiento. El soñador tomó las riendas y la tropa se puso en marcha.

—Adoptaremos una formación más cerrada —decidió Edwin.

Camille sonrió con discreción. El maestro de armas no había hecho ningún comentario sobre el enfrentamiento, pero su rostro grave indicaba que se sentía herido en su amor propio. No había previsto el peligro y el combate se había desarrollado sin su concurso... algo difícil de aceptar para alguien como Edwin Til' Illan.

Lectulandia

Un dibujante que recorra las Espiras sabe cuándo se realiza un dibujo en algún lugar, sobre todo si se trata de una creación ambiciosa. Esta percepción es muy personal. Hay quienes dicen que lo ven, quienes dicen que lo oyen y quienes dicen que lo notan. La verdad es que no existe un sentido con que describir lo que se imagina, así como no hay palabras para hablar de ello...

Elis Mil'Truif, maestro diseñador de la Academia de Al-Jeit.

El maestro Duom recobró la consciencia poco antes de la pausa de mediodía. Durante el trayecto, Artis Valpierre le había pedido varias veces a Salim que cogiera las riendas para ir a comprobar el estado del analista. El muchacho no había osado confesarle que tan sólo había conducido el carruaje una vez y brevemente, así que se había sentado en su sitio. No lo hizo nada mal. Hay que decir que los caballos, dóciles, seguían el camino a un ritmo regular.

Al despertar, el maestro Duom tuvo ciertas dificultades para recordar los acontecimientos y, durante el almuerzo, Camille se tomó la molestia de explicarle el ataque de los ogros.

—¡Has dibujado! —se inquietó.

—Un dibujito de nada —minimizó Camille.

—No sabes de qué estás hablando —gruñó el maestro Duom—. Tus dibujos, incluso los más anodinos, arman un jaleo terrible en las Espiras, créeme. Muéstrame el puñal que has creado.

Ellana le tendió el arma, que él examinó con detalle mientras una arruga de preocupación surcaba su frente.

—Esta arma es real, Ewilan —soltó finalmente.

—Ya lo sé —se asombró ella—. Como todos los dibujos, ¿no? Sólo que éste está durando algo más de tiempo y...

—¡No! Se ha introducido plenamente en la realidad. Dentro de cinco siglos este puñal seguirá estando ahí, igual de brillante y afilado. ¿Cómo lo has imaginado?

—No lo sé —se defendió Camille—. Era una urgencia, ¿sabe?, no me he parado a reflexionar.

—¡Grave error! —la fustigó el maestro Duom, inflexible—. Siempre hay que reflexionar antes de actuar. Haz un esfuerzo: ¿cómo lo has imaginado?

—Me parece —probó Camille— que lo he deseado sólido y cortante. ¡Eficaz!

—Evidentemente —suspiró—. Y ahora escúchame. La mayoría de los dibujantes, y cuando digo la mayoría debería decir la práctica totalidad, sólo son capaces de crear objetos efímeros. Y está bien que sea así. En cuanto a los pocos dibujantes realmente dotados, procuran actuar del mismo modo.

—Pero ¿por qué? —se sorprendió Camille.

Por toda respuesta, el maestro Duom lanzó el cuchillo contra una de las piezas de armadura que Bjorn estaba examinando. El acero resonó, pero, cuando el anciano hizo relucir la hoja al sol, todos vieron que su filo estaba perfectamente intacto.

—¿Lo has soñado sólido? —continuó—. Es indestructible. ¿Lo has soñado cortante? ¡Mira!

El maestro Duom pasó el filo por el borde de la carreta. El puñal se hundió en la madera como si ésta fuera de mantequilla.

—Un dibujante juega con las fuerzas de la naturaleza, pero no las viola. Tu creación es un ultraje a la realidad. ¿Lo entiendes ahora?

Camille asintió en silencio. El viejo le tendió el puñal a Ellana, que lo contempló con estupefacción antes de guardárselo otra vez en la cintura.

—Debes ser consciente de que dibujar esta arma ha hecho mucho más ruido en la Imaginación que tu tormenta de la semana pasada. Los ts'liches saben que has vuelto. ¡Y saben también dónde estás!

Camille se sintió avergonzada.

—Lo lamento —se disculpó.

—Eso no servirá para... —comenzó el maestro Duom, pero Ellana le quitó la palabra.

—¡Ya basta! La niña me ha salvado la vida, la suya propia y seguramente la tuya y la de los demás. ¿Qué hubiera sido de Bjorn y Maniel con otro ogro encima y qué hubiera hecho Edwin, por muy Edwin que sea, ante tres monstruos de esos y nuestros cadáveres?

—Me parece que...

—¡No! Tú quieres que ella despierte a los Sujetos, quieres que dibuje de forma irreprochable, quieres que sea perfecta, no toleras error alguno. ¡Pues deja ya de criticarla, viejo asno, y enséñale lo que tiene que saber!

Hubo un largo silencio.

El discurso de Ellana había causado su efecto y nadie se atrevía a hablar. El maestro Duom permanecía inmóvil, como congelado. Finalmente, Artis Valpierre se aclaró la garganta.

—Puede que... —aventuró.

No debería haberlo hecho: la cólera de Ellana aún no estaba aplacada y la intervención del soñador la sacó de sus casillas.

—¡Y tú —gritó—, tú te callas! No eres más que un miserable pelele, cobarde y estúpido. Hay más valentía en el dedo meñique de Salim que en todo tu cuerpo de soñador. Te has quedado tumbado bocabajo mientras estos críos luchaban en tu lugar. ¡Me repugnas!

Artis había recibido cada frase como una bofetada. Enrojeció y después palideció. Un tic sacudió su mejilla y, cuando habló, tuvo gran dificultad en reprimir el temblor de su voz.

—Olvidas que he visto tus manos —profirió, como si sus palabras fueran veneno.

Se oyó un silbido y una hoja de acero brilló en el puño de la joven. Maniel quiso interponerse, pero Edwin lo detuvo.

—Deja —soltó—. Nunca debería haber dicho eso.

Su voz era dura y no admitía réplica. El soldado volvió a sentarse.

Ellana se acercó a Artis lentamente. Se movía con una gracia felina, casi hipnótica, y Camille creyó oír un improbable murmullo que salía de su garganta. El soñador se puso en pie con dificultad. Ellana se encontraba a un metro de él.

Una especie de petrificación parecía haberse apoderado de los allí reunidos. Hasta las respiraciones se habían vuelto imperceptibles.

Camille fue consciente de que, aun deseándolo con fervor, no conseguía hacer el menor movimiento. Se acordó de cómo la había hipnotizado el mercenario del Caos. La sensación era idéntica.

La joven marchombre extendió el brazo y agarró al soñador por la nuca. Con la otra mano le apoyó la hoja en la garganta. A continuación, implacable, lo atrajo hacia sí y le habló al oído. A pesar del absoluto silencio, nadie oyó una sola palabra de lo que decía. De tan pálida, la tez de Artis se volvió translúcida. Gruesas gotas de sudor aparecieron en su frente antes de rodar por sus mejillas. Cuando Ellana lo soltó, un largo tajo rojo surcaba su cuello. Ella lo miró con desprecio y se dio la vuelta.

—Me voy a tomar el aire —anunció—. Llamadme cuando nos vayamos.

Se alejó sin esperar respuesta. Artis Valpierre se desplomó más que sentarse mientras Bjorn sacudía la cabeza, como saliendo de un sueño.

—¿De qué va esta historia? —refunfuñó—. ¿Qué tienen sus manos de especial?

—¿Quieres ir a preguntárselo? —replicó Edwin con sequedad.

—Pues no, la verdad es que no.

—Entonces ¡cállate y olvídale!

Camille ignoraba con quién estaba enfadado el maestro de armas, pero lo averiguó cuando lo vio acercarse a Artis.

—Ellana es una marchombre —afirmó con una voz despojada de toda emoción— y mientras se ocupaba de ti ha utilizado sus dones para inmovilizarnos. Pero conozco ciertas técnicas de su gremio y hubiera podido moverme. Y aun así, juro que si ella hubiera querido degollarte, yo no habría rechistado.

El soñador estaba desencajado. Edwin le asestó la estocada final.

—Tu vida cuelga de un hilo, Artis. Ellana puede cambiar de idea en cualquier momento, y yo en su lugar no dudaría.

El maestro de armas se volvió luego hacia los demás, que habían escuchado su discurso con estupefacción.

—Nos vamos —lanzó—. Este sitio es malsano.



Ellana se reunió con la tropa en el momento en que ésta se ponía en marcha. Parecía haber pasado página respecto a lo ocurrido y había recuperado su sonrisa habitual. Incluso fue a disculparse ante el maestro Duom.

—He estado un poco violenta —se reprochó.

—No, sin duda tenías razón al decir lo que has dicho —admitió el anciano—, aunque no haya resultado muy agradable de oír. Le estamos pidiendo mucho a Ewilan, debo moderar mis exigencias.

Camille, que escuchaba con atención, sacudió la cabeza, y el analista se percató.

—Trabajaremos, Ewilan —prometió—. Me esforzaré en ser un profesor paciente.

Luego se volvió hacia Ellana.

—No obstante —añadió con una mueca—, si te abstuvieras de tratarme otra vez de viejo asno, agradecería el gesto.

Ellana se echó a reír y su hilaridad devolvió la sonrisa al resto de la tropa. Tan sólo Artis Valpierre, que cabalgaba detrás, siguió perdido en sus sombríos pensamientos.



¡Tres mil años! Ése es el tiempo estimado de la presencia de los hombres en Gwendalavir. ¿Y antes? Todo hace pensar que somos originarios del otro mundo. Una migración, si puede llamarse así, habría conducido a nuestros antepasados hasta aquí. ¡El Gran Paso!

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

Los raïs los atacaron a media tarde. Habían llegado al fondo de una hondonada. Salim estaba mirando con aprensión la larga subida que los aguardaba cuando se alzaron unos gritos.

Edwin dio la vuelta y soltó una retahíla de blasfemias. El camino, en aquel lugar, era bastante rectilíneo, y el pelotón se recortaba con nitidez en lo alto del collado que acababan de franquear.

A Camille le entró hipo del asco. Los raïs estaban aún a unos trescientos metros, pero ya veía hasta qué punto eran monstruosos.

Más bajos que los humanos, también eran más rechonchos. Andaban contoneándose y sus gestos eran frenéticos. Llevaban pedazos de armaduras desparejadas y blandían un armamento heteróclito, que iba desde la espada hasta la lanza pasando por el mayal y la maza. Lanzando unos aullidos salvajes, emprendieron el descenso por la pendiente en dirección hacia ellos. Eran unos cincuenta.

Edwin miró a su alrededor, observó la subida que los aguardaba y gruñó una orden:

—¡Bajad del caballo! ¡Dejadlo todo menos las armas y seguidme!

Apartó dos matorrales en un lado del camino para mostrar un pasaje que apenas se veía, seguramente el sendero de algún animal salvaje. Se adentró en él, gritando:

—¡Ewilan, detrás de mí! ¡Bjorn y Maniel, a la retaguardia! ¡Si se acercan, deteneos y obstaculizadlos!

Se metió entre los árboles, intentando avanzar lo más rápidamente posible, y Camille lo siguió preguntándose si no se habría vuelto loco. Abrirse camino entre esa vegetación inextricable era casi imposible.

Además, los raïs aprovecharían la brecha que su paso abría en el sotobosque. Los tendrían encima en menos de tres minutos.

De pronto, el sendero se ensanchó para convertirse en camino. Edwin aceleró.

Camille enseguida se sofocó, pero lo suyo no era nada en comparación con lo del maestro Duom: el viejo analista estaba sin aliento y sólo a duras penas conseguía seguir.

Los gritos de los raïs se dejaron oír, más claros.

Edwin y Camille estaban en cabeza, seguidos de Salim y de Ellana. El maestro Duom, agotado, corría justo detrás de Artis, por delante de Bjorn y de Maniel.

Llegaron a una intersección. Allí, Edwin perdió varios segundos escrutando el terreno que pisaba. Al fin eligió una vía y reanudó la carrera. Por un instante Camille creyó ver desaparecer la senda, pero a la vuelta de unos árboles se le volvió a aparecer de nuevo, más ancha, lo suficiente para permitir el paso de dos hombres.

En la retaguardia, Bjorn exhortaba al maestro Duom:

—¡Ánimo! ¡Pronto habremos llegado!

«Llegado ¿adónde? —se preguntó Camille—. ¿Y de verdad se puede despistar a estas criaturas?».

Comprendió que el caballero sólo pretendía alentar al anciano, aplazando así la hora de un combate perdido de antemano. Los aullidos de los raïs estaban ahora muy cerca. Camille se arriesgó a echar un vistazo hacia atrás y distinguió al cabecilla de la persecución.

Era un humanoide rechoncho y de fisonomía porcina. Dos colmillos amarillos sobresalían por debajo de su labio inferior y su piel verdosa estaba cubierta de pústulas. Llevaba una armadura ligera erizada de puntas y de cuchillas y sostenía un sable curvado en la mano. Detrás de él corrían otros cuatro raïs, igual de monstruosos. Maniel debió de percibir que el enfrentamiento era inevitable. Se paró de golpe y dio media vuelta, apuntando su lanza de combate. El primer raï quedó ensartado.

Bjorn se detuvo a su vez. Balanceó su pesada hacha y se situó al lado del soldado. Edwin agarró a Camille por el hombro.

—¡Corre! —ordenó.

Ella obedeció.



Rápidamente, el ruido del combate se atenuó. Camille sintió que se le encogía el corazón. ¿Acababan de sacrificarse Bjorn y Maniel para que ella sobreviviera?

Edwin la obligaba a hacer malabarismos entre troncos de árboles gigantes, bosquecillos impenetrables y agresivos zarzales. Tenía que agacharse sin cesar para evitar las ramas bajas y saltar sobre las cepas, pero la senda que estaban siguiendo se aclaraba a cada paso, como si fuera un recorrido de tránsito habitual.

Justo detrás de ella, Salim y Ellana corrían a zancadas regulares. Le parecía ser la única que lo estaba pasando tan mal.

El corazón le palpitaba, un flato le taladraba el costado y las piernas le pesaban cada vez más. El sendero empezó a serpentear entre rocas enormes. Camille creyó que le iban a estallar los pulmones.

De repente, Edwin se detuvo.

Los demás casi chocaron contra él y el maestro de armas les hizo una seña tajante. Escuchaba atentamente, con la atención dirigida hacia delante.

El maestro Duom y Artis Valpierre llegaron a su vez. El anciano estaba pálido. Tenía dificultades para respirar y se cogía el pecho. El soñador lo sostenía como podía.

Edwin seguía escuchando.

Finalmente, se volvió hacia sus compañeros.

—A mi señal —murmuró—, os lanzáis directo hacia delante. El sendero descende en una cuesta empinada y sale al camino principal, no muy lejos de donde lo hemos dejado. ¡Pase lo que pase, no os detengáis!

Ellana quiso hacer una pregunta, pero Edwin le indicó con una seña que se callara. Ahora desvió su atención hacia atrás. Se oyeron unos ruidos de carrera y Edwin sonrió, aliviado: Bjorn y Maniel acababan de aparecer en la curva del sendero. Estaban cubiertos de sangre, pero no parecían heridos.

Cuando el caballero quiso explicar lo que había ocurrido, Edwin le mandó guardar silencio.

Unos segundos después, los aullidos de los raïs retumbaron, haciendo sobresaltar a Salim, que quiso echarse a correr otra vez. Edwin le agarró del hombro.

—¡Espera!

Apareció el primer raï, a menos de diez metros. Pareció sorprendido de verles tan cerca y aminoró su carrera.

—¡Vamos! —chilló Edwin.

Arrastrando a Camille por el brazo, se lanzó. Los demás los siguieron.

El maestro de armas tenía razón: el sendero descendía, primero imperceptiblemente pero luego de forma más pronunciada. Las rocas eran cada vez más altas a su alrededor y había que prestar atención continuamente para no tropezar en el suelo accidentado.

De pronto, el terreno volvió a allanarse, la vegetación se aclaró y, con los raïs pisándoles los talones, llegaron a un claro. Éste estaba ocupado por un puñado de chozas macizas, construidas de forma muy tosca. Una docena de ogros se encontraban allí.

Aturdidos por la llegada de los humanos, los monstruos no reaccionaron de inmediato. Y cuando empezaron a moverse, el grupo ya casi había cruzado el claro.

Aun así, un ogro se alzó a su paso. Sin aminorar, Edwin se sacó el sable de detrás del hombro y atizó el aire en una fulgurante ida y vuelta.

El monstruo se desplomó.

Alcanzaron el lindero del bosque.

—¡Deprisa! —ordenó Edwin—. Ya os alcanzaré más adelante. ¡Bjorn, ponte en cabeza!

El caballero obedeció y Edwin se detuvo. Ellana se colocó a su lado. Él la miró con una sonrisa, aunque guardó silencio. El resto del grupo se adentró en el bosque.



En el claro, los raïs se toparon con el grupo de ogros. Se elevaron unos aullidos de furor y el combate se generalizó. Ellana vio a un ogro fuera de sí, sirviéndose del cuerpo de un raï para despejar la zona a su alrededor. Otro, aunque agujereado por golpes de espada, rugía mientras rompía cráneos y arrancaba brazos. Cuando se hizo evidente que los ogros iban ganando, Edwin se volvió hacia Ellana.

—Podemos irnos —decidió.

La joven se lo quedó mirando, maravillada.

—¿Cómo sabías que aquí había un campamento de ogros?

—He vivido mucho tiempo en las Marcas del Norte. Allí, los ogros son casi tan numerosos como aquí los silbadores. Su comportamiento es bastante previsible, así que no era difícil encontrarlos.

Ellana señaló con la cabeza.

—¿No van a perseguirnos?

—No. Los ogros no son tan inteligentes, y con esos raïs tendrán comida al menos para una semana. El estómago es lo único que cuenta para ellos. Venga, vámonos.

Tras echar un último vistazo al claro donde los ogros estaban cortando en pedacitos a la horda raï, Edwin y Ellana se arrojaron al sendero.

Alcanzaron a los demás en el camino principal, cuando estaban reuniendo a los caballos. El maestro Duom interrogó a Edwin con la mirada.

—Todo en orden —le informó éste—. Estaremos tranquilos hasta el próximo regalito que nos manden los ts'liches.

—Pero ¿qué diablos hacían éstos aquí? —se enfureció Bjorn—. Yo creía que los raïs estaban en el norte, enfrentándose al ejército imperial.

—Y lo están —replicó Edwin—. Éstos eran enviados de los ts'liches.

—Los ts'liches se han guiado por mi dibujo, soy consciente de ello —declaró Camille—. Pero ¿cómo pueden asegurarse de que su plan ha funcionado?

Al maestro Duom le estaba costando recuperarse y Artis se mantenía cerca de él,

dispuesto a intervenir rápidamente en caso de problema. El viejo analista, sin embargo, quiso responder.

—No pueden saberlo si se quedan donde están —explicó—. De todas formas esos raïs ya estaban sacrificados, pues dudo que los ts'liches tuvieran la intención de volver a enviarlos hacia el norte. En cambio, es probable que un ts'lich se arriesgue a realizar un paso al otro lado para comprobar si te han matado. Pero no de inmediato. Hasta entonces, debes abstenerte del menor dibujo. Tenemos que abandonar este camino lo antes posible. ¿Edwin?

El maestro de armas sacudió la cabeza.

—Eso se dice muy rápido —indicó—. Mientras estemos en las colinas del Taj, no encontraremos otra vía que ésta. Dentro de dos días tendremos más opciones.

—¿Y si no nos parásemos esta noche? —aventuró Salim.

—En ese caso, mañana por la noche ya habríamos salido de las colinas. Pero estaríamos agotados, y en caso de que nos topáramos con algún inconveniente, la cosa podría acabar mal.

El chico pareció incómodo.

—No quería meterme donde no me llaman —se disculpó.

—No te lo reprocho —lo tranquilizó Edwin—. No has dicho ninguna tontería, al contrario. Y por otra parte, pienso que es mejor que corramos ese riesgo y optemos por cruzar rápidamente las colinas. Duom, instálate en la parte de atrás de la carreta con Artis, y guárdate tus protestas porque no te servirán de nada. Salim, ocúpate de conducir el carruaje, ¿de acuerdo?

El chico cuadró los hombros. Sin dejarle tiempo para fanfarronerías, Edwin prosiguió:

—Ewilan, tú subes al lado de Salim. La carreta pesará mucho en las cuestas, pero no tenemos otra elección. Ellana, Maniel y...

—Puedo coger el caballo de Hans —lo interrumpió Camille.

—¿Sabes montar? —se sorprendió Edwin.

—No lo he probado nunca —respondió ella tranquilamente—, y sin embargo creo que puedo conseguirlo.

Edwin reflexionó un instante antes de aceptar.

—¿Por qué no? Enseguida nos aseguraremos. Y si lo logras, será más fácil establecer una rotación para descansar en la carreta.

—Coge a *Murmullo* —propuso Ellana—. Es más dócil que los sementales de guerra que utilizan esos montones de músculos.

El caballo negro de la joven era excelente, más pequeño que los demás, con una mirada tranquila e inteligente. Camille lo había encontrado magnífico desde la primera vez que lo vio.

Se aproximó a él y le rascó entre los ojos, como había visto hacer a sus compañeros. El caballo aceptó la caricia encantado.

—Estoy segura de que lo harás bien —observó Ellana—. Tu comportamiento es

adecuado y ya confía en ti.

La joven le explicó rápidamente las técnicas básicas antes de ayudarla a izarse sobre la silla.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Cómo te sientes ahí arriba?

A Camille le costó responder. Se adaptaba a la situación con el desahogo de un jinete experimentado, lo que le intrigaba un poco. ¿Era posible que su cuerpo hubiera conservado un recuerdo del que su mente estaba privada?

—¡Genial! —acabó diciendo.

—Entonces, en marcha —soltó Edwin.

Salim miraba a su amiga encaramada sobre del caballo con una pizca de envidia, pero él tenía una misión y, cuando tomó las riendas, de pronto se sintió tan importante como Camille y recuperó la sonrisa.

—¡Arre, *Coqueta!* ¡Arre, *Nubarrón!* —gritó.

El carruaje se tambaleó al emprender la subida. Camille estaba perfectamente a gusto en el lomo de *Murmullo*. El caballo respondía a todos los ruegos de ella como si adivinara de antemano sus pensamientos y velara por su equilibrio y su comodidad. Ellana, que montaba el caballo de Hans, cabalgaba a su lado.

—Lo haces de maravilla —comentó—. Ni que te hubieras pasado la vida a lomos de un caballo.



Los soñadores no recorremos las Espiras, pero dibujamos. Nuestro dibujo se centra en el funcionamiento del ser humano, desde el movimiento de sus miembros hasta la estructura de sus células. Nosotros soñamos y nuestros sueños curan.

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo.*

Al caer la noche, los compañeros siguieron avanzando, iluminados primero por las estrellas y después por la luna que se alzaba. Cabalgar en esas condiciones era una experiencia formidable, y cuando Edwin le ordenó ir a dormir a la carreta, Camille dio un respingo.

—No estoy cansada —se sorprendió.

Dejó a *Murmullo* a regañadientes y se tumbó entre los sacos en el lugar que Maniel acababa de dejar libre. Artis Valpierre, que no se apartaba del maestro Duom, parecía preocupado. El viejo analista se encontraba en un estado intermedio, oscilando entre la vigilia y el sueño, con dificultades para respirar y un dolor en el pecho.

—Aún no puedo pronunciar me —explicó el soñador—. Se encuentra bajo el efecto de una fatiga extrema que dificulta mi diagnóstico. Hay que esperar.

A Camille no se le ocurrió qué decir. Sólo sabía que aquel anciano no debía morir. Y con este pensamiento cerró los ojos.

Avanzada la noche, Ellana la sacó de su sueño sin imágenes. Salim estaba durmiendo a su lado, hecho un ovillo, y Artis llevaba las riendas. El maestro Duom no se movía y, en la oscuridad, Camille no vio si estaba despierto.

—*Murmullo* te espera —susurró la joven.

Camille sonrió y se incorporó. El caballo negro avanzaba con el flanco pegado a las ruedas de la carreta y sólo tuvo que pasarle la pierna por encima para encontrarse sobre su lomo. Ellana se acostó en el sitio de Camille y la noche siguió discurriendo,

interminable.

Una eternidad después, el cielo palideció y nuevos sonidos emergieron de los bosques. Los animales diurnos salían de sus guaridas. Camille se sentía a gusto, casi eufórica.

Poco a poco, las estrellas se desvanecieron para dejar paso a un nuevo día. Edwin anunció un alto en un lugar con buena visibilidad, para recuperar fuerzas.

—No corremos un gran riesgo —anunció—. No creía que fuéramos a avanzar tan deprisa. Dejaremos las colinas a medio día. Llegar a Al-Jeit ya no será más que una mera formalidad, sobre todo cuando hayamos cruzado el Pollimag.

El maestro Duom no estaba bien.

—Necesita descanso —declaró Artis Valpierre—. Mis artes de soñador no pueden hacer nada si no concedemos cierto tiempo a su cuerpo para que se recupere.

El viejo analista seguía acostado en la parte de atrás de la carreta. Estaba muy pálido y se quejaba de violentos dolores en el pecho y en el brazo izquierdo.

—No es necesario ser soñador para darse cuenta de que su corazón ha acusado el golpe —soltó Ellana—. Se le ha pasado la edad de hacer carreras.

Artis se disponía a responder cuando intervino Edwin.

—Era correr o morir —afirmó con firmeza—. ¡Y ahora escuchadme! Aunque hayamos franqueado las colinas del Taj, todavía no estamos en Al-Jeit. Para llegar sanos y salvos debemos actuar como un solo cuerpo y no desperdiciar energía con discusiones estúpidas.

La perorata había sido breve, pero dio sus frutos. Ellana se tragó sus sarcasmos y Artis volvió a ocuparse de su paciente.



La mañana transcurrió en un silencio casi completo. Cada cual parecía perdido en sus pensamientos y las frases intercambiadas, encadenadas unas con otras, no hubieran bastado para llenar diez minutos de conversación.

Salim viajaba por el interior de sí mismo. Adquiría conciencia de que su decisión de seguir a Camille lo había apartado definitivamente de cuanto conocía. Seguía alegrándose, pero la página que había pasado respecto a su pasado le ofrecía un porvenir virgen en un mundo desconocido que le provocaba cierta inquietud. La guerra terminaría algún día. ¿Qué sería entonces de él? ¿Adónde iría? ¿Podría quedarse con Camille?

Observó a su alrededor a los adultos a los que frecuentaba desde hacía tan poco y que ya le resultaban más cercanos que su familia.

Maniel, el coloso, Guardián de la ciudad de Al-Vor y soldado de profesión, modelado por la disciplina y los reglamentos. Tras la muerte de su compañero Hans, se había abierto un poco más. Ahora empezaba a mostrar su verdadero rostro,

bondadoso y simpático; sin embargo, Salim sabía que él nunca podría ser soldado.

Bjorn, el caballero. Salim ignoraba de qué vivía un caballero. No obstante había entendido que hacía falta tener dinero, tierras y bienes para permitirse pasarse la vida en los caminos, de misión en misión. ¡Y Salim no poseía nada!

Edwin. Imposible. Sólo había un Edwin y la plaza ya estaba cogida.

Artis, el soñador. Un tipo raro; no era malo, pero tampoco un dechado de simpatía. No lo bastante para que a Salim le apeteciera encerrarse durante años en un castillo, aunque fuera tan bonito como Ondiana.

El maestro Duom, el analista. Costaba pensar que un día podría llegar a ser tan viejo como él. De todos modos, Salim había nacido en otro mundo y tenía el don tan desarrollado como un guisante. Era inútil plantearse dibujar algo si no era en una hoja de papel.

La mirada de Salim se cruzó con la de Ellana, que le sonrió. La joven era todo aquello que a él le gustaba: independiente, rebelde, exuberante, alegre... Rememoró su primera y única lección. Había tenido la impresión de meterse en un traje que le venía grande. Ellana no le había hablado de los marchombres y Salim suponía que quizá tardaría meses en hacerlo, si lo hacía alguna vez. Sin embargo, ahí percibía algo más tentador que la vida de soldado, de soñador o incluso de caballero... De pronto, un futuro atrapado entre millones de futuros posibles se dibujó con una extraordinaria precisión. Salim fue marchombre, no en sueños sino en una realidad anterior que tenía los mismos colores que la vida real. Y aunque la visión apenas duró unos pocos segundos, bastó para hacerle profundamente feliz.



La noche amiga en los tejados ondulantes.

Ellundril Chariakin, cabalgadora de bruma.

Edwin no mandó hacer una pausa a mediodía, por lo que hubo que conformarse con un pedazo de pan de hierbas con paté de termitas mordisqueado encima de la montura o del banco.

Camille sonrió al recordar su reacción en la carreta de Wouwou, el comerciante de cereales. A estas alturas ya apreciaba los insólitos refrigerios fuertemente especiados y la manía de los alavirienses de incorporar hierbas a sus preparaciones culinarias.

Se sentía bien. La noche transcurrida en parte a lomos de *Murmullo* le había abierto un universo de sensaciones. La comunión con su montura era perfecta y estaba agradecida a Ellana por dejarle vivir esta experiencia con su caballo. Aun así, con ocasión de un breve alto para satisfacer las necesidades fisiológicas, se dio cuenta de que tenía las piernas hechas polvo y de que la piel de sus nalgas parecía en carne viva.

—¡Bienvenida al mundo de los jinetes! —le soltó Bjorn al verla andar con paso inseguro hacia unos matorrales cercanos.

Camille no contestó, y cuando Edwin le propuso que se sentara en la carreta al lado de Salim, aceptó de buen grado.

—El camino descenderá —explicó él sonriendo—. Los caballos tirarán del carruaje sin problemas, aun con tu peso, y prefiero que llegues en buenas condiciones a la capital.

Se instaló en el banco junto a Salim.

—¡Vaya, aquí estás otra vez! —señaló éste—. Hacía mucho que no te veía. ¿Qué es de tu vida?

—Poca cosa —explicó Camille, contenta de reencontrarse con el buen humor de

su amigo—. Algunos ogros por aquí y por allá, una banda de raïs... ¡pura rutina! ¿Y tú?

—¡Lo mismo! Este viaje empieza a ser monótono. ¡A ver si Bjorn hace una de esas tonterías que tan bien se le dan para meternos en líos!

—¡Tienes suerte de estar conduciendo la carreta, sabandija! —rugió el caballero, que, evidentemente, había seguido la charla.

—¡Maniel! —gritó Salim—. Bjorn tiene otra crisis. ¿No querrías ahogarlo un poco para que se calme?

El rostro del soldado se alegró y el chico, feliz de ver que una oleada de júbilo volvía a soplar entre la tropa, continuó, llevado por el impulso.

—No te rías demasiado —aconsejó al gigante—, o Ellana volverá a lanzarte por los aires con una sola mano.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó Maniel.

—Ha sido primera plana en todos los periódicos del mundo: «¡El gran Maniel, domado una vez más por la joven Ellana!».

—Te estás pasando —le susurró Camille—. No conoces a Maniel lo bastante para permitirte eso.

Pero el soldado estalló en una carcajada, y Bjorn y Ellana lo imitaron.

Salim decidió lanzar un último golpe.

—Dicho esto, ni siquiera Ellana es perfecta. Me ha parecido entender que se ha comprometido voluntariamente a salvarle tres veces la vida a Edwin. El problema es que eso le llevará al menos tres siglos. ¡Ellana no es muy astuta!

—¡Oye, tú, eres demasiado parlanchín! —intervino Edwin.

De repente, a Salim ya no se le vio tan seguro de sí mismo.

—¿Usted cree?

—Sí.

La palabra había sido pronunciada al estilo Edwin: sin ninguna entonación especial y sin brillo. Salim acusó el golpe y se encogió avergonzado. Con una mirada, suplicó el apoyo de Camille.

—¿Por qué le hablas a Edwin de usted —se limitó a preguntarle ésta— si tuteas a los demás?

—Eso no es cierto en absoluto —replicó Salim, contento con la distracción—. También llamo de usted al maestro Duom. En cuanto a Artis, no lo sé: no estoy seguro de haberle dirigido aún la palabra. Además, tú también llamas de usted a Edwin...

—Al maestro Duom, vale —le interrumpió Camille—: podría ser nuestro abuelo. Pero ¿Edwin? No es mayor que Maniel y apenas lo es más que Bjorn.

Salim reflexionó un instante y se encogió de hombros.

—No lo sé. Me da la impresión de que no es completamente humano. La única vez que le he oído reírse fue cuando la pelea en el lago, antes de que nos fuéramos en busca de tu hermano. El resto del tiempo, reflexiona, da órdenes y actúa. Un poco

como una máquina, ¿no te parece?

Estaban hablando en voz baja, convencidos de que nadie les oía. Cuál fue su sorpresa cuando, detrás de ellos, el maestro Duom intervino.

—No juzguéis tan a la ligera —aconsejó con voz débil—. En el pasado de Edwin Til' Illan hay material para llenar tres vidas normales. Ha dedicado su existencia al Imperio y, sin él, hace ya mucho tiempo que estaríamos bajo el yugo raï. La supervivencia de Gwendalavir depende de ti, Ewilan, y me niego a pensar que el hecho de que te hayas encontrado con Edwin sea sólo una cuestión de azar. Él debe llevarte a Al-Jeit y luego, con toda probabilidad, guiarte hasta los Sujetos. Es una responsabilidad abrumadora, incluso para un hombre como él.

—Aun así, no parece plantearse muchas cuestiones —objetó Salim—. Él decide y los demás obedecen.

—No es tan sencillo —reaccionó el anciano—. Edwin debe tomar decisiones desgarradoras. Simplemente, tiene la fortaleza de guardarse sus dudas para él con el fin de no agobiarnos.

—¿Decisiones desgarradoras? —preguntó Salim.

—¿De verdad crees que Edwin puede, como hizo ayer, pedir como si nada a Bjorn y a Maniel que se sacrifiquen mientras él corre delante con Ewilan? ¿Crees que puede dejarles morir sin lamentarlo? ¿Y sabes qué, chaval?

—No...

—Para salvar a Ewilan, Edwin estaría dispuesto a sacrificarnos a todos. No levantaría el dedo meñique por nosotros si eso conllevara comprometer las posibilidades de despertar a los Sujetos. Le dolería mucho, pero no dudaría. ¿Le convierte eso en una máquina? No, no me respondas enseguida. Tómate primero tu tiempo para reflexionar.

El analista hizo una mueca sosteniéndose las costillas y Artis Valpierre se precipitó. Pero era sólo una falsa alarma y el anciano tranquilizó al soñador, que se inclinó sobre él.

—No pasa nada, Artis —afirmó—, ¡aguanto bien!

Camille acariciaba la esfera gráfica en su bolsillo. Este gesto se había vuelto familiar para ella y le gustaba el tacto suave y liso de la piedra, aparte de las garras que la ceñían. Pero no estaba pensando en el ts'lich al que se la había quitado, sino en su primer encuentro con Edwin.

—Nosotros estábamos en el bosque de Barail —explicó— cuando Edwin nos salvó de los andadores. Ese día mencionó su misión con los faëls. ¿Usted puede contarnos algo más sin traicionarle?

—Creo que sí —respondió el maestro Duom—. Los faëls son otra de las razas que pueblan este mundo.

—¿Aliados del Imperio? —quiso saber Camille.

—No hasta el punto de entrar en guerra para ayudarnos. A veces viajan hasta Gwendalavir, y los pocos alavirienses que osan atravesar Barail nunca son mal

recibidos, pero ahí terminan nuestras relaciones. Me parece que la tarea de Edwin era convencerles para que se unan al Imperio. Los faëls detestan a los raïs, pero persuadirles no hubiera sido tarea fácil. Son unos seres muy independientes, sin un gobierno real, y muy difíciles de retener.



En ese instante los compañeros franquearon la cima de la última colina. Ante ellos se abría una inmensa extensión de hierba, sembrada de bosquecillos de árboles espigados.

El camino descendía hasta la pradera en una sucesión de curvas cerradas. A continuación subía derecho hasta una barrera rocosa y elevada que ocultaba el horizonte.

—El empalme de los Dragones —indicó Edwin, que se había parado en la cima del collado—. Una muralla natural que llega a alcanzar los trescientos metros de altura y se extiende a lo largo de kilómetros, prácticamente desde el lago Chen hasta el océano.

Camille sacó su mapa para seguir las explicaciones del maestro de armas.

—El empalme de los Dragones es absolutamente vertical —continuó Edwin—, pero muy estrecho. Sólo existen algunas brechas para franquearlo y la única que se encuentra en nuestra ruta es el paso del Vampiro. Más allá, volveremos a encontrar la civilización y la seguridad. ¡En marcha!

Salim chasqueó las riendas y emprendió la bajada con el carruaje.

Pronto llegaron a la pradera y Camille se alegró de moverse de nuevo por un espacio libre. La vegetación densa de las colinas del Taj, su falta de perspectiva, la inquietaban, sobre todo desde el enfrentamiento con los ogros.

La jornada tocaba a su fin. El cielo se teñía poco a poco de colores vivos y se alzó un viento fresco, trayendo consigo una pincelada de bienestar.

—Me gustaría que franqueáramos el paso antes de que anochezca —insistió Edwin—. La pradera es más segura que las colinas, pero también aquí podemos tener encuentros desagradables.

—¿Estamos lejos del empalme de los Dragones? —preguntó Camille, que no encontraba puntos de referencia en la inmensidad que se abría ante ellos.

—Dos horas largas, a este ritmo —respondió Edwin—. Acamparemos a la entrada del Vampiro. Ahí es donde mejor podremos defendernos si nos atacan.

—Pero nos ha hablado de las vampiras —se inquietó Salim—. ¡Hasta ha precisado que eran más terribles que los ogros!

—Hace cientos de años que no quedan vampiras en el sur de Gwendalavir —lo tranquilizó Edwin—. Más bien estaba pensando en animales. La pradera rebosa de bestias salvajes, y un tigre o un oso elástico pueden llegar a ser tan peligrosos como

un ogro.

Los aullidos que se elevaron en ese instante detrás de ellos no procedían, sin embargo, de ningún animal. Una horda raï se acababa de materializar al pie de las colinas.



Desde hace siglos, los dibujantes alavirienses intentan, manteniéndose en un punto, desplazar objetos o personas mediante el paso al otro lado, pero nunca lo han logrado. Es una facultad que sólo los ts'liches poseen.

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

Por todos los Sujetos! —exclamó Bjorn—. Creía que los ogros los habían exterminado.

—No son los mismos de antes —explicó Edwin con calma.

—¡Increíble! —exclamó el maestro Duom, que se había incorporado sobre un codo—. ¡Dos expediciones tan seguidas! Desplazar semejante mole con un paso al otro lado representa una tarea agotadora. Deben de hacerlo todos a la vez. Casi se podría calcular cuántos son realmente.

—¡Ahora no es el momento! —zanjó Edwin.

El maestro de armas reflexionó brevemente y, una vez más, dio órdenes precisas.

—Ewilan, monta a *Murmullo*. Ellana, coge a *Gris* del soñador. Eres ligera y podrá contigo a pesar de su herida. Artis, déjale la carreta al maestro Duom y monta el caballo de Hans. Salim, tú lánzate a saco con el carruaje. ¡Nadie debe pasar por delante de la pequeña, nadie!

—Sería mejor que yo cogiera a *Gris* —propuso Camille—: peso menos que Ellana.

—¡No! —interrumpió Edwin—. ¡Nada de eso! Bjorn y Maniel, a la retaguardia conmigo. Evitaremos el contacto pero no deben adelantarnos, ¿de acuerdo?

—Están lejos y van a pie —señaló Bjorn—. ¡Nosotros tenemos caballos!

—Espera a verles correr en terreno llano y lo entenderás. ¡Dejad de discutir y daos prisa!

Salim detuvo la carreta y Camille se alzó sobre *Murmullo*.

—Túmbate sobre su cuello —le aconsejó Ellana— y déjale hacer.

La joven murmuró unas palabras al oído de su caballo y luego montó a *Gris* evitando su flanco herido.

—¡Adelante! —chilló Edwin.

Y se lanzaron.

Por un momento creyeron que dejarían atrás a la horda raï. Los caballos corrían como el viento y la distancia que los separaba de sus enemigos aumentaba. Galoparon así durante más de media hora y luego, poco a poco, el cansancio de los dos días y una noche de marcha hicieron mella. La carreta empezó a aminorar a pesar de los esfuerzos de Salim por motivar a *Coqueta* y *Nubarrón*.

Camille dio la vuelta. Los raïs, que habían recuperado la mitad de su desventaja, corrían aullando y gesticulando, sin manifestar el menor signo de fatiga. Ahora, la carreta estaba a la altura de los tres últimos caballeros. Camille vio la angustia reflejada en el rostro de su amigo.

Recordó las palabras que había pronunciado el maestro Duom: «Para salvar a Ewilan, Edwin estaría dispuesto a sacrificarnos a todos. No levantaría el dedo meñique por nosotros si eso conllevara comprometer las posibilidades de despertar a los Sujetos».

Se incorporó ligeramente y *Murmullo* aminoró. Ellana, que cabalgaba justo detrás de ella, tuvo que tirar de sus riendas para no adelantarla.

—¿Qué haces? —le preguntó la joven.

A modo de respuesta, Camille disminuyó su velocidad aún más, hasta encontrarse a la altura de Edwin. La cólera deformaba los rasgos del maestro de armas.

—¿Estás loca? ¡Acelera! —se enfureció—. ¡Enseguida los tendremos encima!

Pero la decisión de Camille era inquebrantable.

—¡No! —chilló ésta—. Yo no abandono a Salim. Si tienen que cogerle, me quedo con él.

Los caballos de Maniel y de Bjorn aminoraron a su vez. Los dos sementales, a pesar de su potencia, sufrían bajo el peso de sus jinetes. El paso del Vampiro estaba próximo, pero no lo bastante para que lo alcanzaran antes de que los atraparan los raïs.

Edwin dudó un instante y luego tomó una decisión. Cogió su arco.

—¡Ellana! —llamó.

La joven lo entendió. Igualó la velocidad de su montura a la de la carreta y se agachó. Agarró su bolsa, sacó tres trozos de su arco y lo montó en cuestión de segundos. Camille admiró su extraordinaria habilidad a lomos de un caballo.

A continuación se colocó al lado de Edwin.

—¡No paséis el paso del Vampiro! —gritó Edwin—. Tendremos que luchar allí.

El maestro de armas y la marchombre contuvieron entonces a sus caballos, franqueando el paso a los demás.

Muy pronto los raïs estuvieron a sólo unos veinte metros de ellos. Edwin dio la señal de disparar. Dio la vuelta, manteniendo el control de su montura tan sólo con las

rodillas, blandió su arco y lanzó una flecha. El líder de la jauría se desplomó. Los demás no se preocuparon mucho de él, sino que saltaron por encima de su cuerpo y aceleraron aún más. Ellana disparó también y cayó un segundo raï.

Se necesitaba una destreza extraordinaria para sostenerse en la silla, dirigir la montura, mantener el avance y apuntar a la vez con tanta eficacia. Y a pesar de la dificultad, con cada flecha que tiraban, un raï mordía el polvo. La horda acabó vacilando y la carreta recuperó cierta ventaja.

El empalme de los Dragones estaba ahora muy cerca. El camino se adentraba en un pasaje estrecho de paredes abruptas y volvía a salir a la pradera, un centenar de metros más allá.

Camille se giró una vez más. La estrategia de Edwin estaba funcionando. Tendrían tiempo suficiente para alcanzar las primeras rocas.

Detrás de ellos, Ellana disparó su última flecha. Espoleó a su caballo, que recuperó su velocidad, y se unió al grupo cuando Salim se introducía en el paso con la carreta.

Bjorn y Maniel ya estaban en posición. Ellos dos solos casi bastaban para obstaculizar el paso. Ellana fue a su lado, con el puñal de Camille en la mano.

—¿No echáis de menos vuestras armaduras, chicos? —les preguntó.

—¡Y cuánto! —gimió Maniel—. ¡Me siento como si estuviera desnudo!

Edwin llegó, precediendo en unos cincuenta metros a la horda raï. Aún quedaban varias decenas de guerreros y el combate se presagiaba difícil.

Camille corrió hacia el maestro Duom.

—¿No cree que podría dibujar? —se apresuró—. ¡Hay que ayudarles!

—No hagas nada, te lo ruego —respondió el anciano—. Los ts'liches han enviado esta horda pensando en el caso improbable de que hubieras sobrevivido a su primer ataque. Si dibujas, sabrán que estás viva, te localizarán y, en unos segundos, nos las veremos con una horda de enemigos tres veces mayor.

Se oyó una serie de alaridos y los raïes se les echaron encima. Ellana había retrocedido un paso para ceder su sitio a Edwin, con más soltura que ella en los enfrentamientos estáticos.



Por un momento, Camille creyó que estaba ocurriendo lo imposible y que los hombres lograrían dismantelar la horda raï. Los tres defensores eran combatientes temibles. Sus armas resplandecían, formando una barrera mortal, y los cadáveres de sus enemigos no tardaron en amontonarse a sus pies.

Sin embargo, a pesar de su fortaleza, no podían resistir indefinidamente.

La lanza de Maniel se atrancó en una armadura y le fue arrebatada de las manos. Una maza le golpeó el costado de la cabeza y se desplomó, chorreando sangre.

Ellana ocupó su puesto en el instante preciso en que un raï lograba inmovilizar a Bjorn. Un segundo raï alzó una podadera gigante, y la marchombre bajó su puñal. Para gran alivio de Bjorn, la hoja seccionó el brazo con la podadera. El caballero se soltó y el combate prosiguió con violencia desatada.

Los raïs, aunque animados por un salvajismo monstruoso, dudaban a la hora de arremeter contra Edwin. El maestro de armas giraba, paraba, cortaba y parecía intocable. Aun así, acabó apareciendo una herida en su hombro, lo bastante profunda para que la sangre traspasara la armadura. En aquel mismo momento, Bjorn se dobló en dos, con el filo de un machete clavado en el abdomen. El caballero retrocedió tres pasos, titubeando.

Salim corrió hacia él.

—¡Bjorn! —gritó.

—No pasa nada, chico, no pasa nada; no te preocupes.

Edwin y Ellana intentaban mantener a raya al resto de la horda raï, pero su tarea era increíblemente difícil. La joven, que había recuperado un campo de acción más amplio, se arremolinaba y daba saltos, tratando de compensar con su vivacidad la ausencia de Bjorn. Había renunciado a utilizar dos cuchillos y sólo conservaba el dibujado por Camille. Esa hoja hacía maravillas, y sin embargo un raï logró penetrar la barrera. Se lanzó hacia la carreta y Artis Valpierre soltó un grito.

Bjorn, apretándose la herida, levantó el hacha, pero el esfuerzo le hizo tambalearse. Su brazo volvió a caer y soltó el arma. Salim vio al raï precipitarse sobre el caballero.

Era un ser macizo y musculoso con la fisonomía deformada por la rabia. Su boca grande y abierta dejaba ver una hilera doble de temibles colmillos y dos cuernos puntiagudos salían de su frente. Iba armado con una espada que blandía por encima de su cabeza.

Empujó a Bjorn, que se derrumbó. En un gesto desesperado, el caballero tendió la mano hacia el mango de su arma favorita sin conseguir alcanzarla. Fue Salim quien la cogió.

El miedo a ver morir a su amigo duplicó sus fuerzas; se llevó el hacha a la altura de la cadera y puso toda su energía en un movimiento de eje. El hierro del arma golpeó al raï debajo del brazo, justo donde no tenía armadura.

A Salim le entró hipo al ver la herida abierta y el chorro de sangre que brotaba de ella, pero Bjorn estaba a salvo. El raï se desplomó, muerto.



En la entrada del paso, las cosas se estaban poniendo feas.

Edwin había recibido una segunda herida, esta vez en el brazo, y ya sólo luchaba con una mano. Ellana repelía los ataques cada vez con mayor dificultad. El fin

parecía inevitable. Y aunque en el suelo yacía una cantidad impresionante de raïs, aún quedaban unos veinte en pie y atacando sin tregua.

De repente, uno de ellos se derrumbó, con el asta de una flecha saliéndole de la nuca.

Luego cayó otro, y luego otro y otro más, todos ellos acribillados por flechas. Las filas raïs vacilaron y Edwin lo aprovechó.

Su sable pareció resucitar y de nuevo empezó a segar a diestro y siniestro. Una nueva ráfaga de flechas disparadas por aliados invisibles arrolló a una docena de raïs y, de golpe, ya sólo quedaron dos, que Edwin aniquiló. Un silencio absoluto se abatió entonces sobre el campo de batalla.

Ellana, agotada, se sostenía las costillas intentando recuperar el aliento, mientras Artis se arrodillaba junto a Bjorn. Edwin apartó varios cadáveres raïs para rescatar el cuerpo de Maniel. El soldado tenía una fea herida a un lado de la cabeza y no se movía.

Edwin se inclinó sobre él. Palpó su cuello y suspiró aliviado al notar que le latía el pulso. Acabó de liberarlo y contempló la masacre. Había unos cincuenta raïs, lo que, sumados a los que habían muerto en el sendero, elevaba el número a casi ochenta. Los ts'liches les habían enviado dos hordas...

Edwin se agachó y pasó el brazo por debajo del cuerpo de Maniel. Sus propias heridas le provocaron una mueca, pero logró levantar al soldado no obstante su peso y llevarlo hasta la carreta, donde lo instaló al lado del maestro Duom. El enfrentamiento había afectado al anciano: la tensión había empeorado sus dolores y tenía grandes dificultades para respirar.

—¡Flechas faëls! —indicó Ellana, recogiendo una saeta.

—Sí —respondió Edwin—. Los faëls están ahí arriba, ocultos en las rocas.

Camille se acercó al maestro de armas.

—¿Qué vamos a hacer?

—No tenemos elección. Dentro de un cuarto de hora caerá la noche, Bjorn y Maniel están heridos y Duom enfermo, y si te digo que nos marchemos sin los dos empezarás a gritar... Atravesaremos el paso del Vampiro para alejarnos de esta carnicería, acamparemos y ya pensaremos mañana. Eso es lo que vamos a hacer.

Su voz sonaba dura y su rostro estaba tenso.

—Lamento lo de antes —se disculpó Camille.

—No lo hagas. Tienes derecho a tener tus propias convicciones. De todos modos, eso no ha cambiado gran cosa.

—¿De verdad son faëls los que han disparado las flechas?

—Sí.

—¿Y por qué no bajan aquí?

—¿Quién sabe? Son los seres más impenetrables que conozco. Es posible que nunca los veamos.



Artis Valpierre había curado a Bjorn. La herida del caballero ya no sangraba y, aunque era incapaz de mantenerse en pie por sí solo, su vida ya no corría peligro. El soñador se inclinó a continuación sobre Maniel.

—Este hombre es de granito —acabó por declarar—. No tiene nada.

—¿Cómo que no? —se sorprendió Ellana—. ¿Y la sangre? ¿Por qué está inconsciente?

—Está sin sentido, pero eso es todo. El golpe que ha recibido debería haberle partido el cráneo, y ya ni siquiera está sangrando. Dentro de una hora se despertará con una simple migraña.

Salim ayudó a Bjorn a regresar a la carreta. El caballero estaba lívido y el muchacho, inquieto, no se permitió ni la menor burla. A continuación tomó las riendas y condujo el carruaje al otro lado del paso.

La pradera continuaba, no muy diferente a la que acababan de dejar, o al menos eso creyó adivinar en la oscuridad que se iba instalando.

Levantaron un campamento sencillo y aquéllos a quienes aún les quedaban fuerzas compartieron una cena liviana. El maestro Duom parecía más muerto que vivo y Artis ya no se apartó de su lecho después de curar a Edwin. Tal como había previsto el soñador, Maniel volvió en sí rápidamente: se sentó masajeándose el cráneo y lanzando miradas de asombro a su alrededor. Salim y Camille le relataron el final del enfrentamiento.

—¿Faëls? —se sorprendió el soldado—. ¿Y siguen ahí?

—Sí —respondió Edwin—. Han atravesado el empalme de los Dragones por la cima. Les he oído hace un momento; están justo encima de nosotros. Pero ya no es hora de charlar —continuó—, quiero que todos descanséis.

—¿Y la guardia?

—Yo me ocuparé —contestó el maestro de armas—, aunque dudo que corramos peligro esta noche. Los animales salvajes tienen con qué alimentarse al otro lado del paso y los ts'liches no pueden mandarnos a sus asesinos indefinidamente. Además —añadió tras una breve pausa—, si los faëls han hecho el esfuerzo de acudir en nuestra ayuda, hay que suponer que volverán a apoyarnos si es necesario.

Camille estaba agotada y notó cómo fluía el sueño y la inundaba. Lo último que se llevó consigo fue la imagen de Edwin y Ellana, sentados uno al lado del otro en una gran roca que dominaba el campamento.



El paso al otro lado es la expresión definitiva del mayor de los poderes, y sin embargo tiene sus límites. A un dibujante le resulta imposible transferirse a un lugar que no conoce, aunque...

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

A Camille la arrancó del sueño un rayo de sol matutino. Abrió los ojos. Sólo Edwin y Ellana estaban despiertos y se preguntó si habrían dormido. Habían encendido una hoguera y un oloroso brebaje se calentaba en una cacerola. El maestro de armas estaba mordisqueando un pedazo de pan de hierbas mientras observaba, impasible, los acantilados que se alzaban por encima de ellos. Ellana, con expresión enfurruñada, contemplaba igualmente las alturas.

—¿Siguen ahí los faëls? —indagó Camille al acercarse.

—Sí —respondió Edwin—. Nos están observando, pero parece que no piensan bajar.

—Es insoportable —masculló Ellana.

Camille se sentó junto a ellos.

El empalme de los Dragones era tan abrupto hacia el este como hacia el oeste. Primero se elevaba verticalmente unos cincuenta metros, en losas llanas sin rastro de vegetación; luego, un primer desplazamiento dejaba adivinar una plataforma de gran tamaño y el acantilado continuaba en una sucesión de placas rocosas y salientes minúsculos.

El paso del Vampiro se abría justo al lado del campamento. La noche anterior, extenuada por el cansancio y la angustia causados por el combate contra los raïs, Camille no había prestado excesiva atención al entorno. Ya de día, era realmente impresionante. Apenas más ancho que una carreta en algunos puntos, por encima del paso se alzaban millones de toneladas de roca que obstaculizaban cualquier perspectiva. El suelo, que nunca veía el sol, estaba desprovisto de la menor brizna de

hierba.

Salim se levantó también y se aproximó al fuego. Costaba resistirse al aroma de la infusión que preparaba Edwin por la mañana, y sin embargo no se arrojó, como tenía por costumbre, sobre el desayuno. Tenía una expresión preocupada.

—¿Qué te pasa, chico? —se interesó el maestro de armas.

Salim no respondió de inmediato.

Se frotaba pensativamente las rodillas y un tic imperceptible le movía la comisura de la boca. Ellana lo contempló con asombro y se volvió hacia Camille, que hizo una mueca sorprendida antes de sentarse junto a su amigo.

Por una vez, éste no pareció darse cuenta de su presencia. Con la mirada fija en las manos, fruncía las cejas.

—Hiciste bien en actuar de ese modo.

Edwin había hablado con voz suave y tranquila. Salim alzó la cabeza.

—Salvaste a Bjorn y, aunque la primera sangre derramada es difícil de aceptar para aquel que la hace brotar, no debes cuestionarte. Actuaste como debías y estoy orgulloso de ti.

Salim le dedicó una larga mirada de gratitud y Camille lo comprendió todo. Se acordó de Salim, la víspera, golpeando con el hacha para salvar la vida de su amigo. Volvió a ver el pesado filo de acero segando la vida del raï que se disponía a acabar con Bjorn. Salim había actuado con urgencia, y sin duda se había pasado la noche dándole vueltas a su acto. Las palabras de Edwin acababan de liberarlo.

—Matar nunca es un acto anodino —continuó el maestro de armas—, y sólo los monstruos encuentran placer en ello. Hay que evitar dar muerte, hay que respetar la vida ante todo. Pero estamos en guerra y tú salvaste a tu amigo. Confío en que sabrás dar a este suceso el lugar que le corresponde, sin olvidar, pero al mismo tiempo sin dramatizar.

Una sonrisa afloró poco a poco en el rostro de Salim.

—Gracias, Edwin —dijo simplemente.



Ellana había empezado a escudriñar el acantilado.

—No soporto que me espíen —protestó—. ¿Quiénes se creen que son? ¡No soy un animal de feria!

—Ya sabes que a menudo los faëls observan a los humanos desde lugares elevados, aunque para ellos no sea más que una manera de burlarse. Hacen gala de una gran agilidad —prosiguió, dirigiéndose ahora a Salim—, y seguro que les divierte encaramarse a la cima de unas rocas que son inaccesibles para nosotros. Deben de tomarnos por unos patosos y reírse a nuestra costa.

—No podrán seguir espíándonos una vez nos hayamos ido —relativizó Camille,

sorprendida ante la actitud de Ellana—. Pronto te dejarán tranquila.

—No había previsto partir esta tarde —la contradijo Edwin—. Necesitamos descansar, sobre todo los heridos, y los caballos también.

Ellana dio un respingo.

—En ese caso, voy a explicarles lo que pienso de ellos.

Antes de que nadie pudiera decir palabra, corrió hacia la pared rocosa y, en cuestión de segundos, subió más de tres metros. Sus movimientos eran precisos y su ascenso perfecto. Se aferraba a asideros minúsculos como si se tratara de escalones tallados en la roca, utilizando su asombrosa agilidad para llegar a los mejores apoyos.

—¡Súper genial! —exclamó Salim—. Tengo que probar eso.

—¡No! —gritó Edwin.

Pero Salim ya estaba más allá de su alcance, trepando los primeros metros de la pared con más fuerza que maña pero con una eficacia innegable. Había escalado fachadas de edificios, pero nunca precipicios naturales. Estaba descubriendo nuevas y embriagadoras sensaciones. Todo su cuerpo participaba en la acción, y cada uno de sus músculos intervenía en su equilibrio y su ascenso.

Metió una mano en una grieta y levantó la mirada. Ellana avanzaba mucho más deprisa que él y la distancia que los separaba no dejaba de aumentar.

A continuación echó un vistazo hacia abajo y su confianza se hizo añicos. Había subido unos quince metros y una caída sobre las rocas al pie del acantilado sería mortal.

Esa toma de conciencia lo golpeó como un puñetazo en la boca del estómago. Las piernas empezaron a temblarle.

Edwin emitió un silbido breve y estridente. Ellana dejó de trepar y miró en su dirección. Cuando descubrió a Salim cosido a la pared, soltó una palabrota. Volvió a bajar a una velocidad increíble el tramo de acantilado que había escalado. Se agarraba a los asideros tan sólo una fracción de segundo, dejándose caer a veces más de un metro hasta un punto de apoyo ínfimo. En un instante llegó junto a Salim, que ya no podía más. Las piernas le temblaban sin parar y las manos, empapadas de sudor, le resbalaban sobre la roca. Se estaba preparando mentalmente para la caída cuando Ellana le cogió la muñeca.

—¿Qué haces aquí? —gruñó ésta.

En aquel instante, a Salim lo abandonaron sus últimas fuerzas.

Levantó una mirada desesperada hacia Ellana y cayó al vacío. La joven le cerró los dedos alrededor de la muñeca, preparándose para el tirón que sin duda la sacudiría. Cuando éste llegó, creyó que el peso de Salim la arrancaría del acantilado.

—¡Agárrate, maldita sea! —gritó.

Pero la roca junto a la que estaba él era perfectamente lisa. Salim resbalaba mientras buscaba en vano un sostén. Sus movimientos desordenados amenazaban con hacerle perder a Ellana su frágil equilibrio. Gesticuló de este modo unos cuantos segundos antes de que ella le ordenara parar.

La joven se sostenía con una mano y sus pies descansan en un minúsculo saliente. Una cornisa de diez centímetros de ancho corría a lo largo del acantilado, un metro por debajo de Salim.

Ellana inspiró profundamente. De vez en cuando la vida obligaba a tomar una decisión cuando todas las opciones eran pésimas por un igual. Su formación le gritaba que abandonara al chico, que preservara los secretos del gremio. Pero no fue capaz.

—Salim —pronunció—, escúchame bien. Cógete a mi muñeca, con las dos manos si es posible, y aguanta pase lo que pase. ¿Entendido?

El muchacho, incapaz de hablar, asintió con la cabeza.

—¡Adelante! —le ordenó.

Salim cogió la muñeca de Ellana, que se sintió aliviada al notar su presión.

—¡Ahora la otra mano!

Ellana abrió los dedos. Era el momento más peligroso. Pero aunque se le estuvo a punto de escapar, Salim consiguió atrapar la muñeca de la joven.

Se balanceó un instante en el vacío, suspendido del brazo de ella. Se preguntaba de qué iba aquella operación. Cogiera él a Ellana o ésta le cogiera a él, acabaría estrellándose en el suelo. Iba a morir.

Entonces se oyó un suave siseo, muy cerca de sus manos, y Salim abrió los ojos, estupefacto. La marchombre había cerrado el puño y dos puntas cortas de brillante acero habían brotado entre sus primeras falanges. Salim no pudo reprimir un grito de sorpresa. Las hojas salían directamente de la piel de Ellana, como si fueran parte integrante de su cuerpo.

La joven tendió el cuello para observar la situación. Eligió cuidadosamente una minúscula concavidad y metió allí las dos puntas. El acero penetró en el intersticio en toda su longitud, que era de casi cinco centímetros, antes de bloquearse con un ruido seco.

—¡Vamos allá! —gritó la joven.

Y abandonó su puesto elevado.

Salim lanzó un grito, que halló eco quince metros más abajo con el que emitió Camille, quien contemplaba la escena mordiéndose el labio.

Sin embargo, la caída de Ellana se detuvo de golpe. Ahora se aguantaban gracias a las dos puntas metálicas clavadas en la roca. Ellana ya no estaba encima de Salim sino a su lado, y disponía de una mano libre.

Cogió la muñeca del muchacho y, con una sacudida, lo obligó a soltarse.

Éste emitió un segundo grito: de nuevo se encontraba suspendido en el vacío, retenido simplemente por el puño de la joven.

Salvo que ahora la cornisa era accesible.

Salim colocó un pie y luego el otro y a continuación puso los dedos en agarres más cómodos. Cuando se supo seguro, Ellana lo soltó antes de descender hasta él.

Salim observó la mano izquierda de la joven. Las puntas de acero se habían

ocultado y un hilo de sangre corría entre sus dedos.

—Estás herida... —se preocupó.

—No es nada —lo tranquilizó ella—. Mis cuchillas son herramientas de precisión, no piolets, y la juntura no está concebida para soportar semejante esfuerzo. Espero que no se hayan estropeado.

—Son geniales —estalló Salim— esas...

—¡Cállate!

La voz de Ellana fue fría y cortante.

—Antes de echarle la bronca por haberte metido en este lío, debes tomar una decisión importante, quizá la más importante de tu vida.

—Pero...

—¡Cállate, he dicho! Lo que has visto es uno de los secretos mejor guardados de los marchombres. Algunas personas han muerto por haberlo averiguado.

—No hay problema —dijo Salim con voz no muy segura—. No se lo diré a nadie.

—¡Eso no basta! Te he dicho que tenías que tomar una decisión. Cuando los Sujetos hayan sido liberados, tú vendrás conmigo. Me darás tres años de tu vida, sin posibilidad de cambiar de opinión, de quejarte ni de discutir.

—¿Y si no?

—Saltas.

Salim miró a Ellana a los ojos. La joven no bromeaba. Incluso estaba mortalmente seria. Tragó saliva con dificultad.

—La verdad es que no hay elección.

—Siempre hay elección. Has querido lanzarte a algo demasiado difícil para ti. Si te hubieras quedado abajo nada de esto habría pasado.

—Y entonces ¿por qué me has salvado?

—Porque vales la pena y creo que eres digno de seguir una auténtica enseñanza. Pero yo no decidiré en tu lugar. Preferiría que te aplastaras al pie de este acantilado.

De pronto, Salim vio un futuro reluciente abriéndose ante él, repleto de aventuras, escaladas y proezas. ¿Ellana le estaba proponiendo que se convirtiera en un marchombre?

—De acuerdo —acabó por decir—. Estoy dispuesto a hacerlo.

—Tres años, Salim, y te prometo que no será cosa de risa...

—Te he dicho que estoy de acuerdo.

A su vez, Ellana miró al chico en lo más profundo de sus ojos. Era sincero y fuerte y nunca se echaba atrás cuando tomaba una decisión. La joven sonrió.

—Entonces —resolvió—, empezamos ahora mismo.

—¿Qué estáis tramando ahí arriba?

Ellana miró a Edwin y Camille, que seguían plantados abajo con la cabeza levantada.

—¡Todo va bien! —les gritó—. Pero el descenso es demasiado peligroso. Continuaremos hacia arriba y ya encontraremos otro paso para regresar. ¡No os

preocupéis!

Luego se volvió hacia Salim.

—¡Venga, arriba! ¡Con eficacia y elegancia, si no quieres que te patee el culo!

Salim respiró hondo y agarró un primer asidero.

Su vida acababa de dar un vuelco importante, similar al que ya había dado cuando decidió no volver a su casa. Estaba feliz.

Al pie del acantilado, Camille se volvió hacia Edwin.

—¿Qué hacen? —le preguntó.

—Continúan, lo has oído igual que yo.

El maestro de armas no parecía preocupado y Camille se obligó a apartar la mirada de los escaladores. Confiaba en Ellana; su amigo ya no corría ningún peligro.



*Un Mentai es a los mercenarios del Caos lo que un lobo a una manada de
perros.*

Los mercenarios del Caos traen la muerte; un Mentai ES la muerte.

Saï Hil'Muran, señor de Al-Vor, Diario de a bordo.

Los antebrazos de Salim empezaban a pasarlo mal, tenía las puntas de los dedos despellejadas y, sobre todo, no se atrevía a mirar abajo. Acababa de franquear un paso especialmente delicado y había estado a punto de caerse. Tan sólo una áspera orden de Ellana le había obligado a reponerse. Ésta trepaba a su lado, prodigándole consejos precisos con voz calmada.

De cerca, el espectáculo que ofrecía Ellana era admirable. Dejaba para Salim los asideros más grandes, aferrándose sólo a salientes apenas perceptibles, prestaba atención por si debía reparar un paso en falso de su alumno y se burlaba por completo de la gravedad. Al cabo de lo que a Salim le pareció una eternidad, llegaron a la primera cornisa. Los faëls se encontraban allí.

Eran una decena y estaban cómodamente apoyados en las rocas, con sus arcos descansando cerca de ellos. Bajitos, de menos de metro y medio, delgados y gráciles, vestían con pieles que les dejaban libres los brazos y las piernas. Tenían la piel oscura, tanto como la de Salim, y sus ojos, estirados como los de los gatos, parecían inmensos en sus rostros triangulares. Llevaban las muñecas y los tobillos adornados con joyas decoradas con perlas y plumas. Mostraban una amplia sonrisa radiante que a Salim no le costó descifrar: ¡se estaban riendo de ellos!

Ellana debió de llegar a la misma conclusión y se puso tensa. Aun así logró contenerse, pues cuando tomó la palabra lo hizo en un tono apacible y casi jovial.

—Hemos subido para darles las gracias, señores. Su intervención de anoche nos permitió ganar dos o tres minutos de sueño. Es cierto que desperdiciaron no pocas flechas contra las rocas, pero debía de ser difícil precisar el tiro y, en cualquier caso,

la intención es lo que cuenta. ¿No creen?

Ellana no esperó respuesta y continuó con su escabechina verbal. Se estaba regodeando y Salim se descubrió sonriendo. Estaba rematadamente orgulloso de que semejante mujer lo eligiera como alumno.

—Pensaba que bajarían a buscar las pocas flechas que no se rompieron contra las piedras, pero no les hemos visto. Son ustedes tímidos, sin duda. Debe de ser por eso que se esconden aquí. ¿Me equivoco?

Hubo un estremecimiento de cólera entre los faëls, y varias manos se extendieron hacia los arcos.

—¡Paz, amigos!

Salim alzó la mirada hacia la voz.

Un joven guerrero faël estaba sentado en una cornisa con los pies colgando en el vacío, varios metros por encima de ellos, y los contemplaba sonriendo.

—Menudo discurso —soltó—. ¡Si los humanos ser la mitad de eficaces que bien hablar, no estar perdiendo la guerra contra los puercos! Tan cierto como que llamarme Chiam Vit.

—Hablamos, es verdad —admitió Ellana—, y hacemos lo que podemos contra los raïs, eso también es cierto, pero nadie puede acusarnos de escondernos o de espiar.

Se oyó un grito y un faël se puso en pie de un salto, arco en mano. Chiam estalló en una sonora carcajada.

—Calmarte, primo. Esta humana tener una daga en lugar de lengua. No dejarte coger en su trampa. Tú, mujer —continuó—, saber que los faëls no esconderse. Mostrarse cuando tener ganas y a quien querer, cosa que ser diferente.

Ellana se echó a reír a su vez.

—Entonces ¿es casualidad —preguntó— que os encaraméis tan alto cuando el peligro está abajo?

—El empalme de los Dragones ser un notable campo de entrenamiento para la escalada. Nosotros acampar ahí antes de que vosotros aparecer, huyendo de esa horda de puercos.

—¿Un entrenamiento?

—¡Sí!

—¡Habérmelo dicho antes! —se mofó Ellana—. Precisamente yo le estaba dando una clase a mi joven amigo, aquí presente. Podríais haber aprovechado...

A Chiam Vit pareció desagradarle el comentario. Saltó de su pedestal y aterrizó ágilmente junto a la joven marchombre. Era más bajo que ella, pero la diferencia de altura no le amedrentaba.

Se encontraba orgullosamente clavado en el suelo con una sonrisa irónica en los labios. Aun así, Salim comprendió que se sentía herido en su amor propio.

—El día en que un humano darne una lección de cómo escalar —afirmó—, preferir estar colgado, o peor, ponerme a su servicio durante doce lunas.

Ellana lo sopesó con la mirada.

—¿Lo juras?

—¡Jurarlo!

—¿Sobre la flecha?

El faël miró a la joven fijamente.

—Yo no saber quién haberte enseñado nuestras costumbres, pero sí, yo jurarlo sobre la flecha. Tú saber que un juramento prestado de esta forma no poderse romper. Yo comprometerme a ponerme bajo tus órdenes si tú demostrar que ser mejor que yo.

Sacó de su carcaj una larga flecha rematada con plumas rojas. La sostuvo un momento en horizontal ante sí y, de repente, la partió en dos pedazos que luego dejó caer a sus pies.

—Sobre la flecha —afirmó.

Contempló el acantilado que los sobrepasaba y Salim siguió su mirada. El empalme de los Dragones proseguía durante un centenar de metros, no tan abrupto como el primer bloque.

—¡Demasiado fácil! —se burló Ellana.

—¿Qué proponer tú?

—Un descenso. El primero que llegué abajo vivo, gana.

Chiam Vit se quitó el carcaj y lo depositó en el suelo.

—De acuerdo —aceptó—. ¿Qué jugarte tú?

—Nada. Has roto la flecha demasiado rápido, sin darme tiempo a comprometerme. ¡Tregarás por la gloria, Chiam!

El faël puso mala cara, pero no rechistó.

Ellana flexionó las muñecas y luego se volvió hacia el grupo de faëls.

—¿Podéis garantizarme la seguridad de mi compañero? No sabe trepar y he prometido devolverlo sano y salvo al campamento.

Salim, algo avergonzado por el comentario, mantuvo la boca cerrada.

—Mis primos acompañar amigo tuyo —asintió Chiam—. ¿Tú estar lista?

—Cuando quieras.



Se acercaron al borde del acantilado. Salim y los faëls los seguían. Ellana ya no parecía aquella joven campechana y burlona y sus rasgos reflejaban una intensa concentración.

Uno de los faëls lanzó un grito y la joven saltó al vacío. En el último instante dio la vuelta y sus dedos se agarraron al borde de la cornisa. Inició su descenso. Chiam había actuado de forma idéntica y juntos desaparecieron de la vista de los demás.

Salim se tumbó boca abajo en el suelo para poder seguir las peripecias de la competición. Ellana y Chiam Vit ya habían bajado casi diez metros de pared.

Descendían a una velocidad alucinante y su avance semejaba más a una caída controlada que a una auténtica escalada. Imposible saber quién iba ganando. Sus gestos eran muy parecidos en cuanto a fluidez y precisión, y sus técnicas, similares, primaban la agilidad y la agudeza por encima de la fuerza.

Salim sabía cuánto más difícil es bajar que subir. Por eso era consciente de estar asistiendo a una verdadera hazaña que dejaba en muy mal lugar las habilidades de los escaladores de su mundo.

A su lado, los faëls comentaban la carrera con exuberancia, en un idioma que parecía una mezcla de ruso y chino.

A los pies del acantilado se encontraban Edwin y Camille, a quienes se había unido Bjorn, y todos ellos observaban a Ellana y Chiam emplear sus capacidades para alejarse el uno del otro.

Ambos necesitaron mucho menos tiempo para bajar del que había necesitado Salim para subir. A simple vista parecía que hubieran tocado el suelo en el mismo instante, pues a esa distancia resultaba difícil saber quién había ganado. Entre los faëls retumbaron gritos de desacuerdo respecto al resultado. La mayoría, sin embargo, no pareció dudar de la victoria de su jefe. Uno de ellos le hizo una seña a Salim.

—Seguirnos —le dijo—. Nosotros te enseñar una vía fácil.

Tuvieron que dar un rodeo, pero el descenso no era peligroso y el muchacho lo hizo bastante bien. Una vez abajo, bordeó el empalme de los Dragones para regresar al campamento en compañía del grupo de faëls. Chiam Vit acudió a su encuentro.

Tenía cara de pocos amigos y, antes de que sus compañeros tuvieran tiempo de decir nada, les quitó la palabra de la boca. Cuando uno de los faëls quiso interrumpirlo, Chiam alzó la voz instándole a que se callara. Por fin dio una última orden. Sus amigos lo miraron consternados, pero ninguno habló. Uno a uno, dieron media vuelta y se alejaron. Salim se encontró solo con Chiam Vit.

—Ella ganar —dijo éste simplemente.



AL-JEÍT





El universo entero oscila entre dos fuerzas, pero sobre todo no hay que pensar que se tratan del bien y del mal. Esos conceptos son típicamente humanos y dependen por entero del punto de vista del observador. No, yo me refiero a las fuerzas fundamentales: el Orden y el Caos. El universo nació del Caos; la naturaleza, los seres vivos, son los medios que éste utiliza para tender hacia el Orden.

Edwin Til' Illan, *discurso a los aspirantes de la Legión Negra.*

Mientras tanto, el campamento se había despertado y todos estaban atareados. A Maniel ya no parecía dolerle la herida de la víspera y Bjorn ya casi estaba recuperado. Tan sólo el maestro Duom seguía fatigado: tenía la tez cetrina y continuaba quejándose de dolores en el pecho. Aun así, a Artis Valpierre no se le veía preocupado.

—Necesita descanso, nada más —precisó ante Edwin—. Mientras no se pase una semana en cama no se recuperará, pero cuando lo haga se pondrá bien. Eso si deja de hacerse el jovencito y corretear por el bosque.

El retorno de Salim y de Chiam Vit interrumpió la conversación. Con gran ceremonia, Edwin se dirigió al faël en su propio idioma y Chaim Vit se serenó.

—Yo agradecer, Edwin Til' Illan —dijo tan sólo.

A continuación, el faël fue en busca de Ellana y estuvo hablando largo rato con ella en voz baja.

Bjorn se aproximó a Salim.

—Me salvaste la vida, chico —afirmó con firmeza—. Por segunda vez.

El caballero adoptó un aspecto solemne, actitud que a Salim no le impidió sonreír.

—Ya lo sé —dejó caer en un tono terriblemente pretencioso—, y temo que esto se esté convirtiendo en una costumbre. No siempre podrás contar conmigo.

Bjorn puso unos ojos como platos. Antes de que pudiera replicar, Camille

intervino.

—Pedazo de molusco descerebrado —soltó—. ¿No se te ha ocurrido mayor estupidez que jugar a hacer el Spiderman y estar a punto de romperte el cuello?

—Pero...

—Pero ¿qué?

Salim, con cara de pena, se volvió hacia el caballero.

—Socorro... —suplicó.

—Mi joven amigo —contestó el otro, dejándole hecho polvo—, ¿de verdad piensas que siempre podrás contar conmigo?

—Cuando hayáis terminado de pelearos —comentó Edwin—, tal vez a alguno de vosotros se le ocurra ocuparse de los caballos, comprobar la carreta y preparar las bolsas para proseguir el viaje.

El tono del maestro de armas era amable, pero sólo sonreía a medias. De pronto, el campamento se puso en marcha.

Camille cepilló el caballo de Hans y luego a *Gris*, imitando a Ellana, que almohazaba a *Murmullo* mientras le hablaba con dulzura.

Bjorn y Maniel se movieron en torno a sus monturas y luego pasaron revista al carruaje.

Salim les ayudó a apretar las cinchas y fue él quien descubrió el travesaño dañado.

—¿Cómo lo repararemos? —masculló Bjorn al tiempo que se rascaba la cabeza.

—Empezar por sacarlo de la guía —aconsejó Chiam Vit—. Ser más fácil para intervenir.



Tras su conversación con Ellana, el faël había estado deambulando por el campamento con aire sombrío. Aún le pesaba la derrota y le resultaba difícil aceptar la idea de tener que dar cuentas a una alaviriense. Había necesitado un buen rato hasta que su filosofía natural y su sentido del humor ganaron terreno. Ahora que ya era cosa hecha, estaba sonriente y más bien sereno.

—¿Entiendes de carpintería? —le preguntó Bjorn henchido de esperanza.

—Un poco —respondió Chiam—. Mostrarme esa pieza.

Maniel le entregó el travesaño que había soltado y el faël lo observó con atención. El trozo de madera, de casi un metro de longitud, que unía la carreta a las correas del ronzal de los caballos, estaba carcomido por uno de los extremos y amenazaba con ceder.

—Lo ideal ser cambiarlo —explicó Chiam—. Pero como tener que reparar, yo pensar que tener que quitar toda esta parte estropeada y reforzar el travesaño con un pedazo de madera cortada a la medida correcta. Yo poder hacerlo si vosotros tener

sierra.

Bjorn miró a Maniel, que hizo una seña negativa.

—Entonces complicarse —afirmó Chiam—. Yo intentar con mi cuchillo, pero a lo mejor ser mucho tiempo. Si querer que esto aguantar, tener que utilizar una madera dura.

—¿Quieres que corte una rama? —propuso Maniel.

—No, la madera estar verde, moverse demasiado. Yo tallar el pedazo de uno de los adrales de la carreta. Eso no estropearlo y servir perfectamente.

El faël inspeccionó los adrales en busca de una tabla adecuada para su propósito. De repente, soltó un silbido de sorpresa.

—Vosotros no tener sierra —dijo—, pero sí tener el cuchillo que ser el origen de esto, yo comprar.

Los demás se acercaron. Chiam estaba observando la muesca que había hecho el maestro Duom con el puñal dibujado por Camille.

—Es el cuchillo de Ellana —respondió Salim antes de que Bjorn le mandara guardar silencio.

Chiam se inclinó hasta casi tocar la muesca con la punta de la nariz.

—Ser increíble —exclamó—. Yo tener que examinar esa hoja.

Sin demora, se dirigió hacia Ellana.

—¿He metido la pata? —preguntó Salim.

—¡Temo que se esté convirtiendo en una costumbre! —comentó Bjorn sin ninguna compasión.

—Cómo iba yo a saberlo... —se justificó el muchacho.

—No lo sé, pero una cosa es segura: si las distintas partes de tu cuerpo hicieran una carrera, tu lengua llegaría la primera de largo, y tu cerebro bastante rezagado.

El rostro de Salim expresó tanta desolación, que Bjorn no pudo reprimirse por más tiempo y se echó a reír.

—¡Venga, ánimo! —acabó diciendo—. Seguro que Ellana se te come crudo y Edwin aplasta los pedazos que ella deje, pero no está todo perdido.

Chiam volvía en ese instante en compañía de Camille y de Ellana, sosteniendo el puñal en la mano. Lo estaba mirando con una fascinación teñida de estupefacción y le llevó varios segundos reponerse. Ellana aprovechó para clavar la mirada en Salim, que se encogió.

Finalmente, el faël apoyó el filo en el adral y, sin esfuerzo, recortó la tira de madera que necesitaba. De nuevo emitió un silbido y volvió a sumergirse en el examen del puñal.

—No tener el menor rastro de desgaste —constató—. Yo alardear de ser un especialista y de que el acero faël ser el mejor del mundo, pero nunca haber visto un objeto tan perfecto. ¿De dónde venir?

Los demás se miraron entre sí, incómodos, y Chiam frunció el ceño.

Camille se tiró a la piscina.

—Yo se lo regalé a Ellana —explicó—. Es una herencia de mi familia.

—Tú no deber deshacerte nunca de un arma como ésta —protestó Chiam—. No tener precio.

—Tal vez —admitió—, pero a Ellana le es de mucha más utilidad que a mí.

—La verdad —concluyó el faël—, eso ser cosas vuestras.

Y de nuevo se puso manos a la obra, con habilidad y precisión. La reparación quedó rápidamente concluida y entregó el puñal a Ellana.

—Aquí tener su tesoro; si un día querer separarte de él, pensar en mí.

La joven respondió con una sonrisa y se guardó el arma en el cincho. Aguardó a que el faël se hubiera alejado para volverse hacia Salim, quien, consciente de que se avecinaba tormenta, se había esfumado y estaba ayudando a Edwin a preparar la comida de mediodía. Ellana sonrió.

Salim aún estaba verde y tenía muchos defectos, pero una vez modelado por el adiestramiento marchombre, sería tan afilado como la hoja de ese puñal...



Los mercenarios buscan la destrucción del Orden y el retorno al Caos primordial. En eso nos resultan más ajenos que los monstruos más salvajes del bosque de Umbrosa.

Edwin Til'Illan, discurso a los aspirantes de la Legión Negra.

La comida proporcionó a Chiam Vit la ocasión de conocer a los miembros del grupo. Tuvo que admitir, casi a su pesar, que las personas que lo rodeaban se salían de lo habitual. Durante sus anteriores viajes a Gwendalavir ya había oído hablar de Edwin Til' Illan, maestro de armas del emperador, y no dudaba del talento de Ellana Caldin. Ahora acababa de descubrir a Duom Nil'Erg, viejo huraño de mente penetrante a pesar del cansancio que lo abrumaba, y a Artis Valpierre, el primer soñador que había conocido nunca. Le sorprendió comprobar que Bjorn y Maniel, aunque cada uno pesaba como tres o cuatro faëls, tenían una conversación agradable. Pero fueron los dos jóvenes quienes provocaron en él la mayor sorpresa.

El muchacho, Salim, tenía el mismo color de piel que él, por lo que Chiam sospechaba que debía de haber un faël entre sus antepasados. Las uniones entre su pueblo y los humanos eran excepcionales, pero fecundas. Existían mestizos. Medio faël o no, el muchacho emanaba tanta energía que Chiam se preguntó en qué se convertiría cuando fuera adulto. Si no se rompía el cuello antes...

La joven humana era aún más singular. Se llamaba Camille, pero, en varias ocasiones, Chiam había oído al maestro Duom llamarla Ewilan. De buenas a primeras, uno sólo advertía la gracia de su rostro y la belleza de sus grandes ojos violeta, pero luego, sin notarlo, se iba sintiendo atraído por el aura que se desprendía de ella y que refrenaba la parte todavía infantil de su ser. Podía comportarse como una cría y, un instante después, mostrar una profundidad de carácter asombrosa incluso para un adulto. Sus compañeros, aunque procuraban no darle protagonismo, no obstante prestaban una atención especial a sus palabras y a sus actos. Incluido

Edwin Til' Illan, que prácticamente no la perdía nunca de vista.

Chiam, extrañado, adquirió conciencia de que Camille era el centro del grupo, el motivo por el que viajaban todos juntos, y se preguntó quién era en realidad aquella que se encontraba frente a él.

Antes de dar la señal de partida, Edwin y Maniel se adentraron en el paso del Vampiro y regresaron al escenario de la batalla de la víspera. El maestro de armas quería recuperar algunas flechas y asegurarse de que no se anunciara ningún peligro hacia el oeste. Salim insistió en acompañarles. Después de dudar, Edwin se encogió de hombros.

—Como quieras —aceptó—. Aunque tal vez el espectáculo no sea muy agradable. Luego no te quejes si te pones malo.



Los cadáveres de los raïs seguían yaciendo en el suelo y Salim descubrió con repugnancia la cantidad de sangre que había manado. Durante la noche, los animales salvajes habían visitado el lugar y sus estragos se añadían a los causados por las armas. Salim cerró los ojos.

—Supongo —suspiró Edwin sacudiendo la cabeza— que de no haber venido hubieras enfermado de curiosidad. Sólo a ti te concierne averiguar qué es más soportable.

Un bufido ronco se alzó de entre unas hierbas crecidas, no lejos de allí. Edwin se llevó la mano a la empuñadura del sable.

—Un tigre de las praderas —murmuró—. Se habrá quedado a dormir para continuar con el festín cuando caiga de nuevo la noche. Demos media vuelta, sin precipitarnos. Si no hacemos movimientos bruscos, no atacará. Las flechas son lo de menos.

Volvieron retrocediendo al paso del Vampiro. Una vez dentro, respiraron tranquilos.

—¿Cómo es de grande un tigre de las praderas? —preguntó Salim.

—Más o menos como un ogro colocado a cuatro patas. No tan alto, pero más largo e igual de pesado.

—La primera vez que llegamos aquí —se acordó Salim— me pareció divisar uno, cerca del bosque de Barail.

—Tuvisteis suerte —constató Edwin simplemente.

Cuando regresaron al campamento, la carreta ya estaba cargada. Se había decidido que Salim conduciría el carruaje mientras el maestro Duom y Artis Valpierre descansaban en la parte de atrás. Camille recuperó a *Murmullo* con placer, mientras que Ellana montaba el caballo de Hans y Chiam el del soñador, ya casi recuperado de su herida. Se pusieron en camino en este mismo orden.

Al este del empalme de los Dragones, la pradera no era tan verde. Las hierbas altas eran pasto del sol ardiente de verano y se secaban tiñéndose de amarillo. Las grandes florestas, siempre tan numerosas, estaban formadas por árboles de hoja ancha más que por coníferas. Vieron a multitud de corredores, esas pequeñas avestruces de colores, y una manada de silbadores salvajes huyó al acercarse ellos.

La senda era ancha y estaba en buenas condiciones, y a veces desembocaban en ella caminos secundarios que comunicaban con aldeas. A media tarde, se toparon con otros viajeros.

Éstos, que eran una docena, cabalgaban rumbo al oeste, flanqueando una carreta cargada de cofres. Cuando se cruzaron, los hombres se llevaron la mano a sus armas. Edwin se limitó a dirigirles un breve saludo.

—Son guardianes escoltas —explicó cuando se hubieron alejado—. Están muy alerta. En estos momentos, cualquier encuentro representa un peligro potencial, sobre todo si lo que custodian es valioso.

El calor era cada vez más aplastante y Camille le agradeció a Ellana que le prestara un pañuelo azul con que recogerse el pelo.

Atravesaron una aldea y luego otra, antes de llegar a un pueblo grande. Más de uno hubiera agradecido una parada, pero Edwin decidió que seguirían.

Ahora, la región la constituían inmensos campos de cereales en medio de los cuales se alzaban unas granjas más parecidas a castillos fortificados en miniatura que a explotaciones agrícolas clásicas.

—Mis abuelos maternos tienen una granja como ésa —explicó Bjorn a Camille—. El maestro agricultor puede dirigir hasta cincuenta obreros, que viven ahí mismo. Y si añades las mujeres y los hijos, entenderás que la construcción sea como un pueblo organizado que se basta por sí solo, incluso ante ataques de bandoleros.

—¿Por qué no te hiciste granjero?

—Mi madre dejó la explotación para casarse con mi padre, que había hecho fortuna con el comercio de pieles. Yo crecí en Al-Chen, una ciudad al noroeste de la capital, cerca del lago Chen, aunque pasé mucho tiempo en la granja de mis abuelos, primero jugando en los graneros y después persiguiendo a las pastorcillas. Más tarde, como no sentía ninguna inclinación por el negocio, la agricultura ni nada parecido, aprendí a manejar las armas. Compré una armadura y mi primera hacha y salí a recorrer los caminos. Hace poco estaba convencido de ser un perfecto caballero errante, orgulloso y romántico. Pero empiezo a comprender que malgasté no pocos años y dinero, el que habían ganado mis padres, ciego a la verdad: soy un pésimo actor que ha interpretado un papel poco glorioso y siente un gran arrepentimiento; aunque eso ya te lo había dicho.

Camille le escuchaba con seriedad y Bjorn prosiguió:

—Me pregunto por qué te cuento semejantes cosas. Un adulto, aunque sea tan pueril como yo, haciendo confidencias a una chica que apenas acaba de dejar atrás la infancia... ¡No es muy corriente, y quizá ni siquiera deseable! Venga, ya basta de

egos, háblame de ti, de tu vida de antes, de lo que sientes ahora.

Camille se inclinó para acariciar el cuello de *Murmullo* y luego tomó la palabra.

—Me parece que no hay gran cosa que contar. Tengo la impresión de haber salido de un sueño. Me pasé siete años viviendo a medio gas sin saber que estaba esperando para venir aquí. La familia que me acogió no era afectuosa y, aunque he sufrido por ello, ahora me alegro: así, la separación no ha sido dolorosa. No he conocido otros amigos además de Salim, y creo entender que, durante todos esos años, no estaba allí del todo. Una parte de mí se había quedado en Gwendalavir y me impedía integrarme por completo. Desperté al llegar aquí y mis recuerdos no tienen más importancia que los sueños que se sueñan por la noche y se desvanecen al llegar el día.

Bjorn escuchaba boquiabierto.

—Pero ¿cuántos años tienes tú —acabó diciendo— para hablar de este modo?

—No lo sé, Bjorn. De verdad que no lo sé. Puede que cuatro mil novecientos quince días, puede que catorce o quince años. A veces me da la sensación de ser un bebé y otras sé que tengo varios siglos. ¿Importa eso? En cualquier caso, no me impide ser yo misma, ¿no crees?

Bjorn se frotó los ojos.

—¡Abandono, Camille! No soy lo bastante inteligente para hablar contigo. Si quieres, podemos continuar con el hacha de combate; si no, te agradecería que bajaras un poco el nivel.

—No te hagas el tonto —se burló Camille—. Has entendido perfectamente lo que decía.

Pero el caballero había decidido tirar la toalla. Le guiñó el ojo y espoleó a su caballo para situarse a la altura de Edwin.



A primera hora de la tarde, una tropa armada se dirigió a su encuentro.

—La guardia imperial —anunció Edwin.

Eran seis soldados impresionantes que llevaban rutilantes armaduras y montaban caballos de guerra.

El que los dirigía levantó un brazo para dar la orden de detenerse.

—Buenas tardes —soltó con voz fuerte—. ¿Pueden decirme qué los trae por esta ruta y cuál es su destino?

—Estamos al servicio del emperador —anunció Edwin— y vamos rumbo a Al-Jeit.

El guerrero acorazado hizo un gesto de sorpresa. Se puso en posición de firmes.

—General Til' Illan —balbució—. No le había reconocido. Discúlpeme, lo lamento.

—Y ahora resulta que es general —se mofó Salim en voz baja—. Sólo le falta el

traje de Papa y tiene toda la colección.

Edwin tranquilizó al soldado con un gesto.

—No hay problema. No podía saber quiénes éramos y está haciendo su trabajo. ¿Es seguro este camino hasta la capital?

—Sí, mi general. No hay incidentes de los que dar parte.

—¿Y pasado el río?

—Tenemos puestos fijos hasta Al-Jeit. ¿Desea que los escoltemos?

Edwin reflexionó un instante y después negó con la cabeza.

—No merece la pena, gracias. Hemos tenido escaramuzas entre Al-Vor y el empalme de los Dragones: bandidos y ogros en las colinas del Taj.

El soldado pareció preocupado.

—Esa zona no es segura, mi general, pero ya no somos lo bastante numerosos para vigilarla. Hemos recibido órdenes de limitar nuestro radio de acción. Ya sólo aseguramos patrullas entre el Pollimag y el empalme de los Dragones.

—Entiendo —lo tranquilizó Edwin—. Ánimo.

—Gracias, mi general. Que tengan un buen viaje.

Los guardias imperiales se hicieron a un lado del camino y Salim chasqueó las riendas. Se sentía orgulloso de viajar en compañía de un personaje tan importante como Edwin. No pudo evitar cuadrarse de hombros.

—Cuidado —ironizó Bjorn—, que te estás hinchando y acabarás por explotar.



Esfera gráfica: alhaja que afina la percepción de las Espiras. Una esfera gráfica ts'lich está regulada por las ondas mentales propias de los guerreros lagartos. Un alaviriense es incapaz de tocarla voluntariamente y, si se da el contacto en contra de su propia voluntad, puede crear problemas psicológicos importantes o causar la muerte.

Enciclopedia del Saber y del Poder.

El sol se estaba poniendo cuando Edwin dio la señal de alto. Parecía mucho más relajado desde su encuentro con la guardia imperial y el campamento se levantó con buen humor general.

Volvieron a ponerse en marcha al día siguiente temprano, para aprovechar el fresco. Chiam Vit se había resignado a su desventura y resultó ser un agradable compañero, con mucho sentido del humor. Los regaló con sabrosas historias en las que se burlaba de la pretensión de los humanos, un rasgo que, según él, era dominante de su raza. No obstante, mostraba la delicadeza suficiente para que nadie se sintiera ofendido. Ahora había largos tramos del camino pavimentados con piedra rosada, dura y lisa, cosa que facilitaba su avance.

La noche siguiente, y como Edwin decidió que se alojaran en un hostel, durmieron en camas para alivio general. Camille suspiró de placer y se tumbó sobre su colchón. Ellana, que compartía la habitación con ella, sonrió.

—Más de una vez he pensado en llevarme una cama conmigo de viaje —admitió—, pero *Murmullo* nunca ha estado de acuerdo a la hora de transportarla.

Edwin les dejó dormir cuanto quisieron. Al volver a ponerse en marcha, el calor ya agobiante no logró empañar el bienestar que había proporcionado una noche de placentero descanso.

Al final de la jornada, llegaron a orillas del río Pollimag. Camille, que cabalgaba en cabeza al lado de Edwin, al principio creyó que se trataba del océano. Una

inmensidad de agua que se extendía hasta el horizonte, un universo azul y movedido sobre el que se recortaban velas, blancas en su mayoría. Después distinguió un relieve en el límite de su campo de visión. El Pollimag era un río, sí, pero de una extensión como cuatro Amazonas puestos uno al lado de otro.

Estaba abriendo la boca para expresar su admiración cuando lo descubrió.

Se quedó muda.

Un puente se alzaba hacia el cielo en una curva grácil y poderosa al mismo tiempo. Resplandecía como si estuviera hecho de luz en lugar de materia y, justo antes de tocar las estrellas, descendía de nuevo, a kilómetros de allí, hasta la otra orilla. Sus proporciones rayaban lo milagroso, al igual que la facilidad con que transgredía todas las leyes de la gravedad. Era una maravilla de pureza y perfección. A Camille se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué es eso? —consiguió decir.

—El Arco —respondió Edwin simplemente.



Se habían parado en lo alto de un montículo para disfrutar del espectáculo y Camille bajó al suelo. Avanzó unos pasos y sintió, más que vio, que Salim se colocaba a su lado. Los demás, para no perturbar aquel instante mágico, se habían quedado algo más retrasados, en silencio.

Salim, cautivado, en vano intentaba imaginar cómo los hombres habían podido realizar semejante obra maestra. En cuanto a Camille, no pensaba nada. Su corazón y su alma echaron a volar hacia el infinito, llevados por la curva del Arco. Al mismo tiempo, se le hizo un nudo en la boca del estómago, como si todo su ser fuera a rasgarse.

A su espalda, el sol empezaba a hundirse tras el horizonte y entendió por qué Edwin había postergado la salida hasta la mañana. ¡Había querido llegar a aquel lugar en ese instante preciso del día! El cielo se tiñó de oro y sangre, y el Arco estalló.

Los cristales que parecían constituirlo captaron un matiz distinto en la paleta que ofrecía el sol poniente. Amplificaron los colores, dispersándolos en todas direcciones, y el Arco se convirtió en el centro de un universo de luces.

Las lágrimas surcaban las mejillas de Camille, incapaz de contenerlas mientras el nudo de su estómago se disolvía, arrastrado por una oleada de júbilo. Y entonces apareció el susurrador, acurrucado en el hueco de su cuello.

No hubo necesidad de que entregara ningún mensaje. Camille había comprendido y su felicidad era completa.

Se quedó inmóvil contemplando el Arco hasta que el sol se puso y cayó la noche. El espectáculo seguía siendo mágico. El puente había adquirido un tono plateado y brillaba suavemente en la oscuridad. Imposible saber si irradiaba su propia luz o si

reflejaba la de las estrellas.

Salim se había reunido con los demás y el campamento ya estaba montado. A regañadientes, Camille dio la vuelta. El maestro Duom fue a su encuentro.

—La primera visión del Arco —murmuró— siempre es un instante excepcional.

Camille asintió con la cabeza. No encontraba palabras para describir sus sentimientos. Como si lo hubiera adivinado, el maestro Duom volvió a hablar.

—El Arco, ya te habrás dado cuenta, no fue construido, sino dibujado.

—Creía que no debían hacerse dibujos permanentes.

El anciano sonrió.

—Es verdad. No obstante, hace mil quinientos años, cuando los hombres se liberaron del yugo ts'lich, celebraron la victoria creando el Arco y la mayor parte de Al-Jeit. A circunstancias excepcionales, acciones excepcionales.

—Yo sería incapaz de imaginar algo tan bello.

—Todos los dibujantes de Gwendalavir unieron su don para esta creación, Ewilan, y estuvieron guiados por el más grande.

—¿Merwyn Ril' Avalon?

—Sí, fue él quien rompió el cerrojo que los ts'liches habían colocado en las Espiras. Y también fue el primero en realizar el paso y llegar al otro mundo, aquél en el que tú estabas exiliada.

—Merwyn... ese nombre me recuerda a algo... —murmuró Camille acariciando al susurrador, que seguía encaramado a su hombro.

El maestro Duom frunció el ceño al reparar en el bicho.

—Tu amigo ha vuelto... —afirmó.

—Sí, mientras contemplaba el Arco. Sabía que volveríamos a encontrarnos.

—Realmente muestra un comportamiento insólito —comentó el analista—. Y ahora, vamos con los demás —prosiguió, señalando el campamento con la barbilla.

—De acuerdo, pero antes sólo una pregunta: ¿de qué está hecho el Arco?

El viejo sonrió.

—Nadie lo sabe. Lo diseñaron para que fuera sólido e indestructible, y nunca nadie ha logrado extraer un fragmento para estudiarlo. Aun así, es probable que sea de diamante. Un solo y único diamante, de millones de toneladas de peso y varios kilómetros de longitud.

La cena se desarrolló en un ambiente de calma. La presencia del Arco iluminando la noche tenía un efecto relajante, incluso sobre el carácter chispeante de Salim, que apenas pronunció más de diez palabras en toda la velada. Camille se durmió acariciando al susurrador.



Por la mañana, el grupo descendió hacia el Pollimag. Cuanto más se aproximaba

Camille al Arco, más abrumada se sentía por su majestuosidad.

—¿El camino pasa por encima? —le preguntó a Edwin.

—Sí —respondió el maestro de armas—, el Arco es una obra de arte, pero también es un puente.

—Debe de ser terriblemente resbaladizo.

—No, en absoluto. El problema es otro: quienes dibujaron el Arco no crearon un parapeto, así que se aconseja cruzarlo por el centro.

—Debe de haber accidentes...

—Los hay, es cierto, pero menos de los que creerías. Mide más de cincuenta metros de ancho, así que el riesgo es mínimo.

Camille no pareció del todo tranquila, pero se calló.

A orillas del Pollimag, cerca del anclaje del puente, se alzaba un bonito pueblo de casas cuidadosamente decoradas.

—Cazan, el pueblo de los engañabobos —comentó Bjorn—. Es como si la realidad de la guerra no hubiera llegado hasta aquí. Sólo el negocio cuenta. La mitad de sus habitantes practica el oficio de hostelero y la otra mitad vende *souvenirs*. Con el precio de una comida podrías pagarte una noche en un palacio de Al-Jeit.

—No me digas —se mofó Salim— que venden bolas de cristal con un Arco en miniatura en su interior, sobre el que caen copos de nieve al darle la vuelta...

—Pues claro que sí, y también túnicas bordadas con frases del tipo «Recuerdo del Arco». Todo es espantoso a rabiar y además cuesta una fortuna.

Salim se echó a reír.

—Bjorn, eso me tranquiliza. Sea cual sea el mundo en el que estén, los hombres siguen siendo los hombres.

—Aunque frecuentar a Camille agudice el ingenio, sigues teniendo dificultades para expresarte con claridad —declaró Bjorn, rascándose la cabeza—. Me temo que no he pillado el sentido de su frase.

—Está bien, Bjorn, olvídalo. No he dicho nada.

A pesar de que aún era temprano, había muchas personas circulando por las floreadas calles de Cazan. Chiam Vit observaba tanta agitación con una sonrisa irónica. Parecía burlarse descaradamente de las miradas de asombro que le dedicaban los transeúntes. Aun así, se percató de la velada pregunta que se estaba haciendo Camille y se acercó a ella.

—Los faëls haber viajado por todo Gwendalavir y la mayoría de los humanos haber visto ya a alguno de nosotros, pero aún no estar habituados. Para mí ser normal que los demás mirarme como a un bicho raro. Lo que sorprenderme más, ser que tus compañeros aceptarme sin ninguna dificultad.

—Pues a mí no me pareces tan distinto de nosotros.

—No engañarte a ti misma: haber un abismo entre los humanos y los faëls. Nuestros cuerpos guardar parecido, pero nuestros espíritus ser diferentes. Totalmente. Nosotros no razonar de la misma manera.



Visto de cerca, el Arco era monumental. Tan ancho como había asegurado Edwin y perfectamente liso, se elevaba en suave pendiente hacia las nubes. En verdad parecía hecho de diamante, y cuando los caballos lo pisaron, sus pezuñas sonaron con claridad. Camille vio el color azul del Pollimag a través de su grosor.

—Estamos de suerte —señaló Bjorn—. A veces hay tanta gente en el Arco que las personas se empujan y algunos acaban en el agua varios cientos de metros más abajo. Es más: acaban y punto.

—No le hagáis caso —aconsejó Maniel—. Este hombre está dispuesto a inventarse lo que sea con tal de hacerse el interesante.

Cuando, una hora más tarde, llegaron a lo más alto del Arco, Edwin levantó la mano y Salim detuvo la carreta.

—Venid a ver —propuso el maestro de armas—: vale la pena.

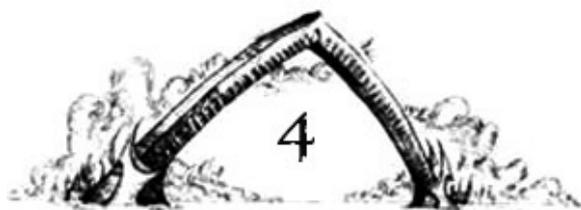
Camille y Salim se reunieron con él caminando con prudencia y se quedaron a su lado, al borde del vacío. La vista era magnífica. Los barcos que surcaban el Pollimag parecían insignificantes, pero el río conservaba, incluso desde aquella altura, todo su poder y majestuosidad. El viento soplaba con fuerza y Camille se agarró a Salim.

—Tranquila, vieja —se burló éste—; soy lento de cerebro, pero puedo servir para que no salgas volando.

El comentario arrancó una sonrisa a su amiga. Echaba de menos esos momentos de alegría que estaba acostumbrada a compartir con Salim y se prometió intentar recuperarlos.

El descenso del Arco fue rápido y el grupo llegó a un pueblo que se parecía a Cazan como dos gotas de agua. Lo atravesaron sin aminorar la marcha. En la medida que le fue posible, Camille dio la vuelta encima de la silla para ver el Arco y después, cuando éste desapareció definitivamente, se concentró en el camino, acordándose de lo que le había contado el maestro Duom. Merwyn Ril' Avalon y los dibujantes de Gwendalavir habían imaginado el Arco, pero también la mayor parte de Al-Jeit.

¿Qué maravillas les tendría reservadas la capital?



¿Puede un instructor consciente de sus responsabilidades permitirse un paralelismo entre el arte del Dibujo, poder muy real, y la magia, invención destinada a los niños? ¡Sí, desde luego, si está hablando de Merwyn Ril' Avalon!

Elis Mil'Truif, maestro dibujante en la Academia de Al-Jeit.

Les llevó cuatro días alcanzar Al-Jeit. Las poblaciones habían aumentado en número y, por primera vez, Camille y Salim descubrieron estructuras distintas a las agrícolas.

Al ver sus miradas sorprendidas, Edwin empezó a dar explicaciones:

—Al-Jeit es el corazón del Imperio. Cuando, hace quince siglos, los hombres se liberaron del yugo ts'lich, decidieron construir la capital antes de emprender la reconquista de sus tierras. Y ahí se concentró todo lo que quedaba del saber humano. Aún hoy, una gran parte del Imperio sigue siendo salvaje y los hombres que viven en esas zonas son pioneros. Ya lo habéis comprobado durante el trayecto hasta aquí, me parece. Es en Al-Jeit donde se forja el acero, se funde el vidrio y se estudia la medicina y las estrellas. También es en Al-Jeit donde se forman los dibujantes. En el resto del Imperio sólo encontraréis artesanos y agricultores, incluso en ciudades como Al-Vor.

Mientras escuchaba a Edwin, Camille miraba a su alrededor.

La región estaba muy poblada, pero aun así primaba el respeto por la naturaleza, que conservaba un lugar importante. Los pueblos, aunque más extensos que aquellos que habían tenido ocasión de atravesar hasta entonces, mantenían unas dimensiones humanas, y no era raro ver a un animal salvaje cruzando el camino o asomando detrás de una arboleda.

Camille suspiró pensando en lo que habían hecho los hombres en el mundo que ella había dejado. Aquí el aire era puro, incluso cerca de las grandes fraguas, y el

agua de los ríos, en el centro de las urbes, seguía siendo agradable y límpida.

—¿Cuándo llegaremos a Al-Jeit? —le preguntó a Ellana, que cabalgaba cerca de ella.

—Esta tarde, creo —respondió la joven.

—¿Será la ciudad tan impresionante como el Arco?

Camille tuvo que conformarse con una sonrisa a modo de respuesta.

A media mañana pasaron por el control de una patrulla de la guardia imperial. Los soldados estaban relajados y desempeñaban su labor más bien respondiendo a un trámite rutinario que a la necesidad de vigilar la ruta.

Edwin no se dio a conocer y volvieron a ponerse en marcha después de indicar simplemente que se dirigían a la capital por negocios.

El camino era ancho, con los adoquines rosas cuidadosamente encajados, y se encontraron con numerosos viajeros circulando en uno u otro sentido. Al fin, en la cima de una colina redondeada y cubierta de hierba baja, Al-Jeit apareció ante ellos.

Una vez más, a Camille se le cortó la respiración.

Al-Jeit no era una ciudad, sino un milagro de luz, colores y agua.

Sobresaliendo en la llanura como un bastión inexpugnable, una plataforma rocosa con los bordes verticales se elevaba unos cincuenta metros. La capital estaba construida en su cima, con sus torres que desafiaban al cielo, sus cúpulas de nácar y sus pasarelas arácnidas.

Todos sus tejados parecían compuestos de luz y el conjunto se acercaba más a una obra de arte a punto de despegar que a una ciudad clásica.

Más magnífica aún que las construcciones espigadas, una cortina líquida caía desde la plataforma en una lluvia continua y, cual catarata titilante, desembocaba en los meandros de un lento río que la rodeaba.

El camino pasaba por un puente brillante por mil fuegos azules que se inclinaba hasta llegar a una brecha en la plataforma. Allí, una bóveda translúcida protegía la brecha del agua que brotaba de la cima. Cada una de los millones de gotas se teñía entonces de un tono azulado, formando alrededor una aureola de luz sobrenatural. El azul marino se juntaba con el ultramar, caía sobre el turquesa y rebotaba en el índigo.

Si el Arco era un ejemplo de pureza, Al-Jeit era una emanación de formas deslumbrantes y líneas impresionantes, iluminadas por la sinfonía luminosa de su eterna cascada de agua.

Salim quedó paralizado y sobrecogido y Edwin le dio una palmada en el hombro.

—¿Qué dijiste una vez? Ah, sí —se burló—: que vosotros tenéis trenes, aviones... ¡Bienvenido a Al-Jeit! El puente, la brecha y la cascada que tenéis delante forman la puerta de Zafiro. Al sur la puerta de Esmeralda, al norte la de Amatista y al este la puerta de Rubí.

—¿De dónde llega el agua? —quiso saber Camille—. ¿Por qué fluye sin cesar? ¿Qué fuerza la conduce hasta arriba?

—Estás en mejor posición que yo para responder a eso —señaló Edwin—. Los

misterios de la belleza de Al-Jeit tienen su explicación en el arte de los dibujantes que la imaginaron. Para mí, es maravillosa y con eso me basta.

Ninguna construcción se alzaba en la llanura que rodeaba la capital, como si nadie hubiera osado rivalizar con la magnificencia de la ciudad.

Los cascos de los caballos, al llegar al puente, emitieron el mismo sonido cristalino que cuando habían cruzado el Arco. La senda se había vuelto azul y Camille no dudó ni por un segundo de que era de zafiro.

Salim, sobrepasado por la suntuosidad del espectáculo, no se atrevió a preguntar por qué el río fluía en círculo, algo teóricamente imposible. Así que se limitó a levantar la vista. Las torres de Al-Jeit ya no eran visibles bajo ese ángulo. Se metieron debajo de la bóveda, donde el agua goteaba a su alrededor tiñéndolo todo de azul.

Como obra de otro hechizo, el aire era asombrosamente seco, y el estruendo que debería haber provocado la caída del agua no era más que un susurro.

Una vez franqueada la brecha de zafiro, Al-Jeit se extendía ante ellos. En primer lugar una plaza pavimentada con grandes adoquines de color celeste, encima de la cual se entrecruzaban pasarelas de cristal. A continuación, torres altas y delgadas y después calles de perspectivas fascinantes.

Imposible distinguir qué había sido dibujado y qué construido, pues toda la ciudad parecía arte de magia.



Edwin se inclinó hacia Camille.

—Me hubiera gustado —le explicó— hacerte entrar en el palacio por la puerta de los Sueños, pero me temo que no sería muy discreto. Pasaremos por la Boca de la Guardia Imperial.

El maestro de armas guió a sus compañeros a través de la ciudad.

Camille y Salim ponían unos ojos como platos ante las maravillas que se les ofrecían. Pero los que ya habían estado en Al-Jeit no se quedaban atrás, como si la belleza de la ciudad impidiera saciarse nunca. Hasta Edwin devoraba con la mirada las construcciones vertiginosas que se alzaban por encima de sus cabezas.

La Boca de la Guardia era una gigantesca torre cilíndrica que parecía de vidrio opaco y se elevaba hacia el cielo sin otra obertura que una imponente puerta redonda.

Ocho guardias se encontraban allí, inmóviles en una impresionante posición de firmes.

Edwin se acercó a su superior y le susurró algunas palabras.

El hombre se irguió y espetó una orden. Los soldados se separaron y el grupo penetró con sus monturas en la Boca. Un túnel, también cilíndrico, los llevó treinta metros más allá hasta un patio de suelo liso y blanco.

Por encima de ellos, el cielo se recortaba en un círculo azul. Numerosas ventanas y algunas puertas se abrían en las paredes de vidrio.

Edwin se bajó ágilmente del caballo, y el resto del grupo hizo lo mismo. Camille notó que el maestro de armas había ganado aún más en prestancia, como si acabara de asumir un nuevo rol que exigía de él orgullo y carisma. Se dirigió brevemente a los guardias que se habían precipitado a su encuentro y luego se volvió hacia ella.

—Si no tienes inconveniente —le propuso—, vendrás conmigo mientras nuestros compañeros disfrutan de un merecido descanso.

—Supongo que en realidad no tengo elección —señaló Camille sin acritud.

—¡Sé prudente! —le gritó Salim cuando se alejaba con Edwin—. ¡Sabes que cuando no estoy ahí para vigilarte, eres capaz de las mayores tonterías!

Ella sacudió la cabeza y se abstuvo de responder. El maestro de armas la guió a lo largo de una serie de pasillos en los que se cruzaron con soldados y algún que otro civil. Luego subieron una escalera y se encontraron en una planta menos concurrida. Camille tenía la vaga impresión de haber dejado la torre, pero su sentido de la orientación se veía entorpecido por los múltiples cambios de dirección que le imponía su guía.

Se disponía a interpelarlo a este propósito cuando Edwin llamó tres veces a una puerta que abrió sin esperar respuesta. La estancia en la que penetraron era clara y sobriamente amueblada, y la mayor parte del espacio lo ocupaba una mesa inmensa repleta de papeles y de cartas.

El hombre que había allí se dio la vuelta ante el ruido que hicieron al entrar. Una sonrisa iluminó su rostro cuando les vio.

—¡Edwin! —exclamó—. Empezaba a preocuparme. Tu último mensaje es de hace más de quince días. ¿Has podido convencer a los faëls?

Camille examinó brevemente al hombre que se encontraba ante ellos. Era alto, de unos cuarenta años de edad, con una fina franja de barba que enmarcaba su rostro de rasgos fatigados pero de mirada viva y penetrante. Iba vestido con sencillez, con un pantalón y una túnica blanca sobre la que se había puesto una cota de mallas ligera.

Edwin se inclinó con respeto.

—He renunciado a mi misión —anunció.

El hombre de blanco se sorprendió por un instante, pero Edwin enseguida continuó:

—Chiam Vit, príncipe faël, me ha acompañado hasta aquí. De todos modos, éste no es el motivo por el que di media vuelta.

Y sin dar más explicaciones, se hizo a un lado para mostrar a Camille.



Gomador: artrobraccio de fases vitales complejas que mide unos treinta centímetros de longitud y pesa hasta tres kilogramos. Sólo vive en estado salvaje en los pantanos de Umbrosa. Los gomadores liberan una onda psíquica parasitaria que impide el acceso a las Espiras de la Imaginación.

Enciclopedia del Saber y del Poder.

Sil' Afian, emperador de Gwendalavir, escrutó el rostro de Edwin, que no añadió nada. Su atención se centró entonces en Camille. La examinó durante casi un minuto, sin decir palabra, y luego empezó a brillarle la mirada. Se aproximó y le puso las manos sobre los hombros.

—Tienes los mismos ojos que tu madre —acabó declarando.

—¿Sabe quién soy? —se sorprendió Camille.

El soberano asintió con la cabeza. Camille no supo adivinar si la emoción que percibía en él estaba causada por el cambio de planes de su maestro de armas o por la llegada de ella.

—¿Quién sino Ewilan Gil' Sayan podría impedir que mi viejo amigo Edwin llevara a buen término una misión?

La contempló de nuevo antes de continuar:

—Eres el vivo retrato de Elicia. Nadie que hubiera visto a tu madre una sola vez podía olvidarla, y yo pasé mucho tiempo con tus padres. Me alegro de que Edwin te haya encontrado, pero lamento que regreses en una época tan convulsa.

—Majestad —intervino éste—, Ewilan tiene el don.

El emperador se enderezó y, sorprendido, miró a Edwin fijamente.

—¿Tan joven? ¿Qué quieres decir?

—Nil' Erg le hizo la prueba —explicó el maestro de armas—. El resultado fue un círculo negro.

—¿Un círculo negro? Pero...

—No conserva ningún recuerdo de su infancia, majestad. Sus padres la pusieron a salvo en el otro mundo y le borraron la memoria. Volvió por sí sola, realizando el paso al otro lado. Venció, también sola, a un mercenario del Caos, sin duda un Mentai. Sabe imaginar dibujos que persisten y todo hace pensar que es capaz...

—... de despertar a los Sujetos —continuó Sil' Afian en un murmullo.

Se pasó las manos por el cabello.

—... sí tan sólo supiéramos dónde se encuentran —terminó.

—¡Lo sabemos, majestad! —declaró Edwin—. ¡Ewilan también nos ha revelado eso!

El emperador dio un gran puñetazo sobre la mesa.

—¡Diantre! —exclamó—. Eso lo cambia todo. ¡Ahora tenemos una oportunidad! ¿Qué piensa el viejo Duom de todo ello?

—Está en palacio, majestad. Ha viajado con nosotros.

Sil' Afian, eufórico, se volvió hacia Camille.

—¿Sabes lo que representan para todos nosotros las palabras de Edwin?

—Creo que todo el mundo se ha ocupado de hacérmelo entender —replicó Camille—. Si puedo despertar a los Sujetos, lo haré.

El emperador la calibró, estupefacto.

—Es asombrosa —explicó Edwin—, pero Altan y Elicia eran dignos de tener semejante hija. Podemos estar orgullosos de ellos... y de ella —añadió.

Camille miró al maestro de armas a los ojos. Le había sorprendido distinguir tanta emoción en su voz. Edwin nunca había dado a entender que conociera íntimamente a sus padres. Oír cómo les llamaba por sus nombres originó en su espíritu multitud de preguntas que se prometió hacerle algún día.

—Tenemos trabajo que hacer, Edwin —continuó el emperador—. Cuéntamelo todo desde el principio. A continuación, tomaremos las decisiones que se impongan.

El maestro de armas lanzó una mirada interrogante hacia Camille y Sil' Afian continuó:

—Me parece que Ewilan se ha ganado un pequeño descanso.

Se volvió hacia ella.

—Me encargaré de que te acompañen. Volveremos a vernos más tarde.

—Si me lo permite —intervino Edwin—, estoy seguro de que querrá reunirse con los compañeros que han viajado con nosotros.

—Evidentemente. ¿Dónde se encuentran?

—En la Boca de la Guardia.

—Daré orden de que les preparen unas dependencias en palacio.

Camille se esperaba ver al emperador tirar de un cordón para llamar a un sirviente, pero en lugar de eso se puso a dibujar. Una campana sonó en una estancia vecina, arrancándole un esbozo de sonrisa. ¡El soberano de Gwendalavir era un dibujante bien mediocre!

Un soldado se presentó casi al instante y Sil' Afian le dio unas breves órdenes.

—Puedes seguir a mi ordenanza —añadió, dirigiéndose a Camille—. Él te llevará hasta tus amigos.

Por un instante se preguntó cómo había que despedirse del emperador, pero éste la sacó de apuros pasándole la mano por el pelo.

—Hasta pronto, Ewilan. Más allá de la esperanza que nos traes, me alegro sinceramente de haberte conocido.



Elea Ril' Morienva era una traidora, una serpiente que el Imperio albergaba en su seno, pero los oídos del señor Sai Hil'Muran, que sin embargo era partidario mío, se negaron a escuchar la verdad...

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo*.

El maestro Duom y Artis Valpierre se encontraban ausentes, pero el resto del grupo estaba repantigado en hondos sillones de cuero dispuestos alrededor de una mesa baja sobre la que había unos refrescos.

Chiam Vit tenía una pierna apoyada en el reposabrazos y sorbía un vaso de cerveza. Parecía estar bien a gusto y charlaba animadamente con Ellana. Bjorn y Salim, que, como de costumbre, daba muestras de una insufrible impertinencia, discutían.

Sólo Maniel parecía incómodo y, con toda naturalidad, Camille se dirigió hacia él después de que todos saludaran su llegada con exclamaciones. Contrariamente a los demás, el coloso se encontraba erguido en su sillón y no había tocado las bebidas.

—¿Pasa algo? —quiso saber la muchacha.

Maniel miró a su alrededor, indeciso, antes de responder.

—Yo no tengo nada que hacer aquí.

—¿A qué te refieres?

—Soy un simple soldado. Mi sitio no está en el palacio del emperador.

—Pero has corrido los mismos peligros que nosotros —objetó Camille—, has pasado por los mismos momentos difíciles. Es normal que estemos juntos.

Los demás se habían callado y seguían la conversación con atención. Maniel sonrió con tristeza.

—El peligro forma parte de la vida de un soldado —expuso—. Lo que hemos vivido sin duda es excepcional para ti, pero para mí constituye el día a día. Y no debo esperar algo distinto. Yo no soy noble ni rico, mi lugar está ante las puertas de la

ciudad, vigilando las entradas, o en el corazón de la batalla, luchando contra los raïs. Así es, y Edwin Til' Illan me lo ha vuelto a recordar antes de que llegáramos a Al-Jeit.

Camille se sintió invadida por una oleada de cólera.

—¡No digas estupideces! —exclamó—. ¿Qué tienen que ver la nobleza o el dinero con el sitio en el que tengas que estar tú? Ellana, Bjorn: ayudadme a explicarle que...

Se calló al ver los rostros impenetrables de sus compañeros.

Chiam Vit tomó la palabra.

—Tú comprender ahora por qué yo decirte que los faëls y los humanos ser diferentes. Entre nosotros, sólo contar el valor. El nacimiento y el oro no significar nada. Un faël convertirse en lo que tener ganas de convertirse; un hombre, no.

—Pero...

—¡Pero ser así! Maniel, mañana, custodiar las puertas de Al-Jeit. Una minoría mandar, los demás obedecer; y si tú no creerme, preguntar a tus amigos lo que ellos tener ganas de hacer y lo que hacer en realidad.

Camille, derrotada, se volvió hacia los otros. Nadie se atrevió a dirigirle la palabra y el silencio se volvió opresivo. Finalmente, Bjorn se aclaró la garganta y se lanzó.

—Ya te he confesado hasta qué punto has transformado mi vida. Yo no desearía otra cosa que continuar, pero...

—¿Pero?

Al caballero se le veía espantosamente violentado, pero continuó a pesar de todo.

—Antes de llegar a Al-Jeit, Edwin Til' Illan me ha anunciado a mí también que mi papel terminaba aquí. Miembros de la Legión Negra tomarán el relevo. Mañana me marchó, de nuevo sin un objetivo.

Camille respiró hondo y se volvió hacia Ellana. La joven sonrió tristemente.

—Tú sabes por qué estoy aquí, ¿verdad? Por mi honor, debo salvar la vida tres veces a Edwin. Sin embargo, os he cogido cariño a ti y al cabeza de chorlito de Salim, sin duda a causa de mi irreprimible romanticismo, y me encantaría quedarme contigo hasta el final de tu trayecto. Pero me ha sido denegado. He recibido el mismo mensaje que Bjorn y Maniel.

Camille soltó una horrible blasfemia, pero Chiam aún no había terminado.

—¿Qué creer tú entonces? ¿Que Edwin Til' Illan pensar mimarte y tenerte rodeada de tus amigos? Yo ignorar cuál ser tu misión, y sobre todo no querer conocerla. En cambio, comprender que ser importante para el emperador y su general maestro de armas. Sólo contar eso. La amistad y los sentimientos ser prescindibles. ¿Imaginate que Salim tener derecho a continuar contigo? Yo estar dispuesto a jugarle mi arco a que alguien haberle dicho ya que quedar fuera del equipo. ¡Así que tener que entender a Maniel cuando decirte que éste no ser su lugar!

Camille apretó los puños.

—¿Os gustaría seguir? —siseó—. ¿Os está prohibido? Cada cual en su sitio, ¿no es eso? ¿Nadie se atreve a poner objeciones? ¿Tú vienes, Salim?

El chico se puso en pie de un salto.

—Ningún problema, vieja —soltó con gran brío—. Yo estoy contigo. ¿Con quién vas a tomarla esta vez?

—¡Con ese hipócrita de Edwin! —espetó Camille.

Seguida de su amigo, salió por la puerta que había franqueado hacía unos minutos.

—¿Qué hacemos? —se inquietó Bjorn—. Puede armarse una buena.

—Nada —respondió Ellana con suavidad—, no hacemos nada.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, reflejo de la que surcaba el rostro de Chiam. Bjorn estuvo a punto de insistir, pero se reprimió y estalló en una alegre risotada.

—General de los ejércitos de Gwendalavir, maestro de armas del emperador, vencedor en diez torneos, comandante de la Legión Negra... —enumeró—. Apuesto cien monedas de oro por la pequeña.

—¡No aceptarse la apuesta! —exclamó Chiam Vit—. ¡No haber ninguna otra posibilidad!



La cólera de Camille aumentaba conforme se acercaba a Edwin. Avanzaba a grandes zancadas y Salim tenía dificultades para seguirla, si bien es cierto que perdía mucha energía diciendo tonterías, más para tranquilizarse que para distraerla a ella.

Curiosamente, Camille alcanzó sin dificultad la estancia donde había conocido al emperador. Entró sin llamar.

Sil' Afian y Edwin, inclinados sobre unos mapas, alzaron la cabeza.

—Ewilan —exclamó Edwin—, ¿qué haces aquí?

—¿Es verdad que ha negado el derecho a Bjorn y a Ellana de acompañarnos? ¿Es verdad que Maniel tendrá que quedarse pegado a las puertas de la ciudad contando a la gente que pasa? ¿Es verdad que tiene pensado separarnos a Salim y a mí?

El tono de Camille había ido subiendo para terminar en un grito. Salim se quedó tieso de admiración, pero cuando Edwin se enderezó, furioso, de repente se sintió minúsculo e insignificante.

—¡Basta, Ewilan! —asestó el maestro de armas—. ¡Sé muy bien lo que hago y tu opinión no me interesa!

Salim, en aquel preciso instante, hubiera preferido encontrarse frente a un ts'lich antes que frente a Edwin. Pálido y con los dientes apretados, el maestro de armas resultaba aterrador. La reacción de su amiga lo había dejado atónito.

Ella soltó una risa maliciosa.

—¡Me llamo Camille —espetó—, no Ewilan! ¡Y me niego a obedecer sus

órdenes necias y arbitrarias! ¡Me niego a abandonar a mis amigos!

—No seas estúpida —le soltó Edwin, que a duras penas lograba dominarse—. No es una cuestión de amistad, sino de eficacia. Bjorn y Maniel, por valientes que sean, no valen, en el combate, lo que los hombres de la Legión Negra. Duom es demasiado viejo para continuar y Ellana y Chiam carecen de disciplina. En cuanto a Artis, es un soñador, no hay nada que decidir al respecto. ¿Eres capaz de entender esto?

Camille se había cruzado de brazos y desafiaba a Edwin con la mirada.

—¡No! Sus legionarios no significan nada para mí; por muy superhombres que sean, ellos no pueden salvar el Imperio. Bjorn, Ellana y los demás han demostrado hasta ahora que desean continuar. ¡Y tienen derecho a hacerlo!

Sil' Afian hizo amago de intervenir, pero Edwin no le dejó tiempo.

—¡Cállate! —se enfureció—. ¡No eres más que una chiquilla caprichosa que me hace perder el tiempo! ¡Vete de aquí!

Camille se puso lívida.

—¿Que yo soy una caprichosa? —musitó—. ¡Usted es un dictador! ¿Quiere que me marche? No deseo otra cosa. ¡Así que vaya usted a pedir a los Centinelas que se despierten y, si no obedecen, píntelos de azul!

Resopló secamente y levantó el mentón con aire orgulloso. Agarró el brazo de Salim y, de pronto, Edwin y el emperador se encontraron otra vez solos.

—¡Ha realizado un paso al otro lado! —exclamó Sil' Afian—. ¿Adónde ha ido? ¡Hay que encontrarla!

Edwin ya había abandonado la estancia.

Lectulandia

Los raïs son feos y estúpidos y carecen totalmente de disciplina, pero también son salvajes, insensibles, sangrientos... ¡y numerosos! Un soldado imperial podría plantar cara a tres raïs, ¡pero existen diez raïs por cada soldado imperial!

Sai Hil'Muran, señor de Al-Vor, conversación privada durante un consejo de guerra.

¿**N**o crees que te has pasado un poco? Salim y Camille deambulaban uno junto al otro, en medio de la multitud que recorría las calles de Al-Jeit. El paso al otro lado les había conducido al patio interior de la Boca de la Guardia. Los soldados, apostados en la entrada, ni siquiera habían pestañeado a su paso, y llevaban casi una hora paseando, admirando las maravillas de la capital.

—¿No estás de acuerdo con lo que he dicho?

—Claro que sí, pero, aun así, era con Edwin con quien estabas hablando...

Camille se detuvo y miró a su amigo a los ojos.

—Salim, si sólo sabes burlarte de personas como Bjorn y te encoges en cuanto tienes que enfrentarte a un Edwin, bajarás varios puestos en mi estima.

El chico farfulló una respuesta ininteligible y Camille le sonrió. Había estado demasiado dura con él, pues sabía de sobra lo que su amigo había querido decir.

—He exagerado un poco —admitió—, pero me he quitado un peso de encima. Y puede que mi diatriba cambie un poco las cosas.

—Entonces, ¿no tienes intención de renunciar?

—Por supuesto que no, Vamos a despertar a esos Sujetos, aunque sólo sea porque tengo algunas preguntas que hacerle a esa tal Elea Ril' Morienvál que traicionó a mis padres.

—¿Y Edwin?

—Dejémoslo marinar un poco en su propio jugo. Esto no debe de pasarle a menudo. Y mientras esperamos, tenemos la posibilidad de estar juntos y descubrir

una ciudad de cuentos de hadas. ¿No te apetece?

—Me apetece, vieja; me apetece de verdad.



La noche había caído hacía ya rato. La ciudad, sin embargo, continuaba brillando con una luz tan clara como la del día, pues cada una de sus fachadas irradiaba un color diferente. Seguía habiendo la misma cantidad de gente en las calles y, en varias ocasiones, se cruzaron con faëls.

Finalmente se lanzaron a la conquista de la parte alta de la ciudad. Cogieron primero una escalera vertiginosa que se enrollaba en torno a una flecha de jade y luego una serie de pasarelas cristalinas que parecían frágiles como puntillas, pero que en realidad eran resistentes como el acero. Una nueva escalera los propulsó un poco más cerca de la cima. En cada nivel se encontraron con transeúntes, comercios, luces y agitación. Salim señaló una torre que se erigía más alta que las demás.

—¿No te tienta? —propuso a Camille—. Desde ahí arriba debe de verse el límite del universo.

—¡Pues no lo pensemos más!

Franquearon unos puentes como telas de araña, tan altos que Camille cerró los ojos en más de una ocasión. Una vez hubieron llegado, descubrieron una entrada y penetraron en ella. El lugar, apartado del tumulto de la ciudad, estaba casi desierto. Una escalera de caracol se elevaba en el interior de las paredes. Subieron un centenar de peldaños antes de salir al aire libre.

Habían alcanzado el punto culminante de la ciudad. Las luces que reinaban más abajo apenas llegaban hasta ellos y miríadas de estrellas se recortaban en el cielo nocturno. Se encontraban en una plataforma circular de casi veinte metros de diámetro y, por primera vez en varios días, estaban completamente solos. Se asomaron por encima del parapeto para admirar Al-Jeit.

—Si mi mapa no se equivoca —declaró Camille—, estamos en el sudeste del Imperio; Al-Poll está en esa dirección, a casi mil kilómetros.

—¿Explica tu mapa cómo llegar a nuestras camas? —ironizó Salim—. Empiezo a estar cansado y, aun a riesgo de provocar tus burlas, debo confesar que tengo hambre.

—Había olvidado que eres un estómago con patas, además de un holgazán. Está bien, volvamos. Pero, si vas a poder soportarlo, me gustaría pasear un poco más. Vale la pena aprovechar este oasis de libertad, ¿no crees?

—Como quieras...

Se disponían a bajar otra vez cuando se oyeron unos pasos subiendo por la escalera. No tuvieron que esperar mucho. Una silueta alta apareció en la plataforma. Camille sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Retrocedió bruscamente, arrastrando consigo a Salim.

—Mierda... —comenzó a decir éste.

Sonó un silbido. Una hoja de acero brilló a la luz de las estrellas.

—Mierda —renegó Salim—, un mercenario del Caos.

Camille apretó aún más el brazo de Salim y dibujó su paso al otro lado.

No ocurrió nada.

El mercenario avanzaba hacia ellos. Vestía una armadura de cuero negro y llevaba en el hombro una repugnante masa gelatinosa semejante al cruce entre un sapo y una babosa.

—Un gomador —explicó el mercenario con una voz en que la ironía disputaba con el odio—. Ese entrañable compañero con la curiosa facultad de hacer imposible el uso de las Espiras. Interesante, ¿no?

Camille y Salim habían retrocedido hasta sentir el parapeto en su espalda. Ambos echaron un vistazo hacia abajo al mismo tiempo. El mercenario soltó una risa malvada.

—Es una posibilidad —se mofó—. Yo no os prometo ser tan rápido... ¡con esto!

Azotó el aire con su espada, haciendo que los dos amigos se sobresaltaran.

—Así pues —soltó—, manos a la obra...



Pocos alavirienses han explorado realmente los reinos raïs, pero sabemos que están dirigidos por reyes dementes y sanguinarios que sólo piensan en matarse entre sí. Si los ts'liches no hubieran obligado a los guerreros puercos a organizarse, éstos habrían seguido representando tan sólo una molestia para nosotros, en lugar de un peligro mortal...

Sai Hil'Muran, señor de Al-Vor, Diario de a bordo.

Por lo tanto, estamos de acuerdo —repitió Edwin—: Maniel y Bjorn, iréis por el lado sur y recorreréis las grandes avenidas. Ellana y Chiam, os ocuparéis de los niveles superiores. Yo me encargo de cerrar las puertas de la ciudad; Artis esperará ahí, por si regresan.

El soñador asintió con la cabeza y el soldado y el caballero casi adoptaron la posición de firmes, pero el faël no pestañeó y Ellana se limitó a sonreír.

Edwin los miró, sorprendido.

—¿No estáis de acuerdo? —se extrañó.

—Dejaste bien claro que nuestro trabajo había terminado —afirmó Ellana—. Además, ésa es la razón por la que Camille te ha mandado a paseo, si no me equivoco. Asume solo tus propias decisiones: ahora ya no es problema mío.

El maestro de armas a duras penas se contuvo.

—Las cosas han cambiado —admitió—, y confieso que me he equivocado. Tenéis que ayudarme.

Le había costado pronunciar esas palabras, que, aun así, no ablandaron a Ellana.

—¿Dónde has visto tú —se burló— que cinco desgraciados como nosotros puedan registrar Al-Jeit?

—No tenemos elección. Somos los únicos capaces de reconocerles.

—Ni siquiera estás seguro de que aún sigan en la ciudad...

—Unos guardias les han visto franquear la Boca. ¿Dónde quieres que estén? Hay

que intentarlo y necesito vuestra ayuda. La pequeña es la única que puede despertar a los Sujetos y ahora está en peligro. Los ts'liches habrán detectado su paso al otro lado. ¿Quién sabe qué le enviarán esta vez?

Chiam Vit entornó los ojos.

—Así que ser eso —constató—. Yo haber entendido que la chica ser importante, pero no hasta ese punto. Despertar a los Centinelas de Gwendalavir, nada menos...

—Exacto, ella puede hacerlo, y es urgente. Los dibujantes ts'lich y las cohortes raïs están haciendo pedazos a nuestros ejércitos.

Artis Valpierre, que aún no había dicho nada desde que se había reunido con el grupo, hizo una mueca.

—¿Tan grave es?

Edwin los observó con seriedad.

—La situación es casi desesperada —anunció—. Todos nuestros hombres están en el norte y se enfrentan a grandes dificultades. De momento resisten, pero eso no durará indefinidamente. Anteayer llegó un mensaje de Saï Hil' Muran, señor de Al-Vor. Estima que nuestros ejércitos aguantarán un mes, quizá dos, pero no más. Cuando hayan cedido, los raïs devastarán el Imperio en cuestión de semanas, sin hallar la menor resistencia. Al-Jeit será arrasada y Gwendalavir y sus habitantes sólo serán un recuerdo.

El soñador palideció. Se volvió hacia Ellana.

—Sé lo que piensas de mí —articuló, sin balbucir ni ruborizarse—. Crees que soy un cobarde, un blando, menos que nada. Debes saber que prefiero ser todo eso antes que parecerme a ti, ni que sea un poco. Eres una mujer arrogante y obstinada. Para satisfacer tu ego, te arriesgas a sacrificar a millones de seres humanos. Me avergüenzo de ti.

La joven se echó a reír, pero todos notaron que el dardo había dado en el blanco.

—Está bien —soltó—. Os ayudaré a buscar la aguja en el pajar, pero con dos condiciones: tenemos que encontrar a los dos chicos, no sólo a Camille, y, cuando lo hayamos hecho, expondremos sobre la mesa, todos a la par, la continuación de la aventura.

Todos se volvieron hacia Edwin.

—De acuerdo —acabó diciendo éste—. Me comprometo a permitir que continúen quienes deseen hacerlo.

En aquel preciso instante, Camille se materializó en la estancia, justo al lado de ellos. Estaba cubierta de sangre.

Al descubrir la presencia de Artis, su mirada se iluminó.

Antes de que nadie pudiera pronunciar una palabra ni esbozar el menor gesto, se precipitó hacia el soñador y le cogió del brazo.

Una fracción de segundo más tarde, habían desaparecido.



¡Marchombre! ¡Cómo les hace soñar esa palabra! Ocultan cuidadosamente ese sueño bajo un velo de desconfianza, de temor o de censura, pero la evidencia está ahí: ¡nos envidian! Tratan de reducirnos a la categoría de ladrones o acróbatas, escriben sobre nosotros y aventuran mil explicaciones cuando la verdad se resume en una sola palabra: libertad. ¡Somos libres y eso nos sitúa fuera del alcance de su ley!

Ellundril Chariakin, cabalgadora de bruma.

El mercenario del Caos había dado un paso al frente. Los dos amigos estaban arrinconados contra el parapeto y el asesino se deleitaba visiblemente con la situación. Su espada silbó por segunda vez y Camille no pudo contener un grito. La risa del mercenario retumbó de nuevo, despectiva y mortal.

Sobre su hombro, el gomador parecía llevar un pellejo flácido y pútrido, el complemento ideal para un ser de su calaña. Salim apretó los dientes.

—Dame tu puñal —ordenó a Camille.

—No, Salim...

El mercenario bajó la punta de su hoja.

—Claro que sí —se mofó—. Excelente idea. Dale tu puñal...

Sin hacerle ningún caso, Salim posó la mirada en los ojos de su amiga.

—¡Dámelo! —la apremió.

Su voz fue calmada y tranquila. Sin embargo, estaba tenso como un arco y los músculos de sus mandíbulas temblaban de forma imperceptible.

Lentamente, Camille liberó el cuchillo que Ellana le había regalado y se lo entregó. Salim se volvió hacia el mercenario.

—¡Qué valentía! —se burló éste—. Si no fueras tan ridículo, te encontraría casi cómico.

—En mi pueblo tenemos una expresión —articuló Salim con voz inexpresiva—.

Decimos: «Estúpido como un mercenario».

Picado en lo más vivo, el asesino dio un respingo, bajando la alerta un ínfimo segundo.

Salim saltó. Era rápido y decidido, pero el mercenario era una máquina de matar superentrenada y repelió sin esfuerzo el torpe ataque del muchacho. Levantó su espada.

Salim soltó un sollozo cuando la hoja le perforó el abdomen, y Camille lanzó un grito al verla salir por su espalda, chorreante de sangre.

El chico supo desde el principio que no tenía ninguna oportunidad de vencer o de herir siquiera al mercenario. Así que no lo intentó.

El vientre le dolía de un modo atroz. Las fuerzas le abandonaban a una velocidad increíble y ya se le estaba nublando la vista. Empezaron a temblarle las piernas.

—Estúpido como un mercenario —balbució, abatiendo su puñal.

Era un golpe débil que ni siquiera habría dejado una marca en la armadura del mercenario. Pero el gomador quedó partido en dos. Salim se desplomó.

El asesino comprendió que debía actuar deprisa. Se precipitó hacia Camille, pero ésta, más rápida que él, se propulsó hacia la Imaginación.

Se esperaba verla desaparecer, pero en lugar de eso, una bola de fuego impactó contra su estómago y lo mandó al centro de la plataforma. Camille no se había movido.

El mercenario se puso en pie como pudo. Su ropa estaba en llamas. Dio un paso. Uno solo.

Un relámpago titánico surcó el cielo, iluminando la ciudad y sus alrededores. El asesino quedó reducido a cenizas.

Camille corrió hacia Salim. Éste estaba muy pálido y una gran mancha de sangre se extendía bajo su cuerpo. Aun así, al verla intentó sonreír.

—Bonito relámpago, vieja —murmuró con dificultad—. Casi tanto como tus ojos...

Fue presa de un temblor repentino y Camille lanzó un grito angustiado.

—Hace frío —susurró él—, ¿no te parece?

Camille no respondió, pues ya había desaparecido.

Salim entornó los ojos. «Lástima», pensó.

Y se adentró suavemente en las tinieblas.



Artis Valpierre acababa de arrodillarse junto al cuerpo del muchacho.

—Sálvalo, Artis, te lo suplico... No está muerto, ¿verdad, Artis? Artis...



Todos vosotros, alumnos de segundo año, sabéis dibujar una llama. Esto se debe a que la vista predomina sobre el resto de nuestros sentidos. Imaginar lo que se ve es mucho más fácil que imaginar lo que se siente, y una luz posee una realidad casi únicamente visual. Un ciego, en cambio, dibujará mucho más fácilmente un olor que una llama.

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

Edwin Til' Illan se encontraba frente a sus compañeros. Su expresión era grave y sus mandíbulas crispadas hacían sobresalir los músculos de su cuello. El silencio era absoluto.

El emperador Sil' Afian no había deseado estar presente, mientras que el maestro Duom, a pesar de su debilidad, había insistido en venir. Se sostenía apoyándose en Artis Valpierre, que lo aguantaba como podía. Bjorn se había ofrecido a traerle una silla, pero el irascible viejo lo había mandado a paseo: todo el mundo estaba en pie, así que ni en broma iba él a asistir sentado al acontecimiento.

El maestro de armas inspiró profundamente y los demás contuvieron el aliento.

—Lo lamento —articuló con voz clara y audible.

Camille sintió que se le hacía un nudo en el vientre de la emoción mientras Edwin continuaba:

—Os pido perdón a todos.

Maniel se turbó, incómodo, y Ellana posó la mano sobre su brazo. El coloso hubiera deseado encontrarse a kilómetros de allí, pero entendía que aquél era su sitio. Que se lo había ganado.

—Los humanos están en peligro —continuó Edwin—. En un peligro más grave que ninguno de aquéllos a que nos hemos enfrentado hasta el presente. El poder de nuestros ejércitos es insuficiente para oponerse a él. Pero, cuando nuestro porvenir se vuelve cada día más sombrío, Ewilan nos trae la esperanza. Una muchacha apenas

salida de la infancia, y no un guerrero invencible. Debería haber tenido este hecho en cuenta, pero razoné como un soldado desestimando la evidencia. Habéis demostrado vuestro valor desde el inicio de nuestro viaje y deseáis proseguirlo hasta que logremos despertar a los Sujetos. Estáis en vuestro derecho y me sumo con alegría a vuestro deseo.

Bjorn no pudo evitar hinchar el torso y Chiam Vit le lanzó una mirada irónica. Edwin hizo una pausa de varios segundos. Pronunciar aquel discurso le resultaba embarazoso y difícil, aunque había meditado cada una de las palabras. Cuando volvió a sentirse dueño de sí mismo, continuó, con un asomo de sonrisa en los labios:

—Aun así, no esperéis que vaya a cambiar nada en cuanto al funcionamiento del grupo. Yo conservo el mando y, aunque acepte escuchar vuestros argumentos, el que desobedezca tendrá que vérselas conmigo.

—¡Bien dicho, jefe! —gritó Salim—. Yo conozco a uno, Bjorn, creo que se llama, que necesitaría una buena zurra de vez en cuando.

Camille se echó a reír y los demás la imitaron.

Salim había estado tan cerca de la muerte que parecía un milagro que Artis lo hubiera salvado.

—Ha sido cuestión de unos cuantos segundos... —había dado a entender el soñador cuando, más tarde, le habían preguntado.

Gracias a su arte había logrado curar la horrible herida infligida por la espada del mercenario. Su sueño se había desplegado sobre el cuerpo del muchacho moribundo, suturando los órganos dañados y restituyendo la integridad de venas y arterias. La extraordinaria vitalidad de Salim había hecho el resto. Mientras que otro en su estado hubiera tardado una semana en recuperarse, a él sólo le hizo falta una noche para volver a ponerse en pie.

Todavía vacilaba un poco y a veces se palpaba el vientre con asombro, pero todos sabían que estaba recuperado. Bjorn había disimulado su angustia con una broma:

—¡Hubieras podido quedarte muerto un poco más, así habríamos tenido vacaciones!

La gracia sólo le había arrancado media sonrisa a Camille. Después de que Salim quedara fuera de peligro, había pasado por un terrible momento de desasosiego, que la herida de su amigo sólo explicaba en parte. Una y otra vez veía de nuevo el rayo que había reducido a cenizas al mercenario del Caos. Había brotado de un cielo nítido y el asesino no había tenido la menor oportunidad. Se conocía a sí misma lo bastante bien para saber que no lamentaba su gesto, ni siquiera inconscientemente, pero la fuerza que había afluido de ella la atormentaba. En comparación, su dibujo de la tormenta y su combate en París le parecían muy poca cosa. No sin cierta aprensión se preguntaba dónde estaban los límites de su don. Si es que había alguno...



—Salim está casi restablecido, pero no nos marcharemos hasta dentro de tres días — declaró Edwin.

—Yo pensaba que la cosa urgía —objetó Ellana.

—Y urge, es cierto. Pero eso no significa que debemos arrojarnos con la cabeza gacha a los brazos de los raïs. Los ts'liches ignoran que Elea Ril' Morienva le reveló a Edwin el lugar donde están retenidos los Sujetos. Sin embargo, saben dónde estamos y vigilarán por precaución los accesos a Al-Poll. Si no queremos que nuestro viaje se convierta en una trampa mortal, tendremos que ser astutos.

Edwin desenrolló un mapa sobre la mesa y lo sostuvo con unos vasos.

—El camino más lógico para llegar a Al-Poll, sobre todo cuando se tiene prisa, es la ruta del norte que une la capital con Al-Chen.

—Entonces, ¿ésa será nuestra ruta? —preguntó Bjorn.

—¿Y enfrentarnos cada día a una cohorte raï enviada por los ts'liches? ¡No, gracias! Daremos un rodeo.

Sus palabras fueron recibidas con un gran silencio.

—Regresaremos al Pollimag. Algo más al norte del Arco. Allí embarcaremos en una nave que nos conducirá al lago Chen. Será más largo, pero también más seguro.

—¿Y los ts'liches no sospecharán nada? —ironizó Ellana.

—No lo creo —respondió Edwin con gravedad—, siempre que un convoy con soldados que simulen ser nosotros parta al mismo tiempo por la ruta del norte.

La joven marchombre reflexionó un instante.

—Puede funcionar —admitió—. ¿Y después de Al-Chen?

—Es difícil preverlo de antemano. Dependerá de los combates y de la posición de los raïs.

—¿Por qué esperar tres días, entonces? —intervino Camille.

Edwin se volvió hacia el analista.

—Duom debe llevar a cabo una investigación crucial. ¿Duom?

El anciano se aclaró la garganta antes de confiarles:

—El Guardián.

—¿El Guardián? —repitió Camille.

—Cuando Elea Ril' Morienva te habló en el lindero del bosque de Barail, te dijo también que un Guardián la custodiaba.

—Yo pensé que se trataba de un ts'lich...

—Por desgracia, no. ¡Es muy probable que el Guardián en cuestión sea mucho más temible!

—¡Más temible que un ts'lich! —soltó Salim.

—Tengo serios motivos para creer que necesitamos conocer la identidad de ese Guardián —prosiguió el analista sin tener en cuenta la interrupción.

—Pero ¿por qué, diantre? —exclamó Bjorn.

—Para hacerle frente con una posibilidad razonable de éxito. Existen historias y leyendas que hablan de él. Tengo que hacerme con ellas y estudiarlas, y sólo la

biblioteca de palacio me ofrece esta oportunidad.

Salim se preguntó si el maestro Duom estaba mal de la chaveta para perder tres días leyendo cuentos de hadas, pero como nadie decía nada, por una vez prefirió callarse.

Edwin puso el punto final:

—Además, necesitamos descansar. En Al-Jeit estamos seguros y todos deberíamos aprovecharlo. Ewilan, para conocer a los maestros dibujantes de la capital; Bjorn y Maniel, para procurarse una nueva armadura; y en cuanto a ti, amigo faël, el emperador siente grandes deseos de conocerte. Nos honraría que te entrevistaras con él sobre el futuro de nuestros pueblos. Desde luego, no son más que sugerencias. ¡Cada cual de vosotros es libre, no lo olvidemos!



El arte del Dibujo no es nada comparado con una buena ensalada de setas.

Merwyn Ril' Avalon.

A lo largo de la tarde que siguió a esa reunión, cada cual se dedicó a lo suyo. Chiam Vit conoció al emperador y Ellana salió a descubrir Al-Jeit. Artis Valpierre hubiera deseado que Salim descansara un día o dos más, pero el chico se moría por acompañar a la marchombre. Por supuesto, nadie pudo retenerlo.

Bjorn se hizo cargo de Maniel para guiarlo por la ciudad en busca de un buen equipo. El emperador había puesto a su disposición la armería de palacio, pero el caballero insistió en que se las apañarían solos.

—Tengo dinero —afirmó—. Suficiente para comprar diez armaduras si quiero. Me apetece regalarle una a mi amigo y no voy a privarme de ello. No me gusta la idea de parecer un guardia imperial, dicho sea sin ofenderte, Maniel; además, así tendremos ocasión de descubrir las mejores tabernas de la ciudad.

Los dos compadres se fueron juntos ante la mirada vagamente envidiosa de Artis.

—¿No quieres acompañarles? —le propuso Edwin.

—No creo que pudiera soportar ni una décima parte de la cantidad de alcohol que van a ingerir esos dos —respondió el soñador—. Además, debo cuidar del estado de salud del maestro Duom.

—Pero si estoy perfectamente bien —aseguró el viejo analista—. Tengo que ir a estudiar a la biblioteca y no necesito tenerte encima todo el día.

Una sonrisa, cosa rara, iluminó el rostro del soñador.

—Sólo le molestaré hoy —lo tranquilizó—. Mañana, a primera hora, partiré hacia Feriana.

—¿No continúas con nosotros? —se sorprendió Camille.

Artis abrió los brazos en señal de incertidumbre.

—El maestro Carboist me ordenó acompañaros hasta Al-Jeit. Ahora debo acatar

las órdenes de la cofradía que se encuentra en la capital. La decisión de continuar la aventura con vosotros no me pertenece.

Camille suspiró. El concepto de jerarquía la exasperaba y no entendía a las personas que abandonaban voluntariamente su libertad.

Artis fue consciente de su crítica no pronunciada.

—Obedecer también es una elección —afirmó con firmeza—. Es la que tomé yo para avanzar en el camino del sueño y no la considero criticable. No seas tan apresurada juzgando.

—Tienes razón, Artis —se disculpó—. Te debemos mucho y sería una afrenta por mi parte olvidarlo. Has salvado las vidas de Ellana, de Bjorn, de Salim y, desde luego, del maestro Duom. No te critico, sólo expreso el deseo de que vengas con nosotros. Al menos, si lo deseas...

El soñador pareció espantosamente incómodo. Se ruborizó, como de costumbre, y se pasó las manos por el rostro antes de balbucir:

—Lo deseo, joven; lo deseo con todo mi corazón.

A continuación dio la vuelta y Camille intercambió una mirada de sorpresa con Edwin. El comportamiento del soñador no dejaba de desconcertarla. Que la hubiera llamado joven la desconcertaba. A pesar de lo que pretendía Salim, ella no era tan mayor como para eso...



El maestro Duom y Artis se retiraron. Camille se quedó a solas con Edwin.

—Y tú, ¿qué has pensado? —preguntó éste.

—Esta mañana ha mencionado a los maestros dibujantes de Al-Jeit. Creo que me gustaría conocerles.

—Nada más fácil. El cerrojo ts'lich les impide alejarse mucho por las Espiras, pero sus enseñanzas descansan más en la pedagogía que en el poder. Sabrán despertar tu interés y hacerte descubrir aspectos de su arte que todavía desconoces.

—¿De verdad son incapaces de acabar con ese cerrojo?

—Son buenos dibujantes y excelentes profesores —explicó el maestro de armas—, pero sólo los Centinelas tienen el poder suficiente para destruir el cerrojo.

Camille lo observó. El maestro de armas estaba relajado y, poco habitual en él, se le veía de buen humor para hablar. Así que decidió lanzarse de cabeza.

—Edwin, usted conoció a mis padres. ¿Querría hablarme de ellos?

Él vaciló un instante; luego sonrió y se sentó en un sillón. Camille se instaló enfrente y se concentró para no perderse ni una palabra.

—Conocí a tu padre —empezó Edwin— cuando él tenía diecisiete años y yo veinte. Era uno de los dibujantes mejor dotados del Imperio, y el más precoz. Yo acababa de llegar del norte y, si bien en la Ciudadela era un señor, en Al-Jeit no era

más que un joven algo desorientado. Nos conocimos en palacio y enseguida trabamos amistad. Él era entusiasta y sociable, y yo, reservado y tímido, así que nos complementábamos a la perfección. Su tarea era desvelar a Sil' Afian, el futuro emperador, los misterios del dibujo; mi deber era enseñarle el manejo de las armas. Rápidamente formamos un trío de inseparables amigos, aunque el rango de Sil' Afian le impedía compartirlo todo con nosotros. Vivimos tres años magníficos. La vida nos sonreía, éramos jóvenes y libres y teníamos la suerte de saber lo que era una amistad perfecta. Entonces apareció tu madre... Era una joven dibujante de apenas dieciocho años, tal vez incluso más dotada que tu padre. Era maravillosamente bella, inteligente y astuta, y los tres nos enamoramos de ella perdidamente. Pero eligió a Altan, tu padre... Y aunque eso no acabó con nuestra amistad, nuestra vida despreocupada tocó a su fin. Sil' Afian fue el primero en alejarse: subió al trono y se dedicó por entero a sus funciones. Yo me marché a la frontera del norte, a combatir los ataques de los raïs. No me disgustó alejarme: sabía que necesitaría tiempo para aceptar con serenidad la unión de tus padres...

Guardó silencio un instante, perdido en sus recuerdos.

—No volvería a verles hasta al cabo de muchos años —continuó—. Tu hermano Akiro nació sin que yo lo supiera; yo era general de los ejércitos imperiales y la guerra no me daba ni un respiro. De todas formas, me enteré de que ambos se habían unido a la orden de los Centinelas. No me sorprendió. El Imperio no había conocido a unos dibujantes tan brillantes desde Merwyn. Los enfrentamientos con los raïs terminaron calmándose y pude regresar a Al-Jeit. Eso sucedió hace catorce años, nada más nacer tú. Estaba contento de volver a ver a tus padres. Me di cuenta de hasta qué punto los había echado de menos y me alegró descubrir la perfecta felicidad que irradiaba tu familia. Fui testigo de cómo Elicia te contaba historias cuando aún no tenías seis meses. Tú balbucías mientras intentabas cogerte los pies y tu madre no había perdido ni un ápice de su belleza. Pasé con vosotros algunos de los días más hermosos de mi vida. Akiro era un chiquillo de cinco o seis años, creo, lleno de vida, espabilado e inteligente. Sin embargo, era a ti a quien yo miraba. Eras el bebé que hubiera podido tener con Elicia y, aunque ya no estaba enamorado de ella, tu sonrisa me llenaba de dulce melancolía... Los problemas se reanudaron en el norte y los piratas alinos emprendieron sus incursiones en el sur. Así que me marché otra vez a luchar. Nunca volví a ver a tus padres.

Edwin guardó silencio, con la mirada perdida en el vacío.

Camille se levantó sin hacer ruido, se aproximó a él y depositó un beso en su mejilla. El maestro de armas se pasó la mano por el cabello y sonrió.

—Ya conoces toda la historia —concluyó—. Y para colmo, la ironía de ir al encuentro de Elea Ril' Morienva para liberarla, cuando fue ella sin duda quien provocó la muerte de tus padres.

Camille se acercó un poco más a él.

—Voy a revelarte un secreto —murmuró—. Algo que no le he contado a nadie...

Edwin la miró con sorpresa y ella se alejó un paso. Se quedó un instante delante de él y luego llamó con voz suave y algo vacilante:

—Mamá...

El susurrador apareció de inmediato en su lugar favorito, encaramado en su hombro. Edwin no había tenido tiempo de sorprenderse cuando sonó el mensaje, no en la mente de Camille sino en toda la habitación.

—*Cuida de Ewilan, Edwin; la pongo en tus manos. Pase lo que pase, recuerda que ella es lo más importante de este mundo para mí. Sé que puedo confiar en ti, mi viejo amigo. Me alegro de que te tenga cerca. Pensaré en ti...*

Las últimas palabras se apagaron y volvió a reinar un silencio absoluto.

Una lágrima brilló en el rabillo del ojo de Edwin, que se la secó maquinalmente. Apretó a Camille contra su pecho y murmuró:

—¡Te lo prometo, Elicia! ¡Te lo prometo!



Silbador: ungulado de algo más de un metro de alzado, con la cabeza adornada por una cresta ósea que le sirve para escarbar el suelo, defenderse y emitir un característico silbido que transmite distintas informaciones básicas en función de sus modulaciones. El silbador de criadero proporciona la mayor parte de la carne consumida en Gwendalavir.

Enciclopedia del Saber y del Poder.

Los tres días de descanso transcurrieron rápidamente.

Salim los pasó por las calles de Al-Jeit con Ellana y Chiam. Cada vez le gustaban más el faël y su sentido de la ironía, y seguía adorando a la marchombre.

La joven retomó de forma intensiva el entrenamiento del muchacho. Edwin les había proporcionado una sala de armas y Salim salía de sus sesiones molido pero radiante.

Las veladas que Bjorn y Maniel pasaron juntos les permitieron establecer las bases de una sólida amistad. Habían encargado dos armaduras casi idénticas a un célebre artesano de Al-Jeit, con la salvedad de que Maniel había pedido que grabaran en su peto la rama dorada de la casa de los Hil' Muran. Sus precios eran muy elevados, pero el caballero le aseguró a su amigo que eso carecía de importancia. El forjador necesitó dos días de plazo, que ellos emplearon en pasearse y salir de parranda.

El maestro Duom se encerró en la biblioteca y ya sólo se le vislumbró alguna que otra vez.

Artis, según lo previsto, había partido hacia Feriana y no daba señales de vida.

En cuanto a Edwin, pasó casi todo su tiempo con el emperador, pero se las arregló para no perder nunca de vista a Camille.

Ésta había descubierto a los maestros dibujantes y, desde el primer día,

comprendió que tal vez no fueran los modelos que ella esperaba.

—Puedes dibujar mientras permanezcas dentro de palacio —la había tranquilizado el maestro Duom, insistiendo en la segunda parte de su frase.

Había señalado con el dedo a los soldados de oscura armadura apostados en los pasillos y en puntos estratégicos.

—Los hombres de la Legión Negra serían capaces de exterminar a cualquier asesino si los ts'liches fueran lo bastante tontos como para enviar a alguno. Es su principal tarea desde hace varios meses y han demostrado su eficacia. ¡Aprovéchalo para dibujar! Cuando nos vayamos, tendrás que abstenerte de nuevo.

El primer ejercicio propuesto por los maestros fue la creación de una llama. Camille se acordó de una frase de Edwin: «Encender una hoguera con ayuda de una gráfica es algo que muchos saben hacer aquí».

Soltando un suspiro de resignación, obedeció. Su dibujo, aunque muy simple, impresionó hondamente a los maestros, que se miraron sorprendidos. Lo siguiente apenas era algo más complejo. Una hora más tarde, Camille se aburría a morir.

«¡Tengo la sensación de volver a estar en el colegio!», pensó.

Aun así, se obligó a seguir sin rechistar, y obtuvo una recompensa. Sus profesores interrumpieron el programa del día y uno de ellos, el maestro Elis, se dirigió a ella:

—Ruego nos disculpes, jovencita, si nuestros ejercicios te han parecido simplistas. Queríamos asegurarnos de que estabas tan dotada como nos han contado. Si estás de acuerdo, ahora pasaremos al trabajo que solemos reservar para alumnos de mucha más edad que la tuya.

Camille respiró. Por fin iba a divertirse.

No se sintió decepcionada.

Los maestros dibujantes la invitaron a enfrentarse a ingeniosos desafíos en que su rapidez y su imaginación contaban tanto como su poder. Tuvo que crear agua, fuego y toda clase de sustancias para responder a las exigencias cada vez mayores de los profesores. Hizo malabarismos con los colores, las formas y las texturas y para cada trampa halló una respuesta. Una vez terminada la clase, recibió calurosas felicitaciones.

—Hasta mañana —se despidió el maestro Elis—. Hemos trabajado la Creatividad y has estado sobresaliente. El cerrojo de las Espiras nos impide explorar el eje del Poder, así que en nuestra próxima sesión nos centraremos en la Voluntad. Estoy ansioso por ponerte entre las cuerdas y conocer tus límites.

Camille no quería parecer pretenciosa, así que no respondió a esta última frase.

Pero ella se sabía muy lejos de acercarse a sus límites.



La sesión del día siguiente consistió en un enfrentamiento de voluntades.

Una bola blanca de cristal de un metro de diámetro descansaba encima de una mesa. El maestro Elis se la señaló a Camille mientras le explicaba el ejercicio.

—Es muy sencillo. Yo colorearé esta esfera de rojo y tú tratarás de volverla azul. ¿Estás lista?

Camille asintió con la cabeza y el dibujo del profesor se materializó de inmediato. La bola se volvió escarlata.

Ella se sumergió a su vez en la Imaginación. No tuvo ninguna dificultad para intervenir en la creación del maestro Elis, y la gran esfera, abandonando el rojo, se tiñó de un bonito tono turquesa.

El profesor intentó recuperar el control del dibujo. Camille observó con interés sus esfuerzos por quebrar su color azul sin que ella notara la menor tensión. La frente del docente se perló de sudor y, estupefacto, se volvió hacia sus colegas. Éstos intercambiaron una mirada y Camille sintió cómo también ellos se lanzaban a las Espiras. El aire alrededor de la bola pareció crepitar con un vago resplandor bermejo, pero el objeto mantuvo su perfecto tono azul. Los cinco profesores redoblaron sus esfuerzos. Pero fue en vano...

Al cabo de varios minutos de jugar a ese juego estéril, Camille tuvo bastante. Se daba cuenta de que los maestros dibujantes jamás admitirían su derrota, igual que sabía que no tenían ninguna posibilidad de ganar. Aunque no hubiera estado tan segura de su propia superioridad, les hubiera dejado ganar por simple cortesía. Pero el hecho de que hubieran unido sus poderes cuando, en principio, se trataba de un desafío del maestro Elis, lo consideraba poco honesto. Así que modificó ligeramente su dibujo.

La esfera comenzó a parpadear: turquesa, azul marino, turquesa, azul marino... Y una inscripción en letras doradas en su superficie: «¡Hacer trampas no es jugar!».

Este guiño de humor puso fin a las clases de Camille. Los maestros dibujantes cedieron con una expresión de evidente bochorno y se retiraron sin decir palabra.



—Sólo era una broma —trató de explicarle Camille al maestro Duom un poco más tarde.

El analista no pudo evitar sonreír.

—No niego que haya podido quedar bonito. ¡Pero no te has mostrado demasiado diplomática!

—¡Le aseguro que son malos!

—Son menos buenos que tú —corrigió el maestro Duom—, aunque eso ya lo sospechábamos. Pero no por ello dejan de ser excelentes profesores cuando tratan con alumnos normales. Puede que seas la mejor dibujante que se haya visto desde Merwyn, pero no te aproveches de ello para avasallar a unos pobres pedagogos.

Camille alzó la mirada al cielo.

—¡Se suponía que iba a aprender!

El viejo analista le lanzó una mirada enigmática.

—Y quién sabe si no lo has hecho, Ewilan. Quién sabe.

Camille se reunió con Salim, Ellana y Chiam y juntos visitaron Al-Jeit, disfrutando de las maravillas de la ciudad. A ellos se sumaron Bjorn y Maniel, a quienes ya habían entregado sus armaduras, y luego Artis Valpierre, que les anunció su participación en la continuación del viaje.

Cuando Edwin les advirtió que no tardarían en partir, a todos los recorrió un mismo escalofrío de exaltación. Los vínculos que los unían se habían hecho aún más fuertes, incluyendo a Chiam Vit, quien, por primera vez en su vida, empezaba a apreciar el contacto con los humanos hasta el punto de que ni se le ocurría dejarles. Camille, más allá de su misión, aguardaba con impaciencia el momento de encontrarse con Elea Ril' Morienva.

Pensaba obligar a la Centinela a que le revelara dónde estaban sus padres, y entonces ¡nada le impediría salvarles!



AL-POLL





Yo he estudiado el otro mundo. Lleva siglos desgarrado por las guerras. Los hombres se matan entre sí, destruyendo en un solo día lo que tardaron años en construir... Ojalá pudiera afirmar que eso no existe en Gwendalavir, pero por desgracia no puedo. Aquí también hay guerras. ¿Acaso los hombres son básicamente alérgicos a la paz?

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo*.

Sil' Afian quiso reunirse con todos antes de su partida.

—No hemos tenido tiempo de conocernos, y lo lamento —les confesó—. Vais a desempeñar un papel fundamental en el porvenir del Imperio y, triunféis o no, os debo mi gratitud. Formáis un grupo atípico unido por unos vínculos que sé que son fuertes. Admito, sin embargo, que insistí para que vuestro efectivo se reforzara con hombres de la Legión Negra y dibujantes. Pero mi viejo amigo Edwin se opuso. Como de costumbre, prevalecieron sus argumentos, aunque yo sea el emperador. Hasta ahora habéis demostrado vuestra eficacia; mi confianza y mi esperanza os acompañan. La tropa que interpretará vuestro papel para engañar a los ts'liches ha partido esta mañana por el camino del norte. Vuestros caballos os esperan. Buena suerte.

Uno tras otro, los miembros del grupo saludaron al emperador y fueron saliendo.

Cuando le tocó el turno a Camille, el emperador la abrazó calurosamente.

—Gracias, Ewilan —le susurró—; tus padres estarían orgullosos de ti.

Ella no respondió. Estaba segura de que Edwin no había contado nada sobre la intervención de Elicia y el susurrador, que desde la noche anterior había regresado al bolsillo de su camisa y ya no se manifestó más. Sonrió con amabilidad. Sil' Afian, por muy emperador que fuera, había estado enamorado de su madre. Un amor de un solo sentido que atenuaba el aspecto impresionante de su cargo.



Mientras les fue posible, Camille y Salim se dieron la vuelta para devorar Al-Jeit con los ojos. La capital se había grabado de forma imborrable en su memoria, pero ello no les impedía dejar de contemplarla una y otra vez.

—¡Mira por dónde vas, hombre! —refunfuñó el maestro Duom.

El analista, completamente restablecido, llevaba consigo una docena de gruesos libros que consultaba con la eficacia que otorga una larga costumbre. Eran pesados tomos encuadernados en cuero, de páginas amarillentas y repletos de una escritura cuneiforme incomprensible. Obras que no hubieran desentonado en la biblioteca de un mago o de un taumaturgo. El maestro Duom, después de un bache pronunciado, acababa de cerrar el que estaba leyendo y fulminó a Salim con la mirada.

—Ningún problema, abuelo —replicó el muchacho, que conducía el carruaje con aires de conductor experimentado—. ¡Eso está hecho!

El maestro Duom alzó la vista al cielo.

—Y pensar que voy a realizar este periplo al lado de un gamberro impertinente —gimió—. ¡No voy a poder soportarlo!

La mirada afectuosa que depositó en Salim contradecía sus palabras y el muchacho se sintió reconfortado. Camille, que se había inclinado para oír la conversación, fue llamada al orden por su montura.

—Vale, *Acuarela* —se disculpó—, ya me pongo erguida.

Regalo del emperador, la pequeña yegua torda era una adulta joven que acababa de terminar su adiestramiento. La chica la había conocido en el momento de partir y el animal la había conquistado desde la primera mirada. Parecía diseñada para la velocidad, no para el combate, pues poseía las mismas articulaciones delgadas que *Murmullo*. Tenía unos grandes ojos inteligentes y, cuando Camille le puso la mano en la cabeza, el contacto se estableció de inmediato entre ambas. Su silla de cuero gris bordado en blanco armonizaba con el color de su pelaje. Bjorn resumió la opinión general afirmando que se trataba de una montura magnífica.

Salim podría haberse mostrado celoso, pero la alegría de su amiga impedía cualquier sentimiento mezquino. Además, el emperador también había pensado en él: con gran orgullo exhibía el cinturón del que colgaban dos magníficos puñales, y en su saco llevaba guardada una cuerda con reflejos plateados cuidadosamente enroscada.

—¡Un hilo de Hulm! —se había entusiasmado Ellana—. No te han tomado el pelo: no debe de haber más de cinco en todo el mundo.

La joven marchombre le había explicado que se creía que esa cuerda era obra de Merwyn en persona. Se mencionaba en numerosas historias y estaba dotada de múltiples poderes. Uno de los más interesantes, además de su práctica indestructibilidad, era la capacidad de adoptar la longitud deseada por su propietario. Salim se había prometido probarla en cuanto le fuera posible.



Hulm es una jungla impenetrable, habitada por monstruos salvajes y seres misteriosos. Un sitio ideal para hacer un pícnic.

Merwyn Ril' Avalon.

Sólo les llevó tres días alcanzar la orilla del Pollimag.

Los caballos estaban descansados y la montura suplementaria que se habían llevado permitía a los dos más pesados del grupo, Bjorn y Maniel, cambiarse con regularidad.

Artis Valpierre cabalgaba a lomos de *Gris* junto a Chiam Vit, que se había quedado con el robusto caballo pardo de Hans.

Para gran decepción de Camille no regresaron al Arco, pues finalmente Edwin había decidido embarcar más al norte. Alcanzaron el puerto fluvial de Morilan al caer la tarde. Había varias naves macizas con ruedas hidráulicas amarradas a lo largo del muelle, junto a hermosos veleros que Camille ya había visto al llegar a Cazan.

—¿Qué hace funcionar las ruedas? —se sorprendió—. No he visto ninguna máquina desde que hemos llegado.

El maestro Duom la miró sonriente.

—¿No lo adivinas?

Camille reflexionó unos segundos.

—¿Dibujantes? —propuso.

—¡Premio! Uno por barco. El dibujante dibuja el movimiento de las ruedas y así permite remontar la corriente. Evidentemente, en el otro sentido es un poco más fácil.

—Debe de ser agotador.

—Creo que sí. Los navegantes forman un gremio muy cerrado. Son hombres que tienen poco Poder y poca Creatividad, pero en cambio poseen una Voluntad muy desarrollada. Se han especializado y logran mantener un dibujo en la realidad más allá de lo que tú serías capaz de hacer, aunque las malas lenguas aseguran que no son

capaces de encender una llama por sí solos. Gracias a su gremio, ejercen un buen oficio que les permite vivir mejor que a muchos otros dibujantes.



Se habían acercado a un buque blanco amarrado con sólidas jarcias. Largas vergas lo mantenían alejado del borde, protegiendo una inmensa rueda de metal y madera perfectamente ensamblados. Un hombre, vestido con sari amarillo sobre el que llevaba impresa una rueda azul, bajó por la pasarela y avanzó hacia ellos. Los observó un instante y luego dirigió la palabra al maestro Duom.

—Usted debe de ser Yak Maldo. Yo soy Ilian Polim, maestro navegante de la *Perla de Chen*.

El viejo analista estrechó la mano que le tendía su interlocutor. Para mayor seguridad, se había acordado que viajarían bajo identidades falsas: la tripulación había sido retenida a la espera de un supuesto experto en construcción acuática que sólo se desplazaba con séquito, guardias y sirvientes.

—¿Cuándo cree que podremos partir? —quiso saber Duom Nil' Erg.

—En cuanto hayamos cargado su carruaje —afirmó Ilian Polim.

Emitió un largo silbido y unos hombres, en el barco, retiraron una parte de la borda. Tendieron un sólido puente de madera hasta tocar con él el suelo del muelle y, con un poco de maña, Salim lo cruzó con el carruaje.

Una vez a bordo del buque, tomó una rampa que descendía hacia las bodegas. Bjorn y Maniel le ayudaron a atar la carreta mientras los demás trababan a los caballos.

Cuando volvieron a subir, el buque ya había dejado el muelle. Sus dos enormes ruedas con álabes se habían puesto en movimiento, arrastrando majestuosamente el barco rumbo al norte, a contracorriente. Camille intentó discernir el dibujo del navegante, pero no lo consiguió.

—Demasiado técnico —le informó el maestro Duom—. Yo nunca he acabado de entender cómo se las arreglan estos hombres. Tal vez sea algo tan distinto de nuestro arte, como los sueños de Artis. En cualquier caso, el cerrojo ts'lich no interfiere en la labor de los navegantes...

Ellos eran los únicos pasajeros y la tripulación sólo consistía en una decena de hombres que se encargaban del mantenimiento, de la cocina y de eventuales reparaciones. Así que tenían todo el espacio que querían.

Camille y Salim se dispusieron a visitar el buque de cabo a rabo.

Las inmensas bodegas estaban vacías, salvo por el carruaje y los caballos. Los camarotes de los marineros estaban desiertos. El pañol llamó un momento su atención. El cocinero, un hombre jovial y parlanchín, les ofreció un buen trozo del pastel que había preparado para la cena de esa noche. A continuación se reunieron

con sus compañeros, que estaban tomando posesión de sus cabinas.

—¿Te instalas aquí conmigo, hermanita? —preguntó Ellana.

—¿No te importa que seamos tres? —inquirió Camille, sacándose el susurrador del bolsillo.

—Si no ronca ni me mordisquea las orejas, no veo ningún inconveniente.

El avance en barco no era tan rápido como por tierra, pero Ilian Polim impulsaba las grandes ruedas casi dieciocho horas al día. Al final, la diferencia respecto a la distancia recorrida no era estimable.

—¡Nunca duerme! —se sorprendió Salim.

—A lo mejor trabajar mientras dormir —propuso Chiam Vit—. ¡Con los humanos poderse esperar cualquier cosa!

Al maestro navegante rara vez se le veía: según había explicado en el momento de embarcar, necesitaba calma y soledad para dibujar.

Edwin retomó el entrenamiento de Bjorn y Maniel mientras Ellana y Chiam se ocupaban de Salim. Artis Valpierre y el maestro Duom pasaban mucho tiempo conversando y Camille se encontraba sola durante horas, pensativa y con los codos apoyados en la borda.

Trataba de imaginarse al misterioso Guardián al que tendrían que enfrentarse. El maestro Duom, con el pretexto de que sus investigaciones no habían terminado, se negaba a hablar de ello, pero Camille se preguntaba si no estaría intentando evitarlas.

Absorta en sus pensamientos, a punto estuvo de no ver la enorme masa de un gris brillante que se desplazaba por debajo del agua a varios metros del barco. Volvió la mirada antes de que desapareciera y lanzó un grito. Un marino que no se encontraba lejos le gritó:

—¿La has visto? Era una dama.

—¿Una dama? Pero si era enorme, ¡yo más bien diría que era una ballena!

—¡Muy perspicaz! —se burló el marinero—. Claro que era una ballena gris, pero nosotros las llamamos damas.

—¡Es imposible! ¡No hay ballenas en los ríos!

—¡Estos chicos de ciudad son todos iguales! —exclamó el hombre—. Os creéis que lo sabéis todo porque vais a la escuela, y en cambio no tenéis ni idea. Las damas van a donde les da la gana. Que el agua sea dulce o salada no tiene ninguna importancia para ellas: se trata de diosas. La que tú has visto es muy joven. Una dama adulta es dos o tres veces mayor que este barco, tal vez más. ¿Por qué no iba a remontar el Pollimag si le apetece hacerlo?

Camille, atónita, no supo qué responder y el marinero se alejó sacudiendo la cabeza.

La muchacha pasó los días siguientes acechando toda la extensión del río con la esperanza de vislumbrar la masa ovalada de un cetáceo. La visión de la dama había provocado en ella un sentimiento extraño, mezcla de maravilla y frustración. Deseaba un nuevo encuentro con toda su alma y le parecía imposible que no fuera a tener

lugar. Aun así, la superficie del Pollimag permaneció desesperadamente vacía.



Las cuchillas de una marchombre son como ella: silenciosas, invisibles y mortalmente eficaces. Injertadas en su cuerpo, preparadas para brotar entre sus dedos como una prolongación de su Voluntad, reflejan el espíritu propio del gremio. El alma de los marchombres.

Ellundril Chariakin, cabalgadora de bruma.

Una mañana, a Camille le despertó un balanceo poco habitual. Se levantó deprisa y se reunió con sus compañeros. Durante la noche habían llegado al lago Chen, del que ya llevaban recorrido un buen tramo. El buque estaba rodeado por una inmensidad azul que el viento esculpía con olas pulidas; el aire estaba cargado de humedad y la madera clara del puente superior se había llenado de salpicaduras.

Cuando Salim se llevó a Camille a la plataforma que se alzaba en lo alto del mástil del vigía, no distinguieron tierra en el horizonte.

—¿Por qué llaman a esto lago? —se sorprendió el muchacho—. Me extrañaría que alguien hubiera conseguido cruzarlo a nado.

—Es el hecho de que esté tierra adentro y de que carezca de sal lo que le da su nombre —se burló Camille—, no las proezas de los nadadores.

—Tal vez —respondió Salim sin desmoralizarse—, pero sigue siendo una estupidez. Si yo echo sal en el agua de mi bañera, no por eso será un océano; ¿por qué desalar un océano tiene que convertirlo en un lago?

—¡Salim, eres un zoquete!

—¿De veras?

—No, claro que no. Además, en este lago hay tales olas y animales que no puedo si no darte la razón.

Salim no estaba acostumbrado a tener la última palabra con Camille. Se estaba preparando para sacar punta a su ventaja cuando Bjorn se reunió con ellos en el

punto y extendió el brazo hacia el nordeste.

—Ahí está Al-Chen —les indicó—. Yo pasé allí mi juventud. La granja de mis abuelos se encuentra a sólo unos diez kilómetros de la costa. Es uno de los rincones más hermosos que conozco.

—¿Crees que nos detendremos? —le preguntó Camille.

—Me extrañaría; al parecer el buque va directo al norte. Edwin me ha pedido que os viniera a buscar; seguro que va a explicarnos lo que ha planeado.

Siguieron al caballero hasta la cabina donde se reunían y comían. El altercado que había enfrentado al maestro de armas con Camille había modificado el comportamiento de aquél, que ahora solicitaba de buena gana la opinión de sus compañeros, sobre todo la de Ellana, y exponía buena parte de sus decisiones.

—Debemos tomar una elección de la que dependerá la continuación de nuestro viaje —empezó una vez que estaban todos—. Atravesaremos el lago y luego remontaremos el Pollimag durante cinco días. Después encontraremos rápidos y el río ya no será navegable, así que tendremos que atracar.

—¿En qué orilla? —preguntó Ellana.

—De eso quería hablaros. No podremos cruzar el Pollimag antes de los contrafuertes de la cordillera del Poll: no existe ningún vado y los raïs destruyeron los dos puentes que lo franqueaban. Así pues, es una decisión importante.

—Hay que atracar del lado donde se encuentra Al-Poll, eso me parece evidente —interrumpió Camille.

—No es tan sencillo. Nuestro destino se encuentra en las montañas, allí donde el Pollimag aún es un riachuelo. De la orilla que elijamos dependerán las dificultades con que nos encontremos, no la posibilidad de alcanzar Al-Poll.

—Y eso ¿qué quiere decir? —quiso saber Bjorn.

—Hacia el oeste tenemos la meseta de Astariul, una región deshabitada que se cuenta entre las más salvajes del Imperio, repleta de bestias feroces y de monstruos hambrientos.

—¿Y hacia el este? —interrogó Salim.

—Un camino bastante practicable que atraviesa una zona poco accidentada y llega hasta la Ciudadela Fronteriza, que se encuentra a cuatro o cinco días de marcha de Al-Poll.

—¡No considero una elección muy difícil!

Edwin continuó, como si no hubiera oído nada:

—Los combates contra los raïs se desarrollan en esta área. Antes de ponernos a salvo en la Ciudadela, tendremos que franquear las filas de al menos cincuenta mil guerreros puercos.

—Eso ser mucho —admitió Chiam Vit—, hasta para un faël.

Ellana alzó la mirada al cielo.

—La modestia no es lo tuyo —se mofó.

—Yo sólo tener conciencia de mi valor —sonrió Chiam—, nada más. Y tú

tampoco ser un modelo de humildad...

—Uno a cero para los faëls —juzgó el maestro Duom en medio de la hilaridad general.

Cuando se sofocaron las risas, Edwin retomó la palabra.

—¡Al oeste! —decidió—. Pasaremos por el oeste, aunque hubiera dado cualquier cosa por llegar hasta la Ciudadela.

—¿Por qué? —se sorprendió Bjorn.

—Porque con diez fronterizos que nos respaldaran, alcanzar Al-Poll sería como ir de excursión, o casi.

—Pero...

—¡Pero los raïs están entre la Ciudadela y nosotros! Así que nos enfrentaremos a la meseta de Astariul.

La decisión estaba tomada y, puesto que todos tenían absoluta confianza en Edwin, nadie la contradujo.

—¿Tan temibles son los fronterizos? —preguntó entonces Salim.

—Los guerreros puercos se cuentan por millares. Son peligrosos, malvados y demasiado estúpidos para conocer el miedo. Sólo saben matar y morir. Sin embargo, nunca han intentado tomar la Ciudadela. Han avanzando evitándola, a la espera de que el Imperio caiga para atacarla en pleno.

—¿Qué impide a los dibujantes ts'liches arrasar la Ciudadela? —insistió el muchacho.

Edwin sonrió y se puso en pie. Posó la mano sobre el hombro de Salim.

—Merwyn era un fronterizo, chaval; eso lo explica todo.

Aquello no era una explicación para Salim, quien, no obstante, no se atrevió a seguir mostrando más curiosidad.

Edwin concluyó:

—Necesitaremos tres días para atravesar el lago Chen. Dentro de poco más de una semana, desembarcaremos. Entonces habrá terminado la parte tranquila del viaje.



Una noche, poco antes de que volvieran a ver el Pollimag, Camille fue arrancada del sueño por la agitación del susurrador. Abrió los ojos en la oscuridad. Las grandes ruedas con alabes habían dejado de girar. La *Perla de Chen* estaba inmóvil. El maestro navegador disfrutaba de sus pocas horas de descanso diario y Camille no se preocupó. En cambio, el comportamiento del bichejo la sorprendió: corría de un lado a otro sobre su manta mientras lloriqueaba y agitaba la cabeza.

—¿Qué te pasa? —murmuró Camille, extendiendo la mano.

El susurrador saltó al suelo y se dirigió hacia la puerta de la cabina. No era habitual que utilizara sus patas para desplazarse y eso excitó la curiosidad de Camille,

que puso los pies en el suelo con un escalofrío. Desde hacía dos días, estaba haciendo frío. Edwin les había avisado de que el clima en el norte sería mucho más severo que en Al-Jeit, así que se envolvió en su poncho.

—Está bien —susurró para no despertar a Ellana—, ya voy.

Cuando abrió la puerta, el susurrador salió disparado hacia el pasillo. Pero por muy deprisa que corriera, era tan pequeño que a Camille no le costó nada seguirle.

—Espera —le propuso—: te llevaré.

Como si lo hubiera comprendido, el bicho se detuvo y Camille lo tomó en su mano.

—¿Quieres que subamos al puente? —sugirió.

Interpretó la sacudida del susurrador como una respuesta positiva, así que salió al aire libre. Miríadas de estrellas y una luna casi llena alumbraban el barco con un pálido resplandor fantasmagórico. El aire era fresco. Camille se estremeció una vez más.

Un leve chapoteo llamó su atención y se acercó a la borda. La superficie del lago brillaba como la plata, con miles de olas pequeñas que devolvían al cielo nocturno la luz de los astros. Camille abrió los ojos de par en par.

Allí estaba la Dama, a unos metros del buque.

Su lomo reluciente era del color del oleaje y su tamaño hacía que todos los seres vivos parecieran insignificantes. Era diez veces mayor que la que Camille había divisado, y tan inmutable como una montaña. No se movía y su cabeza, medio hundida en el agua, superaba en altura el puente del barco.

Un ojo más alto que un hombre se abrió y Camille vio que era semejante al océano: profundo, sabio e inabarcable. Un iris inmenso y cobrizo se posó en ella. Camille se sumergió en él con toda su alma.

La Dama y la adolescente estuvieron mirándose un buen rato.

Un fluido elemental circuló entre ambas, deteniéndose en sentidos desaparecidos desde hacía milenios y portador de una comprensión muda y perfecta; luego, al cabo de una eternidad, la ballena se sumergió lentamente.

Justo antes de desaparecer en las profundidades, se volteó con una gracia sobrenatural. Su aleta caudal, chorreante, se irguió en silencio hacia el cielo y azotó el aire como para sellar definitivamente un acuerdo que Camille ignoraba, pero que quedó grabado en lo más hondo de su alma.

Después, sin causar el menor remolino, la Dama desapareció.



Vi con mis propios ojos cómo tres brutos borrachos atacaban a una faël. Cuando llegaron corriendo, ella estaba sentada, con el arco descansando a su lado y el carcaj en la espalda. Se encontraban a cuatro metros de distancia cuando ella les vio. Cada uno recibió una flecha en el entrecejo.

Saï Hil'Muran, señor de Al-Vor, Diario de a bordo.

El tramo del Pollimag en el que se adentraron después de atravesar el lago Chen no era tan ancho como su parte meridional, pero el río compensaba su menor tamaño con la violencia acrecentada de sus aguas. El esfuerzo que requería el avance del barco pronto se volvió muy laborioso y el maestro navegante se tomó pausas más frecuentes, que a nadie se le ocurrió reprocharle.

Camille había dejado de acechar las profundidades. Su encuentro con la Dama la había serenado sin que supiera muy bien por qué y se dedicó a observar las orillas, advirtiendo con curiosidad las transformaciones del paisaje.

El territorio era más salvaje y en ocasiones pasaban horas sin que se percibiera el menor signo de actividad humana. El número de veleros disminuyó y sólo se cruzaron con un buque de rueda hidráulica.

Hacía cinco días que habían abandonado el lago cuando la *Perla de Chen* dejó el centro del río para aproximarse a la orilla oeste. Allí se alzaba una ciudad pequeña, Arfagh, constreñida alrededor de su puerto.



—¡Ánimo!

Fueron las últimas palabras que pronunció Ilian Polim antes de que volviera a su

buque.

Después de averiguar que su destino no era Al-Chen, el maestro navegador ya no pareció seguir creyéndose la profesión que se suponía que ejercía Duom Nil' Erg, ni los papeles que unos y otros habían adoptado. No obstante, no por ello había variado su distante cortesía y, tras diez días en su compañía, Camille fue consciente de que sin duda el marinero sabía más cosas sobre ellos de lo que creían.

Una vez desembarcado el carruaje se apresuraron en ponerse la ropa de abrigo que habían traído. Camille se envolvió en una larga capa de lana, con una gruesa capucha bordada con piel con la que se cubrió el pelo. Un viento punzante soplaba en las colinas que rodeaban el río y se metía por las callejuelas del puerto donde estaba amarrada la *Perla de Chen*.

A los caballos, por su parte, parecía no afectarles el frío. Tras días de inmovilidad forzada, piafaban de impaciencia por volver a ponerse en camino. Camille acarició el cuello de *Acuarela*.

—Ya vamos, preciosa —le murmuró al oído.

Salim, como el conductor experto que quería parecer, comprobó con atención el carruaje y las herraduras de *Coqueta* y de *Nubarrón*.

—¡Todo bien! —le comunicó a Chiam, que contuvo una sonrisa.

Edwin y Maniel regresaron con las provisiones que acababan de comprar en Arfagh y las cargaron en la carreta.

—¿Se han acordado de la manteca? —se inquietó Artis Valpierre.

—Sí —lo tranquilizó Edwin, al tiempo que le mostraba un gran recipiente de barro—. No moriremos llenos de grietas.

El soñador sonrió. Poco a poco se había ido integrando al grupo y, aunque aún evitaba frecuentar a Ellana, ya se comportaba como un compañero abierto y amable.

Les llevó sólo unos minutos alejarse del barullo, tras lo cual se encontraron en medio de colinas cubiertas de escasa vegetación.

La única vía partía hacia el oeste en dirección a una ciudad lejana, Al-Far, y unos cuantos caminos comunicaban con las granjas de los alrededores.

Edwin lideró al grupo rumbo al norte, siguiendo el curso del Pollimag. Mantuvieron esta dirección hasta primera hora de la tarde y luego el relieve se acentuó. A su derecha, las aguas del río se habían convertido en rápidos y rompían contra las rocas en efluvios salvajes.

—¡Ya entiendo por qué no hemos continuado en barco! —exclamó Salim.

—Por aquí también puede resultar difícil —replicó Maniel, señalando las colinas que, delante de ellos, perdían sus formas redondeadas para endurecerse y elevarse.

Edwin no parecía preocupado. Conocía la zona y la ausencia de una vía no le resultaba inconveniente, así que guió a sus compañeros sin la menor vacilación. Cuando la luz del día empezaba a debilitarse, dio como por milagro con una hondonada al abrigo del viento.

—Acamparemos aquí —anunció.

Cada cual sabía con precisión cuál era su cometido y las tiendas, que estrenaban para la ocasión, fueron montadas en círculo rápidamente.

—Las noches son gélidas en esta región —explicó Edwin—. El viento no cesa casi nunca: desciende directo desde la cordillera del Poll y la meseta de Astariul no es lo bastante alta para detener su avance. No es raro encontrar escarcha por la mañana, incluso en pleno verano.

Los caballos estaban trabados un poco más allá y Camille se dirigió hacia *Acuarela* para almohazarla. Edwin la siguió.

—Si quieres —propuso—, te enseñaré un cardo que crece por aquí. Es el aliado perfecto para quien desea frotar a su montura.

—¿Un cardo?

—Sí: ni el caballero más aplicado dispone siempre de un cepillo metálico.



Mientras conversaban, se alejaron del campamento. Camille no pudo evitar preguntarse si su padre se parecería a Edwin. Le resultaba difícil imaginarse al curtido maestro de armas acunándola en sus brazos y extasiándose ante sus balbuceos, pero se acordó de la lágrima que había rodado por su mejilla al oír a su madre y rectificó. De pronto, se descubrió muy cerca de él. Como por instinto, la muchacha lo cogió del brazo.

—Edwin... —comenzó.

El tigre atacó en aquel instante.

El felino, de más de un metro de altura y tres de longitud, saltó desde la roca donde estaba agazapado. Colmillos de diez centímetros adornaban sus enormes fauces y cada una de sus patas acababa en unas garras afiladas como navajas. Una perfecta máquina de matar.

En una fracción de segundo, Edwin comprendió que le estorbaba la mano de Camille en su brazo y que le impediría sacar su sable a tiempo. Se echó a un lado arrastrándola, mientras una de las garras del tigre hendía su abrigo de cuero en toda su longitud. El animal, furioso por haber errado su ataque, saltó de nuevo.

Camille no poseía la rapidez del maestro de armas ni estaba tan acostumbrada al combate. Cuando rodaron por el suelo, lanzó un grito y se aferró a él. Aquel gesto irreflexivo hizo perder a Edwin el segundo que hubiera necesitado para coger su arma. Sólo tuvo tiempo de rechazarla y de poner una rodilla en el suelo. El tigre ya estaba encima de él.

La mole del animal lo aplastó y una pata enorme se abatió sobre su cuello; pero entonces todo se detuvo...

El chillido de Camille se congeló en su garganta y los músculos se le agarrotaron, como separados de su voluntad. El tigre quedó inmóvil, petrificado en su asalto

mortal. Sus fauces se abrían a pocos centímetros de la garganta de Edwin, sus ojos destellaban de furor y un gruñido salvaje remontaba desde su pecho. Todo era en vano: su increíble fuerza estaba paralizada.

Acorralado bajo el animal, Edwin se removió ligeramente a duras penas, con unas dificultades inmensas que la mole del tigre no explicaba por sí sola. Entonces apareció Ellana.

La marchombre se deslizaba sobre el suelo con unos movimientos que eran pura armonía; sus labios emitían un sonido extraño, medio canto y medio silbido. Camille recordó la escena en que la joven había inmovilizado a los presentes para tenérselas con Artis Valpierre. ¿Acaso su talento llegaba al punto de inmovilizar a un monstruo de media tonelada?

Cuando Ellana posó la mano en su cabeza, el felino gigante resopló suavemente. Un largo escalofrío recorrió su espinazo. Si recuperó su movilidad, fue para obedecer las órdenes que le cantaba la marchombre. El animal retiró la pata del cuello de Edwin y retrocedió dos pasos, aún con los dedos de Ellana posados en el pelaje de su cráneo.

Como si sostuviera una correa invisible, la joven lo guió unos diez metros más allá. Entonces se agachó junto a él y le habló al oído, como había hablado al soñador. El tigre sacudió su gruesa cabeza y rezongó.

Sin flaquear, lo agarró con más fuerza mientras seguía revelándole su voluntad en apenas un murmullo. Cuando volvió a erguirse, el felino se alejó con pasos comedidos y sin mirar una sola vez atrás.

Las cuerdas invisibles que inmovilizaban a Camille se volatilizaron y se levantó.

Edwin ya estaba en pie. Se pasó la mano por el cuello, de donde le salía un poco de sangre, y esperó a Ellana, que regresaba hacia ellos.

—¡Sólo quedan dos! —exclamó la marchombre, sonriendo—. Ese tigre ha sido algo inesperado. Empezaba a creer que nunca estarías en peligro.

El maestro de armas respiró hondo, hizo amago de hablar y luego se echó atrás.

—He pasado miedo —continuó Ellana, en voz tan baja que a Camille le costó oírlo.

Posó la mano en el hombro de Edwin, que tendió el brazo hacia ella.

Quién sabe lo que habría ocurrido entonces si no hubieran tomado conciencia de la presencia de Camille. Ésta se sintió ruborizar.

—No os preocupéis por mí —se excusó—. Voy a ayudar a los demás a preparar la comida.

Ellana se echó a reír.

—Iremos todos, hermanita. ¡Me muero de hambre!

Luego volvió a ponerse seria.

—Un secreto sólo tiene valor si se guarda... ¿De acuerdo?

Dominar mediante el canto a uno de los depredadores alavirienses más peligrosos representaba un poder enorme. Ellana quería que fuera algo confidencial.

—¡Ya lo he olvidado! —prometió Camille.

Se habían ausentado muy poco tiempo. Edwin se subió el cuello del abrigo y, cuando se sentaron alrededor del fuego, Camille fue la única en notar la mirada pensativa que éste posaba sobre Ellana.

El viento glacial abrevió la velada. Llegada la noche, cada cual se alegró de guarecerse en su tienda y Maniel, a quien le tocaba hacer el primer turno de guardia, contempló con envidia cómo sus amigos cerraban la tela tras de sí.

Camille se envolvió en su manta tiritando. Escudriñó a Ellana, que se encontraba tumbada a su lado.

—Oye —comenzó—, antes...

La joven se puso un dedo sobre los labios.

—Sssh... —murmuró—. ¡No olvides que ya lo has olvidado!

Camille sonrió. Poco a poco iba entrando en calor y se sentía bien.

—Gracias —susurró.

No se durmió de inmediato. Arrullada por la respiración regular de su compañera, dejó que su mente vagara al son de sus deseos y recuerdos.

La imagen de su hermano, que seguía en París, se le impuso primero. Lamentaba no haber tenido tiempo de conocerlo mejor. ¿Qué estaría haciendo en aquel preciso instante? ¿Habría aprobado aquel examen tan importante para él y que a ella le parecía insignificante? A continuación, su pensamiento derivó hacia su familia adoptiva, y se estremeció ante la idea de los años que había evitado pasar con ellos al no plantearse siquiera un posible regreso.

Después fueron sus padres. Estaban vivos, cautivos en alguna parte. Una vez hubiera liberado a los Sujetos, no cejaría en su empeño hasta encontrarlos. Nadie podría interponerse en su camino...

Con este pensamiento reconfortante, cerró los ojos.



¿El cerrojo ts'lich? Imaginaos un camino que sale de vuestra casa y enseguida se divide en multitud de otros caminos que pueden conducirnos no importa demasiado adónde. Ésta es una buena imagen de las Espiras. Ahora colocad una barrera infranqueable a pocos metros de vuestro portal y tendréis el cerrojo. ¿Estabais acostumbrados a viajar a regiones lejanas? ¡Pues ahora estáis confinados al patio de vuestra casa!

Elis Mil'Truif, maestro dibujante de la Academia de Al-Jeit.

A pesar de la ausencia de una vía, el avance no era incómodo. La carreta rodaba con facilidad sobre la hierba rasa, la visibilidad era excelente y los caballos se encontraban en plena forma. La convivencia había alcanzado ese equilibrio que caracteriza a los grupos unidos donde cada cual ocupa su sitio. Camille y Salim estaban descubriendo la felicidad tranquilizadora de estar rodeados de amigos.

Edwin organizó una guardia cercana.

—Un explorador no es útil para prevenir el ataque de una bestia salvaje —explicó—, y no veo qué podrían hacer aquí unos saqueadores, entre tanta desolación...

Señaló con el dedo los bosques frondosos que se teñían de rojo y oro.

—Aunque decir desolación quizá sea excesivo —añadió—, pues hay alavirienses que viven en esas colinas. La tierra es fértil, hay suficiente madera para calentarse en invierno y un cazador diestro siempre encontrará qué comer, si no lo devoran a él antes. Eso sí: tiene que gustarte la soledad...

La tercera noche después de su desembarco, Edwin detectó huellas de caballos y guió a sus compañeros hasta una hondonada donde había una granja pequeña, sólidamente fortificada. Fueron acogidos calurosamente por la dueña, una labriega, junto con su familia y sus campesinos. Era raro ver viajeros por aquellos lares, así que el acontecimiento enseguida adquirió tintes de fiesta. Con la discreción que

caracteriza a la gente que ha optado por la soledad, sus huéspedes se abstuvieron de hacer preguntas y Edwin tan sólo dio a entender su intención de llegar a la Ciudadela evitando la zona de los combates.

«Pues no ha elegido el camino más directo», fue el único comentario que se permitió Milia Jundo, una mujer menuda de personalidad arrolladora que dirigía su explotación con mano de hierro. La comida fue copiosa, salpicada de risotadas que el alcohol, que corría en abundancia, favorecía y mantenía. Chiam Vit animó a los comensales con sabrosas historias, divirtiéndose en ridiculizar la pretensión de ciertos comportamientos alavirienses. Edwin estaba relajado. Unos sólidos muros los aislaban de peligros exteriores y aquella velada constituía un interludio precioso que había que aprovechar.

Pasaron la noche sobre una gruesa alfombra de paja seca extendida en un rincón de la cuadra y durmieron a pierna suelta. Por la mañana, Milia Jundo insistió en proporcionarles víveres y se negó a que le pagaran por ellos.

—Tenemos provisiones para todo el invierno e incluso más —afirmó, acompañándoles hasta la puerta de la muralla—. Guardad vuestro dinero, yo no lo necesito. Y sobre todo, sed prudentes: hace meses que no vemos quemadores y las vampiras no salen nunca de Astariul, pero hay osos elásticos en la región y también podríais encontraros con algún tigre...

Tras agradecerle las atenciones prestadas, Edwin dio la señal de partida.



A pesar de las advertencias de Milia Jundo, no divisaron a ningún depredador en los días siguientes. Aun así vieron numerosas huellas, algunas de animales conocidos y otras más extrañas. Éstas le arrancaban una mueca a Edwin, pero ni una sola vez comentó nada. El frío, cada vez más vivo, era el único enemigo y Camille se alegraba de que sólo fuera principios de otoño. Atravesar esa región en invierno debía de ser una pesadilla.

La mañana del quinto día, el maestro Duom sorprendió a sus compañeros arrojando con gesto brusco la obra que estaba consultando.

—¡Es incomprensible! —protestó—. Si un cuarto de la mitad de lo que cuenta este libro es más o menos exacto, la entidad que custodia a los Sujetos es tan grande como una montaña y a la vez ligera como un pájaro. Es de agua, vive de fuego, habita en el aire y habla con la tierra. ¡Soy incapaz de distinguir la menor lógica en todo ello, así que me temo que deberemos improvisar cuando nos encontremos con el Guardián!

—No importa —lo tranquilizó Camille—. Si lo que ha leído es falso, tanto mejor. Y si es cierto, tendremos la suerte de conocer a semejante fenómeno.

—Tú sí que eres un fenómeno, vieja —afirmó Salim—. ¡No conozco a nadie más

capaz de alegrarse ante la idea de conocer a un monstruo!

—¡Falso! —se burló Bjorn—. Yo adoro a los monstruos. ¡La prueba es que viajo contigo!

—Muy gracioso —se rió Salim con sarcasmo—. Ya puedes hacerte el listo, que yo he demostrado mi eficacia.

Había subrayado el «yo» y Bjorn se echó a reír.

—Si fueras tan eficaz como parlanchín —replicó—, el Guardián estaría apañado. Por desgracia, lo único que funciona correctamente en ti es la lengua.

—¡Caramba! —exclamó Salim—. ¿Esa frase es tuya de verdad? Es casi espiritual...

—¡Venid a ver! —soltó Edwin en el momento en que Bjorn se disponía a contestar.

Todos lo siguieron hasta la cima de un promontorio con vistas sobre el río. Allí estaba el ejército imperial, a menos de un kilómetro, en la otra orilla del Pollimag: miles de soldados, algunos a caballo pero la mayoría a pie, en posición de combate. Catapultas gigantes se elevaban casi por toda la llanura y oficiales de enlace iban y venían entre los distintos batallones. A pesar de la pantalla sonora que constituía el río, el griterío de los hombres preparándose para la lucha llegaba hasta ellos.

—¿A qué esperan? —quiso saber Artis Valpierre.

—A los raïs —respondió simplemente Chiam.

El faël había pronunciado el nombre del viejo enemigo con tanto odio que Camille se sobresaltó.

—Creo que hicimos bien en elegir Astariul —comentó Edwin—: los raïs han avanzado más al sur de lo que calculé. Si el ejército se establece en su posición, significa que al menos son sesenta mil. Nos habría costado atravesar las mallas de semejante red. No nos quedemos aquí. Ya es hora de poner rumbo al oeste, para adentrarnos en el corazón de la meseta. Es la única ruta posible y esta noche tenemos que estar al abrigo.

Nadie tuvo el coraje de pedirle que concretara los peligros que acechaban de noche y, una vez en sus sillas, se alejaron definitivamente del Pollimag para penetrar en Astariul.

El relieve se acentuó enseguida, los pedruscos sustituyeron a la hierba y los árboles se convirtieron en arbustos esmirriados. Conducir la carreta por las colinas se reveló una ardua tarea, hasta el punto de que en varias ocasiones Salim tuvo que dar media vuelta para encontrar un paso practicable, perdiendo así un tiempo precioso. Edwin intervino cuando Maniel se ofreció para tomar las riendas.

—Salim lo hace muy bien, y si nos atacan serás más útil sobre tu caballo.

El coloso no insistió y Salim se ruborizó ante el cumplido. Camille cabalgaba junto a Ellana.

—Ya sé que lo he olvidado todo —empezó—, pero hay algo que me ronda por la cabeza...

—Dime.

—Tu capacidad para paralizar a la gente, o a los tigres, me recuerda al poder que utilizó el mercenario la noche en que te conocimos. La noche en que Hans murió...

—Los mercenarios son buitres carroñeros que arrebatan los dones de unos y otros para hacer el mal —opinó Ellana—. Aquel del que tú hablas utilizó el canto marchombre para sujetaros a tus amigos y ti. Creyó que así podría asesinarte sin problemas.

—¡Pero tú interviniste!

—Sí. Él no sabía que yo estaría ahí y nuestras propias técnicas no causan ningún efecto sobre nosotros.

—Edwin consiguió moverse. Cuando has detenido al tigre y también cuando montaste en cólera con Artis.

Ante ese recuerdo, la joven sonrió.

—En realidad no es tan malo ese soñador. No es muy espabilado, eso es todo.

—¿Y Edwin?

Una llama destelló en la mirada de Ellana.

—Edwin es distinto. Es alguien realmente especial. Ya había oído hablar de él, pero desde que le conozco sé que lo que dicen no le hace verdadera justicia.

Las mejillas de la joven habían adquirido un bonito tono rojizo mientras miraba al horizonte. A pesar de todo, se dio cuenta de que Camille la observaba y se echó a reír.

—¿Sabes una cosa, hermanita?

—No.

—¡Tu Salim tampoco está nada mal!

Camille enrojeció como un tomate. Lanzó una mirada inquieta a su alrededor para ver si alguien estaba escuchando antes de volverse hacia Ellana.

—¿Por qué...? —arremetió.

Luego detectó la complicidad que le ofrecía Ellana y su corazón saltó de alegría.

—Es evidente... —comenzó la joven marchombre.

—¡... ya me he olvidado! —concluyó Camille, uniendo su risa a la de ella.



Aliento de un filo en la noche. Peligro que acecha como una ola de placer.

Ellundril Chariakin, cabalgadora de bruma.

Ya se cernía la noche, lúgubre, cuando Edwin les hizo variar el rumbo de golpe hacia el este. Su rostro se había iluminado.

—No estaba seguro de poder encontrar el sitio —explicó—, pero hemos tenido suerte. Esta noche dormiremos seguros.

No tuvieron tiempo de preguntarse sobre el sentido de esta declaración: con el sol desapareciendo detrás de un pico rocoso, descubrieron un caserón abandonado, construido con enormes bloques de piedra montados en seco. El tejado lo constituían impresionantes losas de esquisto negro y las ventanas no eran más que simples aspilleras. Sólo la puerta estaba hecha de gruesos maderos decolorados por las inclemencias y reforzados por herrajes enormes.

—Éste es, que yo sepa, el único sitio donde unos pioneros trataron de instalarse en Astariul —indicó Edwin—. O renunciaron o están muertos, eso ya es historia, pero su casa ha resistido. Y ahora nos ofrece un oportuno remanso. Los viajeros evitan dormir a la intemperie en esta meseta. Evitan incluso entrar en ella, si son prudentes...

—¿Y los caballos? —preguntó Maniel.

—Los entraremos con nosotros. Dudo que los propietarios vengán a quejarse...

Mientras el fuego crecía en la chimenea, calentando poco a poco el aire gélido, comieron sus alimentos arrebujados en sus ponchos y sentados sobre sus bolsas. Edwin había insistido en que descargaran todo el cargamento de la carreta. «Estas paredes son sólidas —había comentado—, pero tampoco es necesario que llamemos la atención de las criaturas nocturnas que viven en Astariul...». La puerta no tenía cerradura, sino una barra metálica en el interior que impedía su abertura. El maestro de armas la había colocado en su sitio con un gesto de satisfacción.

El caserón sólo comprendía una sola y amplia estancia y, puesto que no había ni rastro del menor mobiliario, se tumbaron lo más cerca que se atrevieron de las llamas; mientras, no muy lejos de ellos, los caballos se apretaban unos contra otros para compartir su calor.

Bastante más tarde, un aullido despertó a Camille con un sobresalto del que le llevó varios segundos recuperarse. El aullido sonó de nuevo, punzante, inhumano y en un *crescendo* que alcanzó un agudo insoportable antes de apagarse en un gorgoteo. Junto a ella, sus compañeros se enderezaron. Bjorn agarró su hacha.

—No hay peligro.

Era la voz de Edwin. De pie en la oscuridad, junto a una aspillera, escrutaba la noche.

—Es un quemador —continuó—. Está a kilómetros de aquí. Podéis volver a dormiros.



Reanudaron la marcha cuando el día apenas despuntaba. Edwin, tenso como un arco, cabalgaba con la mano en la empuñadura de su sable. Había contagiado su inquietud al resto del grupo y las horas transcurrieron en un silencio casi absoluto.

El trayecto en carreta había obligado a dar múltiples rodeos, con el inconveniente de hacerles perder mucho tiempo. Al final de la tarde, Edwin anunció que, muy a su pesar, pasarían dos noches más en Astariul.

Salim observó el paisaje monótono y salvaje del entorno: colinas, afloramientos de pedregales, hierba alta inclinada por el viento, raquíuticos matojos de retama con flores marchitas y algún que otro árbol esmirriado con aspecto atormentado.

—Bonito no es —comentó—, pero aparte de morirnos de aburrimiento o quizá de frío, no veo qué riesgo podemos correr.

—Montaremos las tiendas contra esos peñascos —declaró Edwin—. Necesitaremos mantener la hoguera toda la noche y los árboles no abundan aquí. Quiero una pila de ramas y raíces, traed todo aquello que pueda arder. Pero antes, escuchadme con atención. La mesta de Astariul está deshabitada y no es porque sí. Las fieras que viven aquí dificultan la implantación de los humanos. Y aunque no he visto huellas de depredadores desde hace varias horas, debemos estar alerta. Tal vez el quemador que oímos anoche merodee por aquí, o si no...

—¿Si no? —apremió Bjorn.

—¡Algo más temible! Puede que esta noche nos ataque una vampira.

—¿Ese bicho que es aún más peligroso que un ogro? —preguntó Salim sin poder evitarlo.

—Exacto —asintió Edwin con gravedad—. Es una criatura nocturna del tamaño de un hombre que se desplaza sobre dos patas y, que yo sepa, no utiliza armas.

—Pero entonces...

—Cállate cinco minutos —se enfadó Edwin— si no quieres que te azote. Las vampiras son muy raras y siempre cazan solas. Llevan siglos rondando por Astariul. Por desgracia, una vampira es indestructible, o casi. No teme a nada, el acero la atraviesa como si fuera inmaterial y el arte de los dibujantes no le causa ningún efecto. Su abrazo desprende un frío mortal, y sus mordeduras, veneno. En caso de ataque, sólo podremos contar con el fuego: sólo las llamas le hacen huir. ¿Alguna pregunta?

Camille se estremeció y Bjorn se atrevió con una objeción:

—Tal vez hubieran sido preferibles los raïs...

—¡Demasiado tarde! ¿Algún otro comentario?

El maestro de armas había empleado un tono expresamente agresivo para cortar de raíz las protestas inútiles. Por lo demás, no tardó en concluir:

—¡Manos a la obra!

Cada cual se apresuró a recoger combustible y, cuando la noche cayó definitivamente, una reconfortante pila de madera se erigía en el centro del campamento.

Edwin esperó al último momento para dibujar la llama. Cuando se decidió, Camille se vio tentada de unirse a él en las Espiras, pero se contuvo. Después de dejar Al-Jeit, el maestro Duom le había prohibido formalmente que utilizara su don, y la muchacha confiaba demasiado en su juicio como para no obedecerle.

Ellana eligió el primer turno de guardia y Camille, sola en su tienda, se sorprendió acechando los ruidos exteriores. Debió de dormirse, sin embargo, pues la joven marchombre la despertó al deslizarse a su lado.

—Duerme, hermanita —murmuró ésta—. Ya estoy aquí.



A la hora en que las estrellas ya no brillan pero el cielo aún prefiere el gris al azul, Bjorn caminaba a grandes pasos frotándose el torso y maldiciendo el frío que traspasaba sus ropajes. De repente, tomó conciencia de la debilidad de las llamas. Engañado por la luz del día que despuntaba, no se había dado cuenta de que el fuego estaba a punto de apagarse. Blasfemó y cogió un puñado de ramitas, que se disponía a arrojar a las brasas cuando un bufido salvaje le obligó a darse la vuelta.

Tenía a la vampira encima.

Al principio creyó que era una anciana vestida con harapos y de cabello sucio e hirsuto. Luego reparó en los colmillos, la mirada amarilla y las largas zarpas que prolongaban sus dedos descarnados. Dio un salto hacia atrás soltando su fardo y cerró la mano sobre el mango de su hacha.

La vampira lo siguió con paso fluido.

Bjorn alzó su arma y, con un gruñido sordo, proyectó el hierro con todas sus fuerzas. De haber recordado las palabras de Edwin, habría recurrido a los golpes. Pero no las recordó, así que el efecto de su ataque le cogió totalmente desprevenido.

El filo del hacha de guerra pasó a través de la vampira como si ésta no fuera más que una ilusión. Bjorn, que se había preparado para el impacto, fue arrastrado por su impulso, dio media vuelta y se encontró de espaldas al monstruo.

La vampira le rodeó la cintura con sus brazos delgados y el caballero chilló. Un frío insoportable se desprendía de aquel abrazo y se propagaba por su cuerpo como un veneno mortal.

La criatura estaba dotada de una fuerza que no casaba con su aspecto. Bjorn estaba desfalleciendo cuando vio a Edwin precipitarse hacia él. El maestro de armas, que no había sacado su sable, lanzó todo el peso de su cuerpo contra la vampira y su presa.

El caballero sintió retroceder el frío y se desplomó. Edwin había rodado a un lado para evitar un asalto del monstruo.

—¡El fuego! —gritó—. ¡El fuego!

Maniel entró a su vez en combate. Tampoco él había cogido su arma, sino que propinó un puñetazo a la vampira, que lo esquivó sin dificultad. Ésta agarró al coloso a la altura de las caderas y, sin dar muestras del menor esfuerzo, lo levantó por encima de su cabeza. Le hizo voltear un momento y lo soltó. Maniel quedó abatido diez metros más allá, inconsciente.

Ellana y Salim habían salido de sus tiendas y trataban desesperadamente de reavivar el fuego mientras Edwin procuraba distraer la atención del monstruo. Pero la vampira era demasiado rápida. Un primer golpe en la boca del estómago dobló en dos al maestro de armas, y otro lo proyectó hacia atrás.

Camille, que asistía a la escena con los ojos abiertos de par en par a causa del terror, vio que la criatura se volvía en su dirección. En dos zancadas se le echó encima. El maestro Duom quiso interponerse, pero un simple revés lo mandó al suelo. Los brazos de la vampira se cerraron sobre Camille, que soltó un grito de angustia. Un frío terrible se apoderaba de ella, paralizando sus miembros y amenazando con hacerle reventar el corazón.

Ellana corrió en su auxilio. El cuchillo que había sido dibujado para la eternidad brilló a la luz del alba, pero atravesó el cuerpo del monstruo sin causarle el menor daño. Con la palma de la mano, la vampira golpeó a la marchombre, que se desplomó.

Camille creyó distinguir a Chiam Vit rompiendo sus flechas febrilmente, pero debió de ser una alucinación. Salim se precipitó hacia ella gritando su nombre.

Su cuerpo se estaba transformando en hielo, su piel se arrugaba y sus ojos se cerraban, y sin embargo una pequeña chispa de vida continuaba irradiando calor a la altura de su corazón. Camille comprendió, en la neblina que la invadía, que el susurrador estaba luchando por ella.

Luego se oyó el grito de Chiam Vit.

—¡No moverte, Salim!

Y disparó sus flechas a tal velocidad que sus gestos resultaban borrosos. Cada uno de los largos tallos de madera, privados de sus puntas de acero, se clavó en el cuerpo de la vampira con un ruido sordo.

La criatura se tensó como para rechazar lo inevitable. Su abrazo cedió. Titubeó un instante, ofreciendo la imagen de una vieja con el cuerpo erizado de flechas; luego se derrumbó y no se movió más.

Camille tenía tanto frío que habría aullado si todavía hubiera sido capaz de hacerlo. Sus músculos paralizados la mantenían en pie, mientras el corazón le martilleaba en el pecho con fuertes y dolorosos latidos.

No sintió los brazos que la cogían, la envolvían en mantas, la frotaban y la masajeban. No percibió las voces que la animaban y le suplicaban, como no vio a Artis abrir unos brazos impotentes.

Hacía frío.

Realmente mucho frío.

El susurrador, en su bolsillo, emitió un grito estridente.

Camille dejó escapar un último suspiro.

Lectulandia

La muerte sólo es un tránsito.

Merwyn Ril' Avalon.

La sensación de frío ha desaparecido. Estoy flotando, ingrávida en un océano de estrellas. Soy infinita y soy minúscula, no soy nada y lo soy todo.
¿Sigo siendo Ewilan?

No hay puntos de referencia, ni límites, ni horizonte.

No tengo ninguna sensación, apenas un leve hormigueo contra mi corazón, allí donde una forma cálida estuvo acurrucada en otro tiempo.

Las galaxias se abren ante mí, el universo entero se desvela y, con cada nuevo astro que aparece, me desprendo de un recuerdo.

Ya no soy nada más que yo. Liberada de los demás, liberada del mundo, liberada de todo, me convierto en pensamiento y las estrellas me tienden los brazos...

De pronto, está ahí.

Inmensa, poderosa y sabia.

Donde yo floto, ella nada. Donde me pierdo, ella está en su casa.

La Dama.

Su ojo cobrizo se abre para mí, y me habla.

—Las ballenas van a donde quieren, en el océano o en las estrellas, pero éste no es sitio para ti, tu destino está en otra parte.

Te necesito, necesito tu ayuda.

Vete. Vuelve para cumplir tu promesa.

Las estrellas palidecen, las galaxias se difuminan y yo recuerdo...

Otra vez tengo frío, pero desde mi corazón una oleada de calor recorre mi cuerpo, luchando por mí.

Me duele, preferiría continuar flotando.

Abro los ojos.



La diferencia fundamental entre Gwendalavir y el otro mundo es que aquí no hay religiones. No hay dioses, ni entidades sobrenaturales o divinidades a las que adorar. Pero ¿es esto realmente exacto? Tenemos a la Dama...

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo*.

Salim, Salim, Salim!
El muchacho alzó un rostro inundado de lágrimas. Bjorn lo sacudió por el hombro.

—¡Salim —repitió el caballero—, ha abierto los ojos! ¡No está muerta!

Hubo un segundo de incertidumbre y luego un alarido como para hacer temblar las montañas; Salim se precipitó.

Camille reposaba en los brazos de Ellana, con Edwin y Artis arrodillados junto a ellas.

Maniel se había puesto a bailar de alegría con el maestro Duom, mientras Chiam Vit aplaudía con todas sus fuerzas.

El muchacho no les prestó la menor atención, sino que se agachó hacia su amiga.

—¡Con cuidado! —lo reprendió la marchombre.

Pero estaba sonriendo y se apartó un poco para que él pudiera acercarse.

Camille permanecía inmóvil y pálida, con el susurrador escondido en su cuello. Cuando percibió a Salim, intentó levantar la mano hacia él. Éste detuvo su gesto.

—No, vieja, no te muevas; te van a reñir...

Mientras hablaba, lágrimas renovadas brotaron de sus ojos. Sin tomarse la molestia de enjugárselas, continuó:

—Te pondrás bien.

Camille tomó una dolorosa inspiración.

Se inclinaron sobre ella para recoger sus palabras.

—La Dama, Salim —murmuró—; la Dama en las estrellas...

El muchacho, inquieto de repente, sintió que se le helaba la sangre. Se volvió hacia Artis Valpierre, pero éste acababa de sumergirse en su sueño, del que emergió enseguida.

—Se pondrá bien —lo tranquilizó—. Es un simple delirio debido a la impresión. Todo volverá a la normalidad.

Camille extendió la mano y agarró el brazo de su amigo.

—Las estrellas, Salim —repitió, con una voz más fuerte aunque todavía ronca—. Millones de estrellas...

Con la yema del dedo, el muchacho le acarició la mejilla. Nunca la había tocado de esa forma y, a modo de respuesta, los grandes ojos violeta se posaron sobre él y un dique cedió en algún lugar de su corazón. Primero un breve escalofrío, y después una oleada de emoción que dispersó todo temor.

Se oyó a sí mismo hablándole como si allí no hubiera nadie más que pudiera oírle.

—A donde tú quieras, Camille —susurró—. Iré a donde tú quieras. Te seguiré a donde sea, incluso a las estrellas... Sólo quiero que sepas que vivir sin ti me resulta imposible. Así que te lo suplico: no te vuelvas a morir, porque si no, yo me moriré para siempre... Porque la vida sin ti no tiene gracia ni sentido... Porque sin tus ojos estoy ciego. Sin tus palabras me pierdo. Porque sin ti, mi alma está desnuda. Sin ti no soy nada... Porque... te quiero...

Su voz, a pesar suyo, había retumbado y sus palabras habían sido recibidas con un silencio absoluto. No le importaba. Ella lo miraba y, dentro de sus iris, él leía las estrellas de las que le había hablado.

Ellana levantó la cabeza y desafió a los demás con la mirada. «Como alguien se permita el menor comentario...», parecía prometer. Sus amenazas no eran necesarias.

Artis Valpierre estaba muy pálido y Chiam Vit, sentado al lado del maestro Duom, contemplaba embelesado a los dos adolescentes. En cuanto a Bjorn y Maniel, estaban petrificados por la emoción.

Ellana volvió la mirada hacia Edwin, que le sonrió. La joven quiso hablar, pero se reprimió: aquel instante no le pertenecía. Era de Camille y Salim.

Igual que sus compañeros, dejó que lo disfrutaran.



Camille precisó más de una hora para recuperar el dominio de su cuerpo y hacia mediodía, cuando la tropa se disponía a almorzar, por fin pudo levantarse. Bajó de la carreta, donde había descansado sepultada bajo un montón de mantas, y se acercó a sus compañeros.

El frío era aún más acentuado que la víspera y, en aquel cielo de un azul que dejaba sin aliento, no se veía ni una nube. En dirección hacia el norte, destacando con

una nitidez sobrenatural, una cadena de montañas rasgaba el añil con sus picos coronados de nieve.

—La cordillera del Poll —indicó Edwin—. Aún nos queda lejos, pero mañana dejaremos la meseta de Astariul.

Tendió la mano hacia el nordeste, señalando una zona donde las montañas, aunque no menos impresionantes, eran no obstante algo más bajas.

—Las fronteras de hielo —precisó—. Los raís siempre han atravesado esa brecha para atacar Gwendalavir. La Ciudadela Fronteriza se construyó ahí para impedirles el paso.

Camille se estremeció y Salim corrió a la carreta para ir a buscarle una manta suplementaria.

No había tenido tiempo de lamentar su declaración. Cuando volvieron a ponerse en marcha, después de recoger el campamento, Bjorn se había acercado a él. El gran caballero, con aire grave, se había limitado a posar ambas manos sobre sus hombros y a mirarle largamente y con orgullo.

Más tarde, mientras arreaba a *Coqueta* y a *Nubarrón*, Salim se sintió intensamente feliz.



El alma de los marchombres reside por entero en su poesía... que tan sólo ellos comprenden realmente.

Maestro Carboist, *Memorias del Séptimo Círculo.*

La tercera noche que pasaron en la meseta no estuvo marcada por ningún incidente. La hoguera ardió alta y con fuerza mientras reinó la oscuridad y los encargados de hacer la guardia estuvieron especialmente alerta.

Edwin detectó las huellas de un tigre, descubrimiento que, lejos de inquietarle, le arrancó un suspiro de alivio.

—Si hay algún tigre merodeando por aquí —explicó—, es que no hay otra cosa más peligrosa ocupando el terreno...

Por la mañana, la tela de las tiendas estaba cubierta por una fina capa de hielo y todo el paisaje lucía un manto de escarcha. El aliento de los caballos despedía nubes de vapor y la hierba crujía bajo las pisadas. Levantaron el campamento y se pusieron en marcha.

A primera hora de la tarde, Camille empezó a notar cambios en la vegetación. La hierba rasa y los matorrales esmirriados iban dejando paso a arbustos frondosos que poco a poco se convirtieron en árboles todavía enclenques, cierto, pero cuya cantidad indicaba claramente que ya no estaban en el corazón de Astariul. La desbandada de una manada de silbadores sorprendidos por su avance acabó de serenar a Edwin.

—Pronto abandonaremos la meseta para atravesar la llanura de Shaal —anunció—. Esta noche dormiremos al pie de las montañas. Mañana llegaremos a Al-Poll.

—¿Dónde se encuentra la ciudad? —quiso saber Maniel—. He oído hablar de ella a menudo, pero en realidad lo ignoro todo.

—No eres el único —replicó Edwin—. Al-Poll se construyó en la época de Merwyn. Era una población gigantesca, enteramente subterránea. Construcciones prodigiosas se elevaban en catedrales naturales y edificios tan hermosos como los de

Al-Jeit se erigían al borde de abismos insondables. Los dibujantes y los constructores habían invertido todo su arte en rivalizar con la naturaleza. El resultado era una maravilla. Pero hace casi mil años sucedieron cosas terribles en Al-Poll. Los hombres habían excavado la montaña en profundidad, adentrándose en laberintos de galerías que no estaban hechas para ellos. Allí vivían unas criaturas innumerables y sanguinarias: los yaknils, que descargaron toda su maldad sobre la ciudad. Los dibujantes y los soldados se vieron desbordados. La masacre fue espantosa. Los habitantes huyeron de la población y el Imperio, consciente de la inutilidad de una guerra perdida de antemano, prefirió batirse en retirada. Los yaknils regresaron a sus cavernas, el acceso a Al-Poll se hundió y la ciudad, abandonada, entró poco a poco a formar parte de la leyenda.

—Pero, entonces, ¿cómo vamos a penetrar en ella? —objetó Salim.

Edwin sonrió.

—Hay otras entradas. Una de las tareas de los fronterizos es velar para que sigan siendo secretas, de modo que nadie despierte a los demonios de Al-Poll...

Se volvió hacia el norte y todos siguieron su mirada.

Las montañas levantaban una barrera formidable en el horizonte. Si a sus pies todo eran bosques, en sus cimas sólo había promontorios rocosos, nieve y hielo.

Edwin prosiguió:

—Antaño, un camino unía Al-Poll con la Ciudadela, pero desapareció hace mucho tiempo. Mañana continuaremos a pie.

—¿Y los caballos? —preguntó Camille.

—Se quedarán en el campamento; los recuperaremos a la vuelta.

Como si hubiera advertido que estaban hablando de ella, *Acuarela* se acercó a su joven dueña, que la acarició detrás de las orejas.

—Sí, bonita, sí —canturreó Camille—. Te prometo que volveremos.



Dejaron tras de sí la meseta de Astariul para tomar una llanura de hierba rasa que se extendía hasta los contrafuertes de la cordillera del Poll.

Desde las montañas nevadas soplaba un cierzo gélido y Camille, a pesar de su capa, enseguida se quedó patitiesa.

—La llanura de Shaal —indicó Edwin—. En invierno hay tanta nieve que a caballo es impracticable. Se necesitan perros y un trineo para atravesarla.

Cruzaron la llanura intercambiando pocas palabras, arrebujados en sus abrigos para tratar de protegerse como podían del frío.

El viento sólo dejó de hostigarlos cuando llegaron al lugar donde Edwin había pensado levantar el campamento, al pie de los contrafuertes. Se trataba de una depresión en cuyo fondo se alzaban tres grandes peñascos, olvidados por un antiguo

glaciar hoy desaparecido.

Montaron las tiendas y se reagruparon. Las raíces y las ramitas recogidas durante el trayecto ardían sin desprender auténtico calor, así que se apretaron unos contra otros.

Mientras Maniel servía la cena, Edwin tomó la palabra:

—Mañana nos enfrentaremos a peligros que, comparados con el periplo que nos ha conducido hasta aquí, hacen que éste parezca un viaje de placer. Sois unos compañeros valerosos y no podría haber deseado un apoyo mejor para esta misión. No obstante, comprendería que algunos de vosotros prefirieran no llegar hasta el final...

Las palabras del maestro de armas permanecieron un momento en suspenso; luego se volvió hacia el analista.

—¿Duom, mi viejo amigo?

El anciano dio un respingo.

—¡Ni hablar de abandonar ahora!

—Mañana será el día de los combates —insistió Edwin—. Deberías quedarte aquí. Ya te costará llegar a la ciudad; ¿qué pasará contigo si tenemos que correr otra vez?

Edwin estaba visiblemente afligido por su amigo, pero su sentido de la responsabilidad le obligaba a abordar ese tema. El analista, consciente de lo acertado del argumento, no respondió.

La voz de Camille se elevó entonces, templada y elocuente. Había escuchado a Edwin mientras acariciaba al susurrador, acurrucado bajo su capa. El tacto del suave pelaje la tranquilizaba: la ayudaba a serenarse y a mantenerse fiel a lo que pensaba.

—Hans nos dejó; Bjorn, Ellana y Salim estuvieron a punto de morir y ya sabemos lo que me pasó a mí —expuso—. La muerte es una realidad que a cada cual le toca asimilar de la mejor manera que sepa. Creo que la decisión únicamente le atañe al maestro Duom.

A su vez, Chiam Vit tomó la palabra:

—Los ancianos ser sabios, no niños. El tiempo llevarse su vida y darles también el derecho de elegir su final. ¿Quiénes ser nosotros para hablar en el lugar de alguien que poder ser nuestro padre? Nuestra misión ser sin duda muy importante, pero a los ojos del maestro Duom, el mundo tener realidad sólo porque él mismo estar con vida. Rechazar el deseo de un mayor es como rechazar la pincelada final de una obra tan antigua como el universo. ¡Es hacer mal!

Ellana asintió con la cabeza y Bjorn y Maniel la imitaron.

Edwin cerró los ojos y espiró largamente. Luego se volvió hacia el analista.

—¿Duom?

El anciano se tomó su tiempo para reflexionar y, cuando habló, lo hizo con voz firme:

—También voy —decidió—. Pase lo que pase, no seré una carga. ¡También voy!

—Muy bien —aceptó Edwin—. Vuestras palabras son sabias y tiene su lógica que nuestra aventura prosiga de este modo... Creo que ahora deberíamos dormir: mañana nos espera un día muy largo.

Todos asintieron y se apresuraron a refugiarse en las tiendas.

Edwin se quedó solo, montando guardia bajo las estrellas.



Nieve sobre llama. Junco en el viento. Marchombre.

Ellundril Chariakin, cabalgadora de bruma.

Camille se volvió para divisar a *Acuarela* una última vez, pero no lo logró. Llevaban más de una hora de camino y el día apenas despuntaba. Edwin los había despertado muy temprano. Con la carreta desenganchada, les había enseñado cómo trabar a los caballos.

—Hay que apretar lo bastante como para que se sientan sujetos —había explicado—, pero de modo que, en caso de necesidad, puedan liberarse.

A continuación había comprobado los nudos y dado la señal de partida. Sólo cargaban con lo estrictamente necesario y Camille comprendió lo que eso significaba: ¡o triunfaban, o no regresarían!

—Cuando yo tenga un caballo —le anunció Salim— lo llamaré *Queso-y-jamón*.

Camille se detuvo y se lo quedó mirando, amablemente burlona.

—Otras veces has estado más poético...

El muchacho se ruborizó ante el recuerdo de su declaración de amor, antes de farfullar una explicación vaga e incomprensible que arrancó una tierna sonrisa a Camille.

El esfuerzo de la subida había coloreado sus mejillas y les faltaba aliento. Avanzaban por un sendero apenas marcado que se elevaba regularmente, y pronto se encontraron con los primeros árboles, unas coníferas que empezaban a adquirir un tono amarillo ocre.

—Rojeadores —indicó Maniel a Salim—. Un poco más avanzada la temporada, darán la impresión de que la montaña está en llamas.

El suelo estaba cubierto por una espesa alfombra de agujas que amortiguaba el ruido de sus pisadas. Algún que otro matorral conseguía abrirse camino de vez en cuando en aquel sotobosque que la luz del día naciente aureolaba con un halo dorado.

Edwin marchaba en cabeza seguido de cerca por el maestro Duom, que parecía considerar una cuestión de honor el hecho de no quedarse rezagado.

Chiam Vit avanzaba al lado de los jóvenes. Iba silbando mientras fijaba una punta de flecha en su asta, y Salim lo contemplaba con admiración: el faël no prestaba la menor atención al camino, pero jamás tropezaba con ningún obstáculo. Sus dedos parecían dotados de vida propia y su tarea le robó menos de un minuto.

—¿Cómo adivinaste lo de la vampira? —le preguntó Camille.

—Nosotros tener una criatura maligna, la tuen' tult, que ser invulnerable al acero. Nosotros haber comprendido mucho tiempo atrás que poderla matar con madera. Nosotros ya no temerla.

—¡Pero no podías saber que lo que es eficaz con la tuen' tult lo sería con la vampira!

—¿Tú tener una idea mejor?

—Pues no...

—¡Yo tampoco!

Chiam le dedicó una mueca y Camille tuvo que conformarse. A lo mejor, faëls y humanos eran realmente distintos...



Se encontraban en un punto elevado de la montaña. El cielo era nítido y el aire gélido, pero el esfuerzo constante que realizaban les impedía tener frío. Maniel incluso se había quitado el abrigo, dejando al descubierto la poderosa musculatura de sus brazos. A mediodía, vadearon un torrente que caía en cascada sobre las rocas. Edwin propuso un alto.

—Estamos llegando al final —les informó—. A partir de ahora, quiero silencio absoluto. Sería una estupidez creer que los ts'liches dejaron a los Sujetos bajo la sola vigilancia del Guardián. Así que se acabaron las conversaciones, ¿de acuerdo?

Compartieron un almuerzo frugal intercambiando algún que otro susurro y luego reanudaron la marcha. Atravesaron una serie de puertos rocosos antes de descubrir la primera placa de nieve, en la que Salim hundió la mano. Entonces se oyó un ruido detrás de una gran roca. Un silbido salpicado de chasquidos que Camille identificó de inmediato por tenerlo grabado en la memoria.

—¡Un andador! —susurró, aterrorizada, al comprender que se encontraban en su territorio.

—Mantengámonos en grupo —ordenó Edwin—: un andador nunca se atreverá a enfrentarse a varios adversarios a la vez.

Los guerreros habían sacado sus armas y, sin bajar la guardia, retomaron su avance. No había nada detrás de la roca y Camille frunció el ceño: ¡estaba convencida de que el ruido provenía de allí!

Hubo una súbita caída de piedras desde las alturas, a su derecha. Artis Valpierre gritó. Una decena de andadores bajaban por la ladera a toda velocidad, con los tentáculos venenosos azotando el aire ante ellos. En un mismo impulso, Edwin, Maniel y Bjorn se precipitaron para colocarse ante sus compañeros.

Pero no hubo ningún combate. Camille se encontraba junto a Chiam Vit y le vio actuar a tal velocidad que tuvo la sensación de visionar una película a cámara rápida. Su mano derecha iba y venía de su carcaj a su arco, casi invisible, y con cada movimiento salía una flecha. El eco del grito de Artis aún no se había extinguido cuando el último andador se desplomó con una saeta ensartada en la boca.

Ellana, maravillada, se aproximó al faël.

—¡Fantástico! —lo felicitó—. Tendré que pensarme mejor todo lo que haya podido decir de tu pueblo.

—Un día, tú venir con nosotros —replicó él— y quizá pensarte peor lo que tú decir de los humanos. Y de los marchombres...

Con una sonrisa, se fue a recuperar sus flechas. Salim y Maniel le ayudaron, pero Camille no pudo decidirse a hacerlo: el recuerdo de los andadores aún resultaba demasiado angustioso como para acercarse a ellos, incluso ya cadáveres.

Un poco más adelante pasaron a un pequeño valle salvaje que acababa contra una pared rocosa y vertical. Edwin ordenó un alto.

—La entrada que yo conozco se encuentra ahí —les explicó en voz baja—, justo al pie del acantilado. Se trata de un antiguo conducto de ventilación.

Apenas había terminado la frase cuando se oyeron unos aullidos raïs, bastante lejos detrás de ellos. Edwin soltó una blasfemia.

—¡Era demasiado bonito para durar! Debían de estar patrullando más abajo y han descubierto nuestras huellas.

—Tal vez no nos encuentren —sugirió Salim.

—No cuentes con ello, muchacho: el olfato de los raïs está muy desarrollado. Ahora que nos han oído, no nos dejarán escapar.

Escuchó con atención e hizo una mueca.

—Dos hordas —se exasperó—, tal vez tres. No nos quedemos aquí. ¡Adelante!



La tropa se lanzó a la hondonada. Brincando por encima de los matorrales, enseguida alcanzaron la pared. Ahí estaba la obertura. Al principio lo bastante ancha para permitir el paso de dos hombres cómodamente, pero que pronto se encogía hasta convertirse en una galería estrecha que la luz del día no lograba iluminar.

—Tenemos un problema —anunció Edwin—: debemos trepar unos metros y luego descender por un pozo. Eso nos llevará tiempo. Los raïs se nos echarán encima antes de que llegemos abajo, y son demasiado numerosos como para pretender

vencerles. Voy a...

—¡No! —lo interrumpió Bjorn—. ¡Ni hablar! Tú eres el único que conoce el camino, por lo tanto el que se queda a recibirles soy yo.

Edwin contempló al caballero un instante en silencio y asintió con la cabeza.

—¡Yo también me quedo!

Maniel estaba sacando pecho, lo que le hacía aún más impresionante que de costumbre.

—Entre los dos —continuó— bloqueamos completamente la entrada. ¡No les será fácil pasar!

Chiam Vit se coló entre ambos colosos.

—A no ser que insistir en divertirnos solos —soltó—, yo querer participar en la fiesta. Al menos si Ellana no tener inconveniente.

La joven marchombre se acercó al faël.

—Ninguna objeción, amigo mío; al contrario. Pero antes de exponerte, debes saber que te libero del compromiso que contrajiste conmigo. Tú sabes cómo puede acabar este enfrentamiento. Si decides luchar, que sea una elección de auténtico hombre libre.

—De faël libre —rectificó Chiam con una sonrisa—, no de hombre. Yo quedarme y estar dispuesto a apostar que vosotros encontrarnos otra vez aquí después de triunfar.

Camille sintió que el corazón se le encogía. Algo en ella gritaba que sus amigos se estaban sacrificando y que no volvería a verles con vida.

—En marcha —soltó Edwin para disimular su emoción.

Presionó brevemente el hombro de los soldados y del faël y luego se adentró en la gruta. Uno por uno, los demás lo imitaron.

Cuando llegó su turno, Camille se arrojó a los brazos de Bjorn, que la estrechó contra sí.

—Eres el caballero más noble que he conocido —le confesó ella cuando él aflojó su presión—. Eres digno de entrar en las leyendas junto a los más grandes.

Después se volvió hacia Maniel y Chiam.

—Estoy orgullosa de haber viajado con vosotros. Sois excepcionales.

Los ojos se le nublaban, así que se dio prisa en concluir.

—Hasta pronto...

Consciente de estar diciendo algo absurdo, se adentró a su vez por el paso.



Cuando hubo desaparecido, los tres amigos se miraron sonriendo y luego Bjorn hizo un amplio gesto con la mano.

—Un buen sitio para morir, ¿no?

—¿Quién hablar de morir? —preguntó Chiam.

—La razón, la simple razón. Los raïs nunca se desplazan en grupos de menos de cincuenta y Edwin ya no está aquí para invertir la lógica.

—Es evidente —admitió Maniel encogiéndose de hombros—. Seguro que ya no veremos otra salida del sol... Limitémonos a hacer que la pequeña pueda terminar lo que empezó.

Bjorn se escupió en las manos y cogió el hacha.

—Vamos a ganar para ella todo el tiempo que necesita —prometió—. ¡Y vamos a divertirnos!

Se oyeron los aullidos de los primeros raïs.



Lo que más me gusta de Gwendalavir, ensalada de setas aparte, es la inutilidad de la palabra imposible.

Merwyn Ril' Avalon.

Gamille trepó unos diez metros antes de atrapar a los demás. Éstos esperaban junto a un pozo oscuro que se abría en una gruta de techo elevado. El maestro Duom había creado una llama que bailaba en la yema de sus dedos y Edwin, que escudriñaba la abertura que tenía a sus pies, intervino:

—Al-Poll estará iluminado: quienes lo dibujaron previeron que jamás se quedara a oscuras. Y ahora, vamos allá. La bajada es peligrosa; tendremos que extremar la prudencia.

—¿Por qué no nos sujetamos? —propuso Salim.

—Porque este pozo tiene al menos cincuenta metros de profundidad y no disponemos de una cuerda lo bastante larga.

Salim cogió su mochila, de la que sacó una soga que brilló delicadamente a la luz de la llama.

—¡El hilo de Hulm! —dijo Ellana—. Ya no me acordaba. ¡Eres genial!

Salim se pavoneó, aunque la ausencia de Bjorn le quitó todo deseo de bromear. Edwin, que conocía las notables propiedades de aquel objeto, lo cogió y practicó un aro en su extremo. Luego se volvió hacia el maestro Duom.

—Tú bajas primero —soltó—. Y no protestes porque no es un regalo, al contrario: abajo puede aguardar cualquier cosa. Tira varias veces de la cuerda cuando hayas llegado.

El analista asintió con la cabeza en silencio. Con un vigor insospechado en él, cogió la cuerda que Edwin había atado con firmeza, se pasó el aro por la cintura y se colocó de cara a la pared. El maestro de armas desenrolló poco a poco el hilo de Hulm y el maestro Duom desapareció en la oscuridad. Para sorpresa de Camille, la

cantidad de soga disponible se mantenía invariable, por lo que la bobina que yacía en el suelo siempre tenía el mismo grosor. El maestro Duom indicó su llegada. Edwin volvió a subir la cuerda y Artis se adentró en el pozo.

—Luego te tocará a ti —indicó el maestro de armas a Ellana.

—¿Y tú? —replicó ella—. ¿Cómo piensas hacerlo?

—Ya me las apañaré. De todos modos, peso demasiado para que me sujetéis.

—En ese caso, me quedo contigo. Bajaremos juntos.

Ruidos de combate llegaron hasta ellos procedentes del exterior. Edwin, inquieto, asintió.

—Pues entonces le toca a Salim. ¡Démonos prisa!

El muchacho cogió el aro que acababa de aparecer y Edwin lo arrojó al vacío sin contemplaciones. Tuvo el tiempo justo de lanzar un grito de estupor cuando Artis y el maestro Duom ya le estaban ayudando a desatarse. Camille no tardó en reunirse con ellos.

Se encontraban en la entrada de una galería con la altura justa para poder estar de pie. En el otro extremo se distinguía un pálido resplandor. Por encima de ellos, de pronto se oyó un ruido y una piedra del tamaño de un balón cayó a los pies de Salim. Edwin, todavía invisible, lanzó una espantosa blasfemia.

—¡Y dos! —soltó Ellana—. Sin mí, te habrías aplastado contra el suelo.

Salim miró a Camille con asombro.

—¿Y dos? —preguntó—. ¿Me he perdido algo?

Su amiga no contestó. El maestro de armas y la marchombre se unieron a ellos. Una sonrisa surcaba el rostro de la joven y Edwin emitió un gruñido enfurruñado. Entregó el hilo a Salim y se metió por el paso.

—Apresurémonos —farfulló.



Al-Poll era, a su manera, casi tan bella como Al-Jeit.

La ciudad se erigía en una gruta de dimensiones increíbles. Bajo una luz clara de origen indeterminado que hacía resaltar el menor relieve, una multitud de torres se alzaban hacia la bóveda rocosa. Estaban talladas en la piedra y cada cual era distinta y extraordinaria en sus proporciones y audacia. El suelo lo constituía una única losa de mármol vitrificado y los pasos de los compañeros resonaban largamente en el silencio absoluto.

Edwin señaló una vasta construcción rematada por una cúpula.

—La Academia de los Dibujantes, ¿verdad, Duom?

—Sí. Si los Sujetos están en Al-Poll, es posible que los encontremos ahí.

A Camille se le disparó el corazón. Estaban llegando al final.

Edwin los guió a través de un laberinto de avenidas que discurrían entre las torres,

hasta que un precipicio apareció ante ellos. Surcaba la ciudad en dos como un navajazo gigante y, con una longitud de cien metros, se hundía verticalmente en una tiniebla absoluta. Una docena de puentes lo franqueaban en armoniosas curvas que le recordaron al Arco sobre el Pollimag. Corrieron al más cercano.

Casi lo habían alcanzado cuando Camille notó que la esfera gráfica traqueteaba en su bolsillo. La única vez que se produjo ese fenómeno fue cuando...

Lanzó un grito de alarma. Edwin y Ellana se giraron mientras Salim saltaba hacia ella. A unos veinte pasos, cuatro siluetas espigadas se alzaban cual silenciosa y mortal amenaza. ¡Los ts'liches!

Camille quiso hablar, pero el Poder de las criaturas la atrapó de lleno. Un frío intenso se apoderó de ella, recordándole cruelmente su encuentro con la vampira. Se le paralizaron los músculos. Su mente vaciló.

En el dolor que afluía en ella, Camille comprendió no obstante que la situación era distinta: esta vez se enfrentaba a un dibujo, así que no era impotente. Puso todas sus fuerzas en la batalla.

Su voluntad golpeó como un mazo la energía de los ts'liches y, cuando el dolor retrocedió, Camille recuperó su libertad de movimiento. Se disponía a reaccionar ante la aparición de un objeto en la realidad, pero nada se materializó: los ts'liches utilizaban su Poder en bruto a modo de arma. Atacaron por segunda vez y Camille apretó los dientes. Su frente se perló de sudor y tenía problemas para gritar. Luchaba para conservar el dominio de su cuerpo y de su mente, como si los cuatro monstruos trataran de...

¡Los ts'liches la estaban convirtiendo en una Sujeta! ¡Así que era así como lo hacían! A su lado, sus compañeros ya no se movían. Sólo Salim, pegado a su brazo, estaba protegido, aprovechando la barrera de protección que ella había erigido instintivamente a su alrededor. Este descubrimiento renovó su coraje y Camille afianzó su voluntad. ¡La presión de los ts'liches sobre su mente era enorme, pero estaba logrando contenerla!

Se sumergió hasta lo más hondo de sí misma para obtener todo el poder que podía y, poco a poco, repelió el ataque. El odio de las criaturas la azotaba en oleadas devastadoras, pero resistió. Casi podía ver un muro de energía reluciendo a unos centímetros de ella y luego, de pronto, el dibujo estalló. Camille se sintió liberada.

A su lado, Salim se estremeció. Los demás, paralizados en pleno movimiento, permanecieron inmóviles. Los ts'liches dieron un paso al frente y, al distinguir sus monstruosas láminas óseas cruzadas ante su torso de insectos, Camille se echó a temblar. Se estaba preparando para lanzarse a las Espiras para un terrible combate cuando el ruido familiar de un sable abandonando su vaina le provocó un sobresalto.

—Tendréis que continuar solos —articuló Edwin.

—Pero... ¿tú...?

El maestro de armas lanzó una mirada a los ts'liches, que se habían detenido, y se permitió una sonrisa.

—Soy un fronterizo, un hijo de Merwyn —soltó—. ¿Por qué crees que los hermanos de estos lagartos acabaron bajo mi acero en el bosque de Barail en lugar de utilizar su poder? Sus dibujos no surten efecto en los de mi sangre y ellos lo saben. ¡Y ahora, marchaos!

—Pero eso es imposible —protestó Camille—. ¡No puedes luchar solo!

—Haz lo que debes, Ewilan, y deja que yo me ocupe de los ts'liches. A ti te queda el Guardián, no lo olvides. Y estarás sola cuando te enfrentes a él, dicho sea sin ofenderte, Salim.

Camille suspiró largamente y dio un paso atrás. Edwin centró su atención en los ts'liches. Junto a él, Ellana, Artis y el maestro Duom estaban inmóviles, con los rasgos fijos en una expresión de dolorosa sorpresa. Camille se aproximó de nuevo. El maestro de armas le lanzó una mirada inquieta, pero ella lo tranquilizó con un gesto antes de propulsarse hacia las Espiras. Sabía exactamente lo que quería y sólo necesitó unos segundos. Luego cogió a Salim de la mano y lo arrastró hacia el puente que salvaba el precipicio.

—Hasta la vista —le soltó a Edwin.

El maestro de armas no respondió.

Estaba absolutamente concentrado en la lucha que se avecinaba y sostenía, erguido ante sí, el sable más bello que había podido ver jamás. Un equilibrio perfecto, un peso ideal, una hoja que sabía afilada para toda la eternidad.

Un dibujo de Camille.



¡Edwin Til' Illan! Personaje mítico cuyas hazañas han moldeado los sueños de varias generaciones de jóvenes caballeros. Era un estratega genial, un rastreador notable y un caballero excepcional, pero si entró a formar parte de la leyenda fue ante todo porque era el guerrero completo.

Señor Hon Sil'Pulim, *discurso a los aspirantes de la Legión Negra.*

Camille se negó a darse la vuelta a pesar de los frecuentes vistazos que Salim echaba tras de sí. Abandonar a sus amigos uno tras otro se le hacía insoportable y se obligó a no pensar más que en su objetivo. Elevadas construcciones acabaron por ocultar el lugar donde Edwin libraba combate. Un combate que, fuera cual fuese su desenlace, entraría a formar parte de la leyenda.

La Academia de los Dibujantes era un edificio desmesurado, a imagen de la ciudad que la albergaba. Una escalinata imponente conducía a una puerta que hubiera dado cabida sin problemas a una manada de elefantes. Por fortuna estaba entreabierta, pues debía de pesar toneladas y abrirla hubiera resultado imposible. Se deslizaron al interior, donde, para su gran sorpresa, reinaba una oscuridad absoluta.

—Es tu turno, vieja —murmuró Salim—. ¡Luz!

Camille dibujó una llama que empezó a bailar en la yema de sus dedos dispensando un resplandor débil.

—Un poco pobre como iluminación... —comentó Salim.

—Quizá —musitó Camille—, pero pienso que es mejor que nos mostremos discretos.

Su amigo no respondió. Su seguridad era todo fachada y sólo la presencia de Camille le impedía volverse por donde había venido.

El interior de la Academia parecía devastado por un cataclismo. Columnas que debieron de ser titánicas se habían derrumbado. Trozos enteros de pared no eran ya más que ruinas y una monumental pila de escombros se elevaba en el centro de una

sala cuyos límites se perdían en la oscuridad, donde una escalera grandiosa subía hacia un primer piso casi tan lejano como el cielo.

—¿Cómo quieres que encontremos a nadie aquí dentro? —musitó Salim—. En esta habitación podría esconderse un ejército sin que llegaran a encontrarlo nunca.

—No tengo ni idea —suspiró Camille, apoyándose contra la pila de desperdicios.

De repente se oyó un ruido a la altura de su hombro, como una lona de cuero chasqueando al viento, y un ojo del tamaño de una puerta se abrió a su espalda. Salim soltó un alarido que Camille prolongó al percatarse de que la acumulación de piedras en que se había reclinado estaba cobrando vida, y de que se trataba de un animal monstruoso.

Titubearon hacia atrás, tropezando con los guijarros que cubrían el suelo y empujándose en su prisa por alejarse de esa cosa que acababan de descubrir.

¡El Guardián!

El ojo se posó sobre ellos y su enorme iris cobrizo difundió una luz que volvió fútil la llama de Camille. Luego, el animal se enderezó y se les paró el corazón.

De unos veinte metros de altura con las patas todavía replegadas bajo su cuerpo, un inmenso par de alas que descansaban sobre su espalda y unas fauces adornadas con colmillos del tamaño de un hombre, el Guardián era un dragón.



—¡Dibuja! —chilló Salim.

Sin reflexionar, Camille se lanzó a la Imaginación. No sabía lo que estaba buscando allí. Un arma, una idea, tal vez algún modo de huir.

¡Y se encontró con el Dragón!

Ahí estaba, inmenso y todopoderoso, bloqueando con su mole los caminos de la Imaginación. Camille sintió que su capacidad de razonar vacilaba. Nunca se había topado con nadie en las Espiras. ¡Era imposible, ese animal no podía estar ahí! Sin embargo, una voz gutural se elevó en su mente:

—*Durante siglos jugué con las nubes y los vientos. Vi todos los continentes de este mundo y sobrevolé océanos tan grandes que el universo se perdería en ellos. Desafié a las estrellas y a los huracanes. Fui montaña y fui pájaro. Adquirí el dominio de los elementos cuando el hombre aún no era nada. Vivo de Aire y escupo Fuego. Surgí de la Tierra y en el Agua hallé mi complemento, la otra mitad de mi alma. Era Dragón, pero ahora ya sólo soy un Guardián. Engañado por las mentiras de unos seres embusteros, atrapado en sus ardidés, perdí mi reino, perdí mi Amor. Estoy ligado a una tarea vil por un Poder que mi fuerza no puede romper. Debo velar por unos humanos miserables y matar a aquellos que estén lo bastante locos como para acercarse a mí. Te voy a dar muerte, chiquilla, aunque has de saber que no sentiré ningún placer, pues leo en ti lo suficiente como para percibir tu fuerza y tu*

nobleza; pero no tengo elección...

—¡Espera!

Camille había gritado y su grito le hizo dejar las Espiras.

El Dragón se encontraba muy por encima de sus cabezas. Una humareda azulada salía de sus fosas nasales, grandes como chimeneas. Un inmenso collar de metal brillante rodeaba su cuello y sus ojos reflejaban la sabiduría inmemorial que Camille había leído en los de la Dama.

¡La Dama!

De pronto, todo adquirió sentido. El pacto acordado con la ballena, la misma luz en la mirada de los dos seres gigantes, la alusión del Dragón a su mitad acuática...

Éste abrió una boca inmensa, en cuyo fondo enrojecía el infierno que se estaba preparando; pero Camille tendió el brazo. Ya no tenía miedo, y cuando habló, lo hizo con voz benévola.

—Ella me ha enviado hasta ti —comenzó—. Se dirigió a mí una noche, cuando yo iba a bordo de un barco. Las dos sellamos un pacto del que yo no sabía nada. Más tarde, me impidió morir para que cumpliera mi palabra. Sin embargo, hasta ahora ignoraba lo que ella esperaba de mí. Yo sólo sabía que, para ella, mi nacimiento no tenía otro motivo que conducirme hoy hasta aquí. Ahora lo entiendo. ¿Quién te ha infligido esto? ¿Quién ha osado someter al Héroe de la Dama?

El Dragón había escuchado en silencio. Volvió a cerrar la boca y bajó la cabeza a su altura. Salim dio un paso atrás. Camille no se movió. La titánica bestia habría podido tragársela entera, pero no había en ella el menor rastro de temor. Con la yema de los dedos, acarició el collar de metal y la voz del Dragón se elevó:

—El Poder ts'lich. Ellos dibujaron lo que no puede ser destruido. Lo que me ata al suelo y me impide abandonar esta sala. ¿Qué podrías hacer tú, mensajera de mi Dama?

Una oleada de fortaleza invadió a Camille, semejante a la que había experimentado al dibujar el rayo que desintegró al mercenario. Abrió los brazos.

—Sólo soy una niña —dijo—, pero voy a devolverte tus alas.

Se sumergió lentamente en la Imaginación. El Dragón ya no estaba ahí y, sin embargo, Camille percibía su presencia, una pasmosa ola de Poder que la impulsaba hacia delante.

Llegó más arriba de lo que había llegado nunca y entonces sintió un segundo apoyo. ¡La Dama se había unido a ellos!

Camille centró su atención en el collar del Dragón y se le apareció tal como era realmente: un formidable entramado de energía que ataba al animal al suelo. Lo sondeó y percibió toda su fuerza. Una frase del maestro Duom le vino a la cabeza: «Lo que se ha dibujado para ser eterno no puede romperse jamás».

Tensó su voluntad y, cuando se lanzó allí, otras dos presencias se unieron a ella. Reconoció a la primera de inmediato: esta vez, su madre no utilizaba al susurrador como intermediario. Su poder era irrisorio comparado con la potencia del Dragón y

de la Dama, pero transmitía tanto amor y confianza que Camille sintió que su propia fuerza crecía aún más.

Entonces se hizo evidente la identidad de la segunda persona: su padre también estaba vivo y se lanzaba a luchar junto a ella. Con la certeza de triunfar, Camille golpeó el dibujo ts'lich.

Al principio no pasó nada. El objeto, creado mediante la fuerza combinada de los miembros de una raza inmemorial, parecía indestructible. Luego, un nuevo tramo de las Espiras se abrió ante Camille. Un lugar que, por sí sola, jamás hubiera logrado alcanzar; un lugar que, sin duda, jamás volvería a ver. Las posibilidades allí eran infinitas, pues el concepto de límite había desaparecido. Se sentía propulsada por la fuerza de dos seres fabulosos, pero sabía que, sin ella, éstos habrían sido impotentes. Ellos eran el arco y ella la flecha. Su propio don la guiaba infalible hacia su blanco.

Cuando su poder dio en el centro de ese blanco, hubo una explosión de luz y un estruendo tan sonoro que Camille y Salim creyeron ensordecer.

Partido en dos, el collar yacía en el suelo.

El Dragón emitió un rugido de alegría. Irguió la cabeza hacia la bóveda de la sala y una llama inmensa brotó de sus fauces. Luego, sus patas lo propulsaron hacia arriba y salió disparado como un meteoro. Chocó contra el techo y lo atravesó como si fuera de papel.

Camille y Salim tuvieron el tiempo justo de ponerse al abrigo: una lluvia de escombros cayó a su alrededor y a punto estuvo de sepultarlos.

Una segunda avalancha se abatió cuando el Dragón atravesó el techo de la Academia, y corrieron a refugiarse bajo la gigantesca escalera.



Ahí es donde descubrieron a los Sujetos.

De nuevo se había hecho el silencio, salpicado de vez en cuando por la caída de alguna piedra. Eran diez, como insertados en un caparazón de materia translúcida, dispuestos sin la menor delicadeza contra una pared medio derrumbada y recubiertos por una espesa capa de polvo.

Estaban inmóviles, y sin embargo Camille leyó en sus miradas que mantenían toda su conciencia. Hasta creyó ver unos ojos femeninos volverse levemente en su dirección.

—¡No es que parezcan lo más de lo más para ser unos héroes! —subrayó Salim sin poder evitarlo.

Con la partida del Dragón, el aura de la Dama había desaparecido, pero Camille aún percibía la presencia de sus padres y su seguridad se mantenía indemne. Se deslizó a las Espiras.

Comparado con la fortaleza del collar, el dibujo que inmovilizaba a los Sujetos le

pareció casi infantil. No había sido creado para toda la eternidad y deshacerlo no le supuso ningún problema.

Uno tras otro, los Centinelas despertaron. Se volvieron hacia los dos jóvenes con rostros henchidos de gratitud y la mujer a la que Camille había creído ver moverse dio un paso en su dirección.

No tuvo tiempo de hablar.

—Yo he cumplido mi parte del trato —anunció Camille—, ya hablaremos más tarde. Ustedes tienen un cerrojo que dismantelar en las Espiras y yo tengo unos amigos a los que salvar.

—¡Espera! —le gritó la mujer—. Soy Elea Ril' Morienvál. Fui yo quien se puso en contacto contigo cuando llegaste a Gwendalavir. ¡No puedes irte de este modo!

Camille le dirigió una mirada glacial, grabando para siempre esos rasgos en su memoria.

—Elea Ril' Morienvál... —repitió, marcando las sílabas—. ¡Sé de sobra quién es usted! Hace semanas que deseaba encontrarla. Lástima que no pueda entretenerme: tenemos tantas cosas que contarnos... Pero no se preocupe: ¡volveremos a vernos! Aún no he acabado con usted.

Luego, antes de que la Centinela pudiera añadir nada, Camille cogió del brazo a Salim y desaparecieron de allí.



¿Existe un Dragón, entidad única y maravillosa, o varios dragones, raza ante la cual los ts'liches parecerían unas criaturas enclenques? Mientras el hombre siga confinado al Imperio, no hallaremos la respuesta. El Saber pasa por la exploración...

Maestro Duom Nil'Erg, carta al emperador Sil'Afian.

Al lado de sus compañeros inmóviles, Edwin había hincado una rodilla en el suelo. Su frente se apoyaba en sus manos, unidas en la empuñadura de su sable. Tenía los ojos cerrados y su respiración era sibilante. Por la armadura de cuero hecha trizas manaba sangre producto de una docena de heridas de las que tres, al menos, hubieran necesitado una buena sutura.

Los cuerpos de los cuatro ts'liches yacían alrededor de él.

Cuando aparecieron Camille y Salim, alzó la cabeza y una sonrisa nació en su rostro marcado por la extenuación.

—¿Lo has logrado? —preguntó con voz ronca.

—¡Sí!

La noticia fue como una conmoción. Con una mueca, se puso en pie.

—¿Está herido de gravedad?

Salim estaba preocupado. Su mirada saltaba del maestro de armas a los cuerpos de los ts'liches, tan impresionantes muertos como vivos. No entendía cómo Edwin había sobrevivido a semejante enfrentamiento y creía que iba a desplomarse en cualquier momento.

El maestro de armas lo tranquilizó:

—Nada serio, sólo unos cortes y una intensa fatiga. Ya no soy un jovencito...

Salim abrió los ojos de par en par.

—¿Cuatro ts'liches y se cree que está viejo?

Edwin sonrió.

—El sable de Ewilan me ha ayudado bastante.

Luego se volvió hacia ella.

—¿Y el Guardián?

Pero Camille ya se había sumergido en las Espiras. Ahora conocía el dibujo que tenía sujetos a sus amigos y los liberó. A pesar de su inmovilidad forzada, éstos habían seguido el curso de los acontecimientos. Gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas del maestro Duom, que abrazó a Camille estrechándola contra su corazón.

—¡Lo has logrado! —exclamó—. ¡Eres maravillosa!

Ella se apartó amablemente pero con firmeza.

—Aún no hemos terminado —aseguró—. ¡Hay que ayudar a Bjorn y a los otros!

El rostro del analista se tiñó de compasión.

—¿Sabes, Ewilan? Temo que...

—¡No, no diga nada! ¡Usted no lo sabe! ¡Todo es posible todavía!

Ellana y Edwin intercambiaron una mirada que lo decía todo, pero la joven marchombre asintió:

—¡Tiene razón, tenemos que ir!

Camille le dirigió una sonrisa agradecida y se volvió hacia Edwin.

—Puedo llevarte allí realizando un paso al otro lado —le propuso—. Si aún te sientes capaz de combatir.

Ellana, que había asistido maravillada al combate de Edwin contra los ts'liches, quiso intervenir, pero él no le dio tiempo.

—Está bien —afirmó—. Estoy listo.

—¡Espera!

La voz de Artis había restallado, autoritaria.

—¡Sería absurdo enfrentarse a los raïs en este estado! Dame un minuto para curar tus heridas.

Era una orden más que una petición, y Edwin, alucinado, no protestó. El soñador puso las manos sobre sus hombros, cerró los ojos y no se movió. Salim, que se encontraba cerca de él, vio con estupor cómo cesaba de sangrar una herida del antebrazo de Edwin. Sus bordes se acercaron entre sí y ya sólo quedó una cicatriz, aún hinchada pero con buen aspecto. Otros cortes se cerraron del mismo modo y Artis retrocedió un paso.

—Ya está, he terminado. No es nada del otro mundo, pero aguantará si no te excedes.

Edwin movió el brazo con asombro, pero Camille ya le estaba cogiendo la mano.

—¿No puedes llevarme a mí también? —insistió Ellana.

—No. No sabría explicar por qué, pero soy incapaz.

—No importa. Os seguiremos.

Camille y Edwin desaparecieron. Los demás se miraron sonriendo.

—¡Esta cría es fenomenal! —declaró el maestro Duom—. ¿Os dais cuenta de lo

que ha llevado a cabo?

—¿Cree que los Sujetos lograrán liberar las Espiras? —preguntó Artis.

—Ya no son los Sujetos —lo corrigió el analista—, sino los Centinelas, y la vía ya está abierta. ¡El cerrojo ha saltado! Lo he notado en mi cuerpo como si rejuveneciera diez años. Por fin puedo dibujar y, creedme, ¡es una sensación maravillosa!

—¿Y si los ts'liches cerraran otra vez la Imaginación?

—¡Imposible! Sabemos que los guerreros lagartos ya no eran muy numerosos y Edwin, desde el inicio de esta aventura, ha eliminado a seis. ¡Los supervivientes nunca volverán a tener suficiente poder para bloquear las Espiras!

Ellana contempló los cuerpos monstruosos tumbados en el suelo.

—También él es fenomenal —murmuró—. Nunca he conocido a nadie que le llegue a la suela del zapato. Vamos —continuó—, temo que ya no haya esperanza para nuestros amigos, pero Ewilan tiene razón: debemos creer en lo imposible mientras podamos.



Camille y Edwin se materializaron en la parte alta de la galería. Al instante, el maestro de armas se colocó delante de ella y se puso en guardia. Aunque era inútil: ya no había enemigos contra los que luchar.

La entrada del pasadizo estaba obstruida por un amasijo de cadáveres raïs, pero no había ni rastro de Bjorn y sus compañeros. Desde fuera llegaba un hedor espantoso que arrancó una mueca a Camille.

—¿Qué ha pasado? —musitó.

Edwin le hizo una seña para que callara y avanzó con la máxima alerta. Ella lo siguió sin hacer ruido y entonces descubrió una masacre alucinante. Unos cincuenta guerreros raïs yacían en el suelo. Sus cuerpos parecían carbonizados y algunos aún echaban humo; varias llamas se extinguían poco a poco entre la hierba y los matorrales. Bjorn, Maniel y Chiam estaban sentados en una gran roca y contemplaban la escena con estupefacción.

En el momento en que aparecieron Edwin y Camille, el caballero estaba increpando a sus amigos:

—¡Os digo que era un dragón!

Maniel sacudió la cabeza con aire obstinado.

—¡Los dragones no existen, todo el mundo lo sabe!

—Y aunque existir —intervino Chiam Vit—, ¿por qué éste acudir en nuestra ayuda? Los raïs quedar chamuscados y a nosotros no acercarse ni la menor llama.

Camille le guiñó el ojo a Edwin.

—Porque ese dragón es un amigo —soltó.

Desprevenidos, los tres compañeros se pusieron en pie de un salto y Bjorn estuvo a punto de caerse.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Qué estás diciendo?

Luego tomó auténtica conciencia de su presencia y corrió hacia ellos, seguido por Chiam y Maniel.

—¡Diantre, Camille! —farfulló—. Si estás aquí, eso significa que...

—Está hecho —explicó ella con una larga sonrisa—. Los Centinelas son libres y las Espiras se abrirán.

—¿Y los demás?

—Ahora vienen.

Bjorn soltó un aullido de alegría y se arrojó a los brazos de Maniel. Los dos gigantes se pusieron a bailar dándose en la espalda unas palmadas como para tumbar a un buey. Gritaban y cantaban a la vez mientras Chiam, encima de la roca, se reía a mandíbula batiente.

Camille sintió que se quitaba un peso enorme de encima.



Ewilan, cuando dibujó el sable de Edwin, tuvo la genial idea de colocárselo entre las manos en lugar de clavarlo en una roca hasta la empuñadura. ¡Puede que sea menos romántico, pero es infinitamente más práctico!

Anónimo.

Ya era de noche y un fuego brillante lanzaba sus llamas hacia las estrellas. Los compañeros estaban reunidos en torno a su luz y su calor.

Habían vuelto rápidamente a la hondonada en la que habían dejado sus caballos, como si el éxito les hubiera dado alas. Artis Valpierre había dado un empujón a la naturaleza con su arte y las heridas ya no eran más que recuerdos. Por el camino, Bjorn y Maniel habían acarreado con madera suficiente para acampar toda una semana y, al llegar, Camille había sido recibida por los relinchos de *Acuarela*, que se entusiasmó al verla. Chiam había preparado una succulenta comida, que engulleron relatándose unos a otros las experiencias que acababan de vivir.

—¡Ya basta de hablar de mí! —exclamó Camille—. ¡Ahora os toca a vosotros!

Bjorn se aclaró la garganta.

—A nosotros —comenzó sin hacerse de rogar— nos ha ido muy bien. Sorprendente, ¿no? A decir verdad, yo estaba convencido de que no sobreviviríamos a este trance. Los raïs se nos han echado encima llegando como salvajes a través de los árboles. Un maremoto auténticamente espantoso, pero entonces Chiam se ha puesto en marcha...

El caballero se detuvo un segundo para posar la mano sobre el hombro del faël.

—Edwin y Ellana son excelentes tiradores —continuó—, pero los dos juntos no valen un pimiento al lado de nuestro amigo, aquí presente. Ha matado a una docena con sus flechas, ¡y con lo rápidos que llegaban! Luego, Maniel y yo hemos cogido el relevo con acierto, como de costumbre, aunque el machete de Chiam tampoco ha parado. Los raïs eran tan numerosos que se empujaban unos a otros bajo nuestros

filos. La verdad es que era un desenfreno. Cuando el terreno ha quedado despejado, el problema se ha vuelto más serio, pues el cansancio empezaba a hacer mella en nuestro ánimo mientras que los raïs tenían más espacio para desplazarse. ¡Creía que era nuestro fin! De pronto, el cielo se ha oscurecido y una mole inmensa ha caído sobre nuestros enemigos. Se ha desencadenado el infierno y todo ha terminado. ¡Han quedado calcinados! Lo único que hemos visto es a un animal gigantesco que se alejaba volando hacia el sur. Cuando habéis llegado vosotros, nos estábamos preguntando qué podía haber sido. Eso es todo.

Se hizo un silencio que se prolongó como si a cada cual, tras el entusiasmo provocado por la victoria y los reencuentros, le apeteciera disfrutar de una alegría más serena.

Curiosamente, fue Maniel quien habló primero.

—¿Y ahora? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

Durante un momento prolongado sólo le respondió el crepitar de la hoguera, hasta que Artis se atrevió:

—Yo iré a Tintiana, al sur de Astariul. Ahí tenemos una cofradía y aún me queda mucho que aprender.

—Yo acompañarte, si estar de acuerdo —propuso Chiam Vit—. Yo siempre prometerme descubrir Umbrosa. Hacer el camino los dos juntos y, cuando tú encontrar a tus hermanos, yo continuar hasta el bosque maldito.

Los rostros se volvieron hacia Bjorn, que se encogió de hombros.

—Yo le he prometido a Maniel una visita a la granja de mis abuelos. Es ahí adonde iremos después de echar un cable en el ejército imperial para expulsar a los raïs de Gwendalavir y quitarles las ganas de volver a poner los pies aquí. Supongo que tú harás otro tanto, Edwin...

—No —respondió éste—. La liberación de los Centinelas vuelve a poner en juego a nuestros dibujantes y la guerra contra los raï cambiará completamente de tono. La victoria está a nuestro alcance, pero, de todos modos, no participaré en los últimos combates. Antes de abandonar Al-Jeit me entrevisté con el emperador y mi papel será otro: Ewilan ha cumplido su misión, pero su búsqueda no ha terminado. Hice una promesa y de ninguna manera pienso traicionarla. Continuaré a su lado.

Todas las miradas apuntaron a Camille, que sonrió con tristeza.

—Os tengo mucho afecto —musitó— y no deseo que nos separemos. Pero ahora cada uno de nosotros se irá por su lado, aunque estoy segura de que algún día no muy lejano volveremos a reunirnos. De momento, tengo una cuenta que saldar con una tal Elea Ril' Morienvál. Por muy Centinela que sea, traicionó a mis padres y quiero saber qué fue de ellos. Edwin tiene razón: mi búsqueda no ha terminado. He tenido a Elea al alcance de mi mano, pero he debido dejarla escapar. Necesito averiguar adónde ha ido y me temo que no será fácil.

El maestro Duom le dio unas palmadas en la rodilla.

—No te preocupes por eso —la tranquilizó—: yo sé exactamente dónde se

encuentra.

Ante la expresión de sorpresa de Camille, explicó:

—El cerrojo ts'lich ha saltado, las Espiras se han liberado y...

—¿Ya? —interrumpió Salim—. ¡Yo no he visto ni oído nada! Me esperaba una representación llena de luz y sonido, o al menos algún fuego artificial...

—Créeme: ¡ha armado su jaleo! ¡Nuestros dibujantes se han precipitado a las Espiras en el preciso instante en que el cerrojo ha saltado y puedo asegurarte que los raïs han salido disparados con un petardo en el culo!

La expresión arrancó una sonrisa a Salim, que, aun así, pareció decepcionado.

—Es injusto —protestó—. Llevamos no sé cuántos días desviviéndonos y arriesgando el pellejo. Me hubiera gustado disfrutar del espectáculo.

Camille dejó escapar un suspiro de irritación.

—No estamos en una película, Salim, y te recuerdo que el maestro Duom me estaba hablando de Elea Ril' Morienvál. ¿Podrás escucharle hasta el final o tienes intención de monopolizar la conversación?

Salim abrió la boca para replicar, pero Bjorn posó su manaza sobre su hombro.

—Será mejor que te calles —le aconsejó— o tendrás tus propios fuegos artificiales; no sé si me entiendes...

Salim observó al caballero y después a Camille, que no tenía aspecto de estar bromeando.

—Perfecto —se rindió—, el cerrojo ts'lich ha saltado y ha hecho el mismo ruido que un petardo remojado; pero me da lo mismo. ¿Dónde estábamos antes de que yo monopolizara la conversación?

El analista no pudo reprimir una sonrisa que pronto contagió al resto.

Después de que todos se calmaran, continuó:

—La abertura de las Espiras ha permitido a nuestros dibujantes participar en la batalla, pero además ha restaurado el sistema de comunicación del Imperio. Las informaciones circulan de nuevo y, en mi calidad de maestro analista, soy como una plataforma giratoria de los intercambios alavirienses. Ahora mismo, Elea Ril' Morienvál se encuentra con los otros en la Ciudadela Fronteriza. Los Centinelas han realizado un paso al otro lado y están recuperando el tiempo perdido fastidiándoles la existencia al ejército raï. Una mensajera me ha informado de ello hace menos de una hora.

—En ese caso, me marcho a la Ciudadela.

—Excelente idea —sonrió Edwin—. No he vuelto a casa en años.

Salim se frotó las manos.

—Estoy deseando verla —soltó.



—¡No!

Ellana había hablado con amabilidad, casi en voz baja, pero sus rasgos reflejaban una gran determinación.

—Lo siento mucho, Salim. Te comprometiste prestando un juramento que no tolera ser olvidado. Me debes tres años de tu vida, ¿recuerdas? Sin posibilidad de cambiar de opinión o de discutir siquiera. Mañana, cuando partamos, no será para ir a la Ciudadela.

Se hizo un largo silencio que Camille acabó por romper:

—Estás de broma, ¿verdad?

Ellana la miró con compasión.

—No, hablo en serio. Muy en serio.

—Tú no le has salvado la vida tres veces a Edwin, no puedes marcharte... —trató de argumentar Camille.

—Tienes toda la razón: no es fácil ayudar a este diablo de hombre.

—Pero...

—Escúchame y procura comprenderlo —la cortó Ellana—. Estoy atrapada entre dos promesas y la situación no puede prolongarse más. Tengo que elegir. Hasta ahora, lo prioritario era apoyarte en tu misión, lo que me ha permitido unir el deber al placer. Pero ahora que los Centinelas son libres, debo pensar en mi gremio y en mis obligaciones hacia él. Mis compromisos personales pueden esperar. Volveré para cumplir mi promesa, pero mañana me marcho y Salim viene conmigo.



El amor es una llave que abre el camino a todas las posibilidades.

Merwyn Ril' Avalon.

No estás obligado a obedecer...

Camille y Salim estaban sentados uno junto al otro en la cima de una atalaya, a varias decenas de metros del campamento. El cielo nocturno les ofrecía su infinitud serena, pero ellos sólo percibían su propia angustia.

El anuncio de Ellana había sacudido al grupo, barriendo la alegría por la victoria. Le habían pedido que esperase, que reflexionara, pero ella se había negado a escucharles, rechazando todos los argumentos con testarudez. Nadie, sin embargo, le había reprochado su actitud. El código de honor de los marchombres tenía demasiada fama y estaban demasiado unidos a Ellana para no respetar su decisión.

Aparte de Camille y Salim, Edwin fue el que quedó más afectado. Al oír a Ellana, su rostro se volvió impenetrable y su mirada adoptó un tinte tormentoso. No obstante, había optado por callarse y entonces, observándolo, Chiam Vit se había puesto en pie.

—¿Por qué la boca de los humanos tener un lenguaje distinto al de su corazón? — le había soltado a Ellana—. La verdadera razón de tu partida ser que tú tener miedo. Miedo de lo que gritar tus sentimientos. Miedo de admitir lo que tú saber desde hace tiempo. Miedo de confesarte que amar...

—¡Cállate!

La voz inquieta de Ellana había sido como un seco latigazo. El faël había mirado largamente, antes de alejarse con una sonrisa triste en los labios.

Uno por uno, los demás se retiraron también, más para ofrecer a Camille y Salim un último momento de intimidad que para conciliar un sueño que amenazaba con demorarse. Solos en la noche, los dos adolescentes tenían todas las dificultades del mundo para describir con palabras los sentimientos que bullían en ellos.

—No estás obligado a obedecer...

—Imposible —respondió Salim—; lo sabes muy bien. ¿En qué me convertiría si cambiase de opinión cada cinco minutos, si jurase en falso? Ya no sería yo mismo y tú acabarías detestándome...

—Eso es una estupidez, Salim: yo nunca podría detestarte, porque...

El muchacho puso un dedo sobre los labios de su amiga.

—Sssh —murmuró—. Yo descubro el contenido de mi alma porque soy incapaz de callarme, porque me desborda y si no hablo me ahogo. Pero tú no digas nada; es inútil. Tú rompe corazones y deja que esperen, ¿de acuerdo?

Camille sintió que un nudo de pesar le atenazaba la boca del estómago. Una gruesa lágrima rodó por su mejilla y ella cerró los ojos para que fuera la única.

Salim la contempló largamente antes de continuar.

—Vas a saldar tus cuentas con esa traidora y a encontrar a tus padres. Y yo voy a convertirme en alguien formidable, más fuerte que Edwin y Bjorn juntos. Tres años no es mucho, ¿sabes?, aunque mañana crea morir cuando me separe de ti. ¡Volveremos a vernos, y entonces tendremos diecisiete años!

Camille abrió los ojos y se quedaron mirando largo rato en silencio. Salim se obligó a continuar en un tono más alegre.

—¡Diecisiete años! ¿Crees que vas a besarme cuando nos veamos?

La voz de Camille se quebró al responder.

—Es posible, viejo, es posible...

Su mirada se llenó entonces de tanta ternura que Salim se olvidó de respirar. Y luego ella siguió, con gran dulzura:

—Pero ¿para qué esperar tanto?

Glosario

Akiro Gil' Sayan: Nombre alaviriense de Mathieu Boulanger. Akiro salió de Gwendalavir cuando tenía once años y no conserva ningún recuerdo de sus orígenes. Hijo adoptivo de la familia Boulanger, ahora tiene dieciocho años de edad, es un apasionado de la pintura y cursa estudios en la Escuela de Bellas Artes de París.

Alavirienses: Habitantes de Gwendalavir.

Alinos: Piratas humanos que viven en el archipiélago de las Alinas, en el Gran Océano del Sur. Los alinos llevan siglos saqueando Gwendalavir e impidiendo que el Imperio se aventure mar adentro.

Altan Gil' Sayan: Uno de los Centinelas más poderosos de Gwendalavir. Es el padre de Ewilan y de Akiro. Despareció mientras intentaba desmantelar un complot contra el Imperio.

Andadores: Criaturas aracniformes de más de un metro de altura, venenosas y agresivas, capaces de dar el paso al otro lado. Viven en la cordillera del Poll, aunque a veces son utilizados por los ts'liches para llevar a cabo misiones.

Artis Valpierre: Soñador de la cofradía de Ondiana. Artis es un hombre de gran timidez, poco acostumbrado a frecuentar a quienes no son soñadores. Como todos los de su gremio, posee el don de la Curación.

Bjorn Wil' Wayard: Bjorn, que tiene treinta y dos años cuando se encuentra con Ewilan por primera vez, ha pasado la mayor parte de su vida en busca de misiones épicas y evitando las preguntas embarazosas. Sin embargo, esto no le impide ser un caballero; fanfarrón, sin duda, aunque noble y generoso de todas formas. Bjorn es un experto con el hacha de combate y con los banquetes bien regados.

Camille Duciel: Véase Ewilan Gil' Sayan.

Chiam Vit: Chiam es un faël. Con el arco es un tirador temible, y como compañero es brioso y mordaz. Le encanta burlarse de los humanos y su torpeza, aunque muestra una solidaridad intachable hacia sus amigos alavirienses.

Corredores: Pájaros incapaces de volar y de unos cincuenta centímetros de altura. Viven en las llanuras alavirienses, donde cavan madrigueras profundas. Su carne es un manjar de primera en Gwendalavir.

Damas: Las damas son cetáceos gigantes que reinan en las aguas de Gwendalavir. La Dama es una inmensa ballena gris que posee un poder superior al de los dibujantes

alavirienses.

Duom Nil' Erg: Analista célebre por su talento y su carácter difícil, Duom Nil'Erg ha puesto a prueba a varias generaciones de dibujantes, determinando el poder de su don y permitiéndoles utilizarlo de la mejor manera. Su capacidad para la reflexión y la agudeza de su mente han influido a menudo en la política del Imperio.

Edwin Til' Illan: Uno de los pocos alavirienses que ha entrado en vida en los grandes anales de la leyenda. Edwin Til'Illan está considerado como el guerrero completo. Maestro de armas del emperador, general de los ejércitos alavirienses, comandante de la Legión Negra, acumula títulos y proezas al tiempo que mantiene un halo de secretismo sobre su vida.

Elea Ril' Morienva: Esta Centinela, tan poderosa como Elida y Altan Gil'Sayan, es una figura tenebrosa. Su ambición y su sed de poder son desmesurados, y su falta de moral la convierte en una adversaria temible.

Elicia Gil' Sayan: Madre de Ewilan. Su belleza y su inteligencia estuvieron a punto de convertirla en emperatriz de Gwendalavir, pero eligió desposar a Altan. Elicia y Altan desaparecieron mientras intentaban dismantelar un complot contra el Imperio.

Elis Mil' Truif: Maestro dibujante y profesor célebre por ser el autor de un imponente tratado destinado a los alumnos dibujantes de la Academia de Al-Jeit.

Ellana Caldin: Joven marchombre rebelde e independiente. Dentro de su gremio, a Ellana se la considera un prodigio que va tras los pasos de Ellundril Chariakin, la mítica marchombre. Aun así, su alma conserva una frescura que la distingue de los de su especie.

Ewilan Gil' Sayan: Nombre alaviriense de Camille Duciel. Joven superdotada que tiene unos grandes ojos violeta y una marcada personalidad. Adoptada, para su desgracia, por los Duciel, en realidad es hija de Altan y Elicia y posee el don del Dibujo en su máxima expresión y eficacia. Cuando entra en contacto con el Imperio de Gwendalavir, le corresponde la misión de salvarlo de la amenaza de los temibles ts'liches.

Faëls: Los faëls, aliados del Imperio, viven al oeste del bosque de Barail. Constituyen una raza apasionada por la libertad y el individualismo. De pequeño tamaño, célebres por su rapidez y su agilidad, son unos guerreros feroces, enemigos natos de los raïs.

Françoise Duciel: Madre adoptiva de Camille. Françoise Duciel es una persona egocéntrica, afectada y petulante.

Gomadros: Artrobatracios parecidos a un cruce entre sapo y babosa. Los mercenarios del Caos los utilizan por su capacidad para bloquear el acceso a las Espiras de la Imaginación.

Gwendalavir: Principal territorio de los humanos en el segundo mundo. Su capital es Al-Jeit.

Hans: Soldado del Imperio bajo las órdenes de Saï Hil' Muran, señor de la ciudad

de Al-Vor.

Ilian Polim: Maestro navegante y patrón de la *Perla del Chen*.

Inspector Franchina: Inspector de policía encargado de investigar la desaparición de Camille y Salim.

Iván Wouhom: Comerciante de cereales alaviriense que vive en la región de Al-Vor.

Legión Negra: Fuerzas de élite del Imperio.

Maestro Carboist: Maestro soñador, superior de la cofradía de Ondiana. Como todos los soñadores de alto rango, el maestro Carboist desempeña un importante papel político en cuanto consejero del señor de Al-Vor.

Maniel: Soldado del Imperio bajo las órdenes de Saï Hil' Muran, señor de la ciudad de Al-Vor. Maniel es un coloso de carácter dulce y sociable.

Marchombres: Los marchombres han desarrollado sorprendentes capacidades físicas basadas sobre todo en la rapidez y la flexibilidad. Todos ellos comparten la misma pasión por la libertad, rechazan cualquier forma de autoridad, y se rigen por un código de conducta muy riguroso.

Mathieu Boulanger: Véase Akiro Gil' Sayan.

Maxime Duciel: Padre adoptivo de Camille. Maxime Duciel es un hombre de negocios egoísta y engreído.

Mentai: Guerrero de elevado estatus en la jerarquía de los mercenarios del Caos y poseedor del don del Dibujo.

Mercenarios del Caos: Guerreros que viven en la clandestinidad y que detestan cualquier forma de ley que no sea la suya. Su objetivo final es el aniquilamiento del Orden y de la Vida. Representan uno de los grandes peligros que amenazan el Imperio.

Merwyn Ril' Avalon: El más célebre de los dibujantes. Merwyn puso fin a la Edad de la Muerte destruyendo el primer cerrojo ts'lich de la Imaginación y contribuyó al nacimiento del Imperio. Personaje principal de numerosas leyendas alavirienses.

Navegadores: Los navegadores utilizan su arte para hacer avanzar sus embarcaciones de ruedas hidráulicas, esos grandes navíos que recorren los ríos alavirienses, principalmente el Pollimag.

Ogros: Mamíferos bípedos carnívoros, semiinteligentes y agresivos que pueden llegar a medir tres metros de altura. Los ogros viven en clanes y son temibles.

Paul Verran: Vagabundo parisino apasionado por la lectura que entabla amistad con Camille.

Raïs: También llamados los guerreros puercos por los alavirienses. Raza no humana, manipulada por los ts'liches y enemiga jurada del Imperio, los raïs son los pobladores de un reino inmenso al norte de Gwendalavir. Son bien conocidos por su estupidez, su maldad y su salvajismo.

Saï Hil' Muran: Señor de la ciudad de Al-Vor, Saï Hil' Muran dirige los ejércitos

imperiales en las llanuras del norte para hacer frente a los raïs.

Salim Condo: Amigo inseparable de Camille. Salim, de origen camerunés, es un muchacho alegre, dotado de una vitalidad exuberante, además de ser un gimnasta consumado. Está dispuesto a seguir a Camille hasta el fin del mundo, de éste o de otro...

Señora Boulanger: Madre adoptiva de Mathieu.

Señorita Nicolás: Profesora de lengua de Camille y Salim.

Sil' Afian: Emperador de Gwendalavir, Sil' Afian es amigo de Edwin Gil' Sayan y de los padres de Ewilan. Su palacio se encuentra en Al-Jeit, la capital del Imperio.

Silbadores: Ungulados del tamaño de un gamo que viven en estado salvaje, aunque los alavirienses también los crían en granjas, por su carne y su piel.

Soñadores: Viven en cofradías masculinas. Depositarios del arte de la Curación, derivado del Dibujo, que obra milagros.

Sorbedores de Umbrosa: Lagartos insectívoros de lengua prensil.

Susurradores: Apenas más grandes que un ratón, los susurradores son pequeños roedores que poseen la capacidad de dar el paso al otro lado. Los dibujantes consumados los utilizan para transmitir mensajes.

Tigres de las praderas: Felinos temibles cuyo peso puede superar los doscientos kilos.

Ts'liches: «¡El enemigo!». Raza no humana de la que tan sólo quedan unos pocos miembros. Son unas criaturas terriblemente maléficas.

Vampiras: Criaturas humanoides maléficas y casi invulnerables que viven en la meseta de Astariul. Las vampiras son poco habituales, pero alimentan gran parte de las leyendas más sombrías de Gwendalavir.

Yaknils: También llamados Seres de Fuego, los yaknils viven en las entrañas subterráneas de Gwendalavir. Fueron los causantes de la masacre que condujo a la evacuación de Al-Poll.

Zalamera de Hulm: Planta insectívora que atrae a sus presas cantando.



PIERRE BOTTERO (Barcelonnette, Francia, 13 de febrero de 1964 - 8 de noviembre de 2009) fue un escritor francés, conocido sobre todo por sus trilogías de literatura fantástica. Antes de dedicarse a la escritura fue maestro en el sur de Francia.

Sus obras más conocidas son cuatro trilogías; los seis primeros libros tratan sobre las aventuras de una joven francesa, Ewilan, que se desarrollan en el mundo imaginario de «*Gwendalavir*». Este mundo imaginario también aparece en otra trilogía, titulada en francés como *Le Pacte des Marchombres*, que cuenta la vida de Ellana Caldin. La última de las cuatro trilogías, *L'Autre*, se desarrolla en un mundo diferente, pero se pueden establecer muchos vínculos entre *l'Ailleurs*, el mundo de *L'Autre*, y *Gwendalavir*.

Pierre Bottero, murió a la edad de cuarenta y cinco años de un accidente de moto, el domingo 8 de noviembre de 2009, en torno a las 19:00. Perdió el control de su vehículo en una curva entre Lambesc y Rognes.